Carlos Frontera

Andar sin ruido

PÁGINAS DE ESPUMA

ANDAR SIN RUIDO

CARLOS FRONTERA



Carlos Frontera, Andar sin ruido
Primera edición digital: septiembre de 2017

ISBN epub: 978-84-8393-604-7
IBIC: FYB

Colección Voces / Literatura 245

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

Editorial Páginas de Espuma

A Seba, a Maitetxu, a María
—por orden de aparición—.
Vuestros son los mejores cuentos.

Nunca pasa nada hasta que pasa.
Mamá

LAS NOVIAS CUANDO NOS DEJAN

Las novias cuando nos dejan lo ponen todo patas arriba, lo mismito que un terremoto. Poco importa que se pongan tremendas como folclóricas, que se muestren serenas y juiciosas como magistrados o que ventilen la relación con un par de monosílabos. El caso es que siempre proceden de igual modo: primero nos dejan y luego nos conceden un tiempo prudencial. Ahí os quedáis, nos dicen, y se depilan las ingles y se van a tomar un café con su mejor amiga.

Nosotros, los novios, nos quedamos un buen rato en el sitio, con dos palmos de narices nos quedamos, y cuando comprendemos que la cosa va en serio, revolvemos los altillos y buscamos una maleta, la más grande que tengamos, la despatarramos sobre la cama y nos damos prisa en guardar nuestras pertenencias. Pero no lo hacemos de cualquier modo, no. Nosotros, los novios, cuando nos dejan nuestras novias, tomamos una maleta bien hermosa y metemos la ropa dentro sin grandes alardes —ya la plancharemos cuando huyamos del epicentro, pensamos—, guardamos las cosas de aseo personal a continuación y, por último, nuestra colección de vinilos. Y mientras las novias con las ingles recién depiladas toman café con su mejor amiga, los novios cerramos la puerta a nuestras espaldas de un portazo y olvidamos las llaves dentro.

Yo, que ya acumulo cierta experiencia sísmica, he desarrollado un método. En lugar de perder el tiempo examinando los altillos en busca de una maleta, bajo a la papelería más próxima y me hago con una caja de cartón, de esas bidimensionales que adquieren una tercera dimensión en cuatro sencillos pasos, que para cuando estoy de vuelta en el piso, ya es toda una señora caja. Como digo, no me dejo llevar por la rabia ni permito que las lágrimas me nublen la razón. Cada cosa a su tiempo, ya habrá ocasión para tales desmanes. Tampoco me entretengo recogiendo la ropa, ni hago el mamarracho revisando el contestador automático. Voy directo al grano: dejo la caja en el suelo, respiro hondo y la lleno de eso que tan solo los novios sabemos. Al acabar, me aseguro de que el cuenco del gato tenga comida y, antes de que mi novia, con las ingles bien depiladas, acabe de tomarse un café

con su mejor amiga y decida que ya se ha cumplido el tiempo prudencial, me presento en casa de mis padres.

Cuando los padres nos ven llegar con una caja de cartón de tamaño considerable bajo el brazo y los faldones de la camisa por fuera, dicen «hijo» con un hilo de voz y se contienen para no abrazarnos en plena vía pública y evitar así una escena delante de los vecinos. No se atreven a pisar la calle. Miran hacia un lado, hacia el otro, y, con un gesto apenas perceptible, nos apremian para que entremos.

Los padres no comprenden que pase de largo sin dedicarles una sonrisa y que vaya directo a mi habitación, no les entra en la cabeza que tome un rotulador indeleble y escriba en la caja el nombre de mi última novia —que en estos momentos estará abriendo la puerta de nuestro piso con una llave idéntica a la que me dejé dentro—, no entienden que apile la caja junto a las demás, ni que pierda el tiempo ubicándola por orden alfabético. Por eso irrumpen en mi habitación sin el menor recato y me dicen «llora si te apetece», me lo dicen al alimón, y no se quedan contentos hasta que me encierro en el baño y hago como que lloro.

Los días siguientes no volverán a referirse al asunto y mi madre hará albóndigas en salsa.

Los novios, cuando nos dejan nuestras novias, nos sentimos extraordinariamente bien, pero eso es algo que no podemos decirle a nuestros padres —que han conservado nuestra habitación tal como la dejamos—, porque enseguida insistirían en que nos afeitásemos la barba y renovásemos el vestuario, y no estamos los novios para esas zarandajas.

Primero he de asegurarme de que las cajas estén bien ordenadas, que cada una ocupe el lugar que le corresponde, y es una tarea que tengo que acometer con urgencia, antes de que la caja se cubra de polvo y de olvido. No quiero ni imaginarme qué sucedería si Marta ocupase el lugar de Susana, o Rosa el de Ainhoa. Por eso descuido mi aspecto y me entretengo colocando cada caja en su sitio, por eso me niego a responder las llamadas de los amigos y a las provocaciones de mis hermanos. No hasta estar bien seguro.

Los novios, cuando recobramos la soltería, nos sentimos rematadamente bien, aunque nos empeñemos en demostrar lo contrario y guardemos las apariencias.

Las noches nos toca pasarlas en vela. Es fundamental que los padres nos encuentren ojerosos y desastrados al día siguiente, que no sospechen que estamos en la gloria y dejen de hacernos albóndigas en salsa.

Para no quedarme dormido, me entretengo cambiando las cajas de

lugar. Las desordeno, las mezclo, las giro —de modo que los nombres queden contra la pared— y trato de averiguar dónde queda Natalia, dónde Pilar. No es que el juego sea la bomba. Deja mucho que desear, el juego, pero al menos me mantiene despierto y, a qué negarlo, cada acierto me produce cierto gozo. Un gozo chiquito, bobalicón, a medio hacer, que no llega a materializarse ni en sonrisa, pero gozo al fin y al cabo.

Pero la noche tiene su miga y, tarde o temprano, me puede el aburrimiento —tampoco hay tantas cajas—. Para evitar caer rendido de sueño y arriesgarme a no tener ojeras a la mañana siguiente, complico el juego. Vacío las cajas y hago un montón bien grande con lo que contienen, procurando antes que no se me olvide qué cosa corresponde a cada una. A continuación barajo las cajas, las alineo y las relleno con los objetos amontonados. Es importante hacerlo sin mirar, que no sepa qué estoy cogiendo. Cuando todo está dentro, elijo una caja cualquiera —mejor si los nombres siguen estando contra la pared—. Pongamos que ha salido la de Carmen: abro su caja como si desenvolviese un regalo y me maravillo con el nuevo pasado compartido con Carmen, disfruto como un verraco reconstruyendo mi vida con Carmen, lloro de alegría recordando lo que pudo haber sido Carmen, y así hasta que la nostalgia se desinfla y paso a otra caja, a otra Daniela, a otra Esperanza.

Con el amanecer a la vuelta de la esquina, devolvemos todo a su sitio —es importante que cada caja ocupe su lugar—, bajamos con cara de no haber pegado ojo en toda la noche y dejamos clara nuestra falta de apetito para darles una alegría a nuestros padres, que están empezando a preparar el sofrito de las albóndigas.

No siempre he sido un novio tan capaz. Este aplomo, esta solvencia, este grado de profesionalidad no se adquiere de un día para otro. Es necesario haber sobrevivido a varios terremotos y haber tomado buena nota. Hay quien se conforma con recuperar el equilibrio y recoger los restos de entre los escombros, una opción respetable pero insuficiente de todas todas.

Antes de decidirme por el orden alfabético, había probado a amontonar las cajas cronológicamente, de forma que las más antiguas reposaran debajo y las rupturas recientes se situasen arriba, pero no tardé en comprobar la fragilidad de mi memoria en cuanto hay números de por medio. Confundía fechas, mezclaba hechos ocurridos con años de diferencia, le adjudicaba a una novia experiencias de otra. Por eso acabé escribiendo el nombre de las novias, porque resultaba más sencillo recordar a Virginia que a noviembre de 2007, a Guadalupe que a marzo del 98.

De ahí la importancia de que las cajas estén bien ordenadas. Y no me importa prescindir de un armario o del escritorio con tal de disponer de espacio suficiente para ellas. Así, si en una de esas me llama Silvia y decide concederme una segunda oportunidad, solo necesito recordar que la S está entre la R y la T, y tengo tiempo de sobra para, ahora sí, afeitarme a contrapelo, ponerme una camisa bien planchada y recuperar la caja antes de volver con Silvia. No seré yo uno de esos novios pánfilos que regresan derrotados y vacíos, con el rabo entre las piernas y sin argumentos en su descargo. Ni de coña.

Porque a veces las novias nos conceden una segunda oportunidad. Esas cosas pasan. De repente se despiertan solas, advierten lo rasposo de sus ingles sin depilar y les da por llamarnos y permanecer calladas al otro lado del teléfono. Como experto en seísmos, nada más levantar el auricular y comprobar que nadie responde, sé sin ningún género de dudas quién está del otro lado. El silencio de las novias es inconfundible. Es esencial no precipitarse entonces. Las novias recuerdan el picor de la tela del uniforme del colegio pero no a los niños que les guiñaban los ojos en el recreo. Nada, pues, de interrumpir su silencio con lo primero que se nos venga a la cabeza; nada de obligarlas a hablar fingiendo que no sabemos de quién se trata; nada tampoco de llamarlas de ese modo en que solo los novios las llamamos; y ni se nos ocurra colgar, eso sería lo último, el acabose. Los novios iniciados en seísmos, cuando nos llaman para concedernos una segunda oportunidad, giramos el tubo sobre la oreja y lo alejamos de la boca tanto como nos es posible —también podríamos taparlo con la otra mano, pero preferimos dejarla libre por lo que pueda pasar, que ya nos conocemos, los novios—, y no pedimos perdón hasta no contar con el beneplácito de nuestras novias. «No volverá a pasar, cariño», decimos respirando al fin y secándonos el sudor de la frente.

Las novias, cuando nos dejan regresar, nos reciben con las ingles recién depiladas y estrenando peinado. Están deslumbrantes, las novias. Por eso es tan importante no dejar las cajas de cualquier modo, las cajas hasta los topes de eso que tan solo los novios sabemos, para que cuando Silvia me llame en mitad del juego entre las R y las T de la madrugada para concederme otra oportunidad, me ponga lo primero que encuentre, salga de casa sin despedirme de mis padres y llame a nuestra antigua puerta resoplando
—nos habíamos dejado las llaves dentro—, con barba de siete domingos, con la caja de Silvia bajo el brazo y a saber con el pasado de quién dentro.

TODAS LAS FAMILIAS FELICES

Todas las familias felices se parecen y la nuestra no iba a ser menos. Los domingos después de comer, mis padres oscurecían el salón, apartaban los muebles y cubrían el suelo con toallas, por si goteaba. A continuación nos mandaban desnudar, colocaban nuestra ropa en los respaldos de las sillas y nos quitaban las pieles. Luego las untaban con nivea, las estiraban, las unían con imperdibles y colgaban el pellejo resultante de unos ganchos en la pared. Qué alegría la suya cuando sacaban los rollos del armario y proyectaban sobre nuestras pieles películas en blanco y negro en las que los protagonistas vivían en mansiones, conducían cochazos de lujo y se besaban al final, mientras un círculo se cerraba sobre ellos al son de violines. De vez en cuando nos señalaban un vestido, o un anillo, o una lata de caviar, y nosotros contemplábamos la escena embobados, sin perder detalle desde unos ojos sin párpados.

Lo mejor llegaba después, al acabar la película, cuando nos volvían a enfundar en nuestras pieles y todos menos mamá se retiraban a dormir la siesta. Yo me quedaba a su vera y le ayudaba a limpiar los platos, echaba a lavar las toallas —siempre quedaba un cerco de sangre debajo de cada uno— y recolocaba los muebles sabiendo que, al finalizar, mamá se sentaría en el sofá, me subiría en su regazo y me acariciaría los costurones mientras la tarde iba dando sus últimos coletazos.

A veces pasaba que, para cuando terminaba la película, habíamos pegado un estirón y las pieles nos quedaban pequeñas. Yo, que era el menor, heredaba la de Fernando y santas pascuas. Me sobraba por todas partes y me deformaba las facciones, mi cara parecía la de un bóxer con tanto pellejo colgando, pero como crecía tan rápido, en poco tiempo se me ceñía y recuperaba el buen aspecto. Entretanto, mamá me firmaba justificantes para el cole aduciendo paperas, o la gripe, o piojos, y pasábamos el día jugando al fútbol y comiendo chocolate para engordar más deprisa. Con Fernando, que era el mediano, tres cuartos de lo mismo. La peor parada era María. Al no haber quien la precediera, tenía que quedarse en carne viva hasta que

mamá le cosía una piel de su talla, que confeccionaba con la que se me había quedado pequeña y con remiendos que guardaba en el congelador. Qué tiritonas mi hermana mientras tanto. No se la podía cubrir con nada, no fuera que se le infectase la carne. Fernando y yo preferíamos marcar goles por la escuadra, pero obedecíamos a mamá y le contábamos chistes para entretenerla.

Todas las familias felices se parecen, decía, y mi hijo al fin tiene la edad adecuada. Ha gritado un poco —aún me falta práctica y a él aguante—, pero su piel ya cuelga de la pared. No deja de temblar, el pobre, la vista clavada en la mancha de sangre que va creciendo en la toalla. En cuanto encienda el proyector, seguro que se le pasa el disgusto. El pasado ha cambiado poco desde entonces.

PARA LA MEJOR MAMÁ DEL MUNDO

Las madres se lo pasan en grande llenando las estanterías con fotos de sus hijos. En mañanas de no parar, aprovechan las pausas publicitarias o se escabullen de la cocina en lo que el guiso tarda en hacer chop chop y apartan los ceniceros de vidrio esmerilado, echan a un lado los elefantitos de *madera* colocados de mayor a menor y cambian los jarrones de sitio, lo que sea con tal de hacer hueco para las fotos. Es su manera de hacer poesía. No les pidas un haiku, un soneto o un verso libre, ni se te ocurra hacerlo. Las madres no están para esas concesiones, su sensibilidad es otra. Por eso no es de extrañar que, cuando vas a ver a tu madre, te encuentres con una foto tuya de cuando eras hijo, una foto de hace algo así como veinte años, o tres despidos, o un divorcio. Una foto sin apenas cicatrices en la que descubres a alguien que te recuerda a ti, que se te da un aire, alguien con menos arrugas en la mirada y más futuro entre los dedos. Alguien que, por edad, podría ser tu hijo.

O sea, que decido pasar la tarde con mi madre, que no está para hacer concesiones pero sí para preparar carne en salsa —su otra forma de hacer poesía—, y acabo convertido en padre, en mi propio padre.

Las cosas como son: para nadie es plato de buen gusto ir a ver a su madre siendo hijo y regresar convertido en padre, de ahí que:

—Mamá, ¿cuántos años tendría yo en esa foto? —le pregunto mientras me arranco un pelo de la barba.

—¿Quieres dejar de arrancarte pelos de la barba, hijo? —me responde sin prestar atención a la foto—. Qué manía tu padre y tú con los pelos de la barba.

Aparto la mano sin rechistar y pongo cara de circunstancias. Con mamá siempre es igual. No puedo evitarlo: cada vez que mamá me riñe, vuelvo a ser hijo, una culpa sin motivo definido me encoge, me aflauta la voz, me aniña, tira de mi labio inferior hacia fuera, me impulsa a hacer pucheros. Dura poco, una ráfaga, un suspiro, enseguida la culpa se mitiga; o, más bien, se transforma, gana

temperatura, le cede su espacio a la nostalgia y a cierta forma de cosquillas.

Cuando recupero mi edad y la compostura, tomo conciencia del reproche. Quiero decir: en un primer momento solo percibo el tono de la frase de mamá, digamos que comprendo la intención pero no el contenido del mensaje, como los perros; digamos que las palabras no se definen al mismo tiempo que su sonido, sino que tardan un poco en articularse en forma de un discurso comprensible —una ráfaga, un suspiro—. Un discurso con barba.

Papá con barba. Hacía tanto de papá con barba. Es curioso, no lo recordaba así. La imagen que tengo de él es siempre impecablemente afeitado, como listo para pasar revista. Pero, ahora que mamá me riñe: papá repantingado en una silla del jardín, papá con la mirada perdida arrancándose un pelo de la barba, haciéndolo rodar unos segundos entre los dedos y soltándolo después para que le hiciera compañía a las hormigas, a las monedas de veinticinco pesetas extraviadas, a las migajas. Papá con barba.

Aclaremos algo: yo no me he dejado barba; yo tengo barba, que no es lo mismo. Dejarse barba implica una voluntad estética, religiosa o de cualquier otro tipo, es un acto premeditado y consciente. Nada que ver con mi caso. Afeitarme me da pereza, es un coñazo afeitarse cada mañana. Si tengo barba es porque no me afeito, no hay más. Me cansa afeitarme. Me irrita. En mi barba no hay ninguna intención de ir a la moda ni de ocultar algún defecto, qué sé yo, un labio leporino o una cara picada de viruela. Mi barba es una consecuencia.

Dicho lo cual:

—Mamá, ¿papá tenía barba cuando lo conociste?

—Si sabes que nos conocemos desde que éramos niños, hijo, que a veces pareces tonto.

Si se mira de cerca, un pelo de barba arrancado tontamente —de una barba en su justa medida, ni de tres días ni de las que hacen de cortina al cuello— es idéntico a la pata de un insecto: una pata de alambre que recupera su forma en cuanto dejas de apretar, un muelle hecho de óxido y de sombra. Hasta pareciera que, reuniendo seis pelos y pinchándolos en un rulo de plastilina, el engendro resultante podría echarse a reptar en cualquier momento y repugnar a todo hijo de vecino.

Hasta aquí, todo en orden. Pero que mi padre también se arrancara

pelos de la barba y mirara al infinito pensando en sus cosas —¿en el insecto que resulta de distribuir simétricamente los pelos a ambos lados de un rulo de plastilina?—, eso no, eso sí que no.

—Eres clavadito a tu padre —me decía mamá cuando yo le hacía perder los nervios.

Por ver si es cierto —a las madres a veces se les va la mano con eso de las comparaciones—, aprovecho que mamá se dirige a la cocina para comprobar si al guiso le falta algún chop chop para estar en su punto y busco alguna foto de papá en las estanterías. Con barba no hay, pero cualquiera con un boli negro puede pintarrajearle una que dé el pego.

No le faltaba razón a mamá: así, con barba, soy clavadito a él. Soy mi propio padre.

Digan lo que digan, no es fácil ser padre. Y menos de sopetón. Uno puede pensar que con leer el periódico tras los postres y cuadrar las cuentas los domingos es suficiente, pero nada de eso. Si fuese tan sencillo, crecerían padres en los arriates o los sortearían en las gasolineras. Menos mal que no todos piensan así. Mónica, por ejemplo, es de las que opinan que un padre es algo muy serio, que no es cosa de tomarse a risa, un padre. Lo habíamos hablado en más de una ocasión. Ella siempre quiso tener hijos, pero como no me veía convencido del todo, como no respondía al instante rebosando entusiasmo ni le encasquetaba un señor beso en los morros cuando sacaba el tema, decía que no, que en esto no valen las medias tintas, que no es como playa o montaña, solo o con leche, cara o cruz, patatín patatán, y luego pasaba una temporadilla un poco más mustia de lo habitual, como enfurruñada.

Razón no le faltaba. Las tintas, así estén a medias, le ponen a uno perdido a poco que se descuide. No entienden de evasivas ni de remoloneos: una pírrica gota es capaz de dejar tremendo manchurrón en el dedo, un manchurrón de cuidado que ni frotando con piedra pómez.

Así las tintas, al llegar a casa le di a Mónica un beso de buenas noches en la cocorota y me fui directo al baño a poner la máquina de afeitar a cargar.

—Mamá, ¿papá se quitó la barba por ti?

—Ay, hijo, mira que estás pesadito. ¿Quieres hacer el favor de dejar la foto en su sitio antes de que se enfríe la comida?

Mi barba se ha vuelto ingobernable. La simple cercanía no ya de una cuchilla, de una mano para atusarla, le confiere robustez de espino. Dentro, algo se mueve, un picor se apodera de mis carrillos y retumba en mis oídos un runrún que no hay quien entienda. Mi barba ya no me pertenece.

—Entonces, mamá…

—¿Se puede saber qué bicho te ha picado?

Me pregunto qué hacían mis manos antes de tener barba. Por más que me lo propongo, por más que trato de reconvenirlas, no dejan de arrancarme pelos. En cuanto permanecen un rato quietas, los dedos empiezan a agitarse como culebras mosqueadas, se frotan contra los pantalones, me recolocan el cuello de la camisa, me rascan las picaduras que no tengo, arrancan un pelo.

Nunca he sabido qué hacer con las manos. ¡Patata!, grita el fotógrafo y no sé dónde ponerlas, si esconderlas tras la espalda, si cruzarme de brazos, si posarlas en las caderas o si dejarlas caer en el hombro del vecino de retrato, y el disparo siempre me pilla con las manos flojas, colganderas, que parecen guantes de cocina puestos a secar en el ojo patio, un asco.

Por eso se cogen de la mano los enamorados. Por eso se meten las manos en los bolsillos los paseantes. El amor y los bolsillos se inventaron para no tener que salir a la calle con los guantes de cocina puestos.

—¡Será posible! —refunfuña Mónica mientras sopla de la mesa el pelo que me acabo de arrancar.

Mamá tiene las estanterías a rebosar de fotos mías: yo en la playa, yo jugando al fútbol, yo vestido de primera comunión, yo disfrazado de pastorcillo, yo en la función del colegio… Y un collar de macarrones enmarcado, eso también tiene. «Para la mejor mamá del mundo», pone en una esquina con letra temblona y despareja. Por cosas así, por conservar un collar de macarrones tantos años y hacerle un hueco entre los ceniceros esmerilados y la manada de elefantes, no está bien dejar que se enfríe la carne en salsa, sería de muy mal hijo hacerle ese feo a su poema.

—¿Me pasas el pan, mamá?

—¡Y dale con la barba!

A veces me sorprendo repitiendo gestos o expresiones de papá, chuminadas mayormente: me abro dos botones de la camisa y me manoseo una cana del pecho, me agarro el dedo gordo del pie mientras hablo de cualquier cosa en el sofá de casa, empleo la muletilla «campeón» cada dos por tres… Chorradillas que ocurren de forma inconsciente, automática, de las que me percato al instante —creo, espero— y que no tienen mayor importancia pero que me esfuerzo en no volver a repetir —con éxito, creo, espero—, qué coraje. Con la barba, sin embargo, es distinto. Con la barba no hay manera. Lo de la barba ya se está pasando de castaño oscuro.

Tengo una barba muy poblada. De púas, de pinchos, de murmullos que emplean el mismo tono que las recriminaciones de papá —solo percibo el tono, como los perros, ¿llegarán a definirse las palabras?—. Es como si mi barba tuviese vida propia. Me adivina la intención, tal y como lo cuento: si es para arrancarme pelos tontamente, mi barba se comporta como cualquier barba, no le pone impedimentos a mis manos, las deja hacer; ahora bien, como pretenda pillarla en un descuido a base de cuchilla, tijeras o máquina, mi barba se endurece, se encrespa, levanta una alambrada que no hay quien derribe. Es muy suya, mi barba.

No obstante, que mi barba me lance puyas y pullas por lo bajini cuando pretendo afeitarme no es excusa para poner la casa perdida de potenciales patas de insectos, ahí le tengo que dar la razón a Mónica. Pero es más fácil decirlo que afeitarse. Cuando uno es padre las prioridades cambian, la escala de valores se transforma y la barba deja de pertenecerle.

Mientras resuelvo qué hacer con mi paternidad, si insistir con la cuchilla, si llevarla en secreto o si confesársela a Mónica y a ver qué pasa, decido comprarme prendas llenas de bolsillos, cuantos más, mejor: chalecos de cazador, pantalones de senderista, indumentaria militar, será por bolsillos. Ya sé que, entre barba y bolsillo, no hay color para las manos —donde se ponga una buena barba—, pero me he prometido hacer todo lo posible para no sembrar la casa de patitas asquerosas. Mónica no se merece menos.

Por mi parte, que no quede.

—Mamá.

—¡Pero bueno!

—No veas tu poema, mamá —le digo rebañando el último resto de salsa.

En eso, las sorpresas son como los sustos: nadie puede predecir con éxito la reacción que provocarán. Y dos meses de arrancar pelos dan para mucho, vaya si dan, de ahí que no le reproche a Mónica que tirase el regalo de mala gana y saliera sin decir ni pío. Quien piense que puede dar una sorpresa y salir siempre de rositas, lo lleva claro. Una sorpresa puede salir bien o mal. Por no mencionar la gama de grises. Tiene tela la gama de los grises. La gama de grises multiplica tanto las posibles reacciones que, para hacer una estimación en una carilla, habría que recurrir a los exponentes o bien tumbar un 8, y ahí se hace uno una idea aproximada. Imposible tenérselo en cuenta a Mónica. Francamente, yo tampoco sé cómo habría reaccionado si de repente un hijo sorpresa me hubiese regalado un collar de macarrones engarzados en un hilo hecho con pelos de su barba trenzados —pelos arrancados con paciencia en tardes de repantingarse en una silla del jardín, venciendo el impulso de hacerlos rodar entre los dedos y soltados después para que les hicieran compañía a las hormigas, a las monedas de veinticinco pesetas extraviadas, a las migajas—, ni idea de cómo habría respondido si además hubiese acompañado el collar de la consabida nota temblona y despareja.

UNA LIGERA SENSACIÓN DE PUAJ

Día impar. Creo. Después de tomarme un café en mi habitación —llamo café a la bebida que me preparo con tus cenizas—, bajo a la cocina alumbrándome con una vela, me arrodillo frente al horno y meto la cabeza dentro. Lo hago pausadamente, a paso de tortuga. No hay prisas. ¿Para qué? Cuando he acomodado bien la cabeza —apoyada del lado izquierdo resulta mejor, lo tengo comprobado—, abro la manija del gas, que lleva semanas estropeada, como todo en esta casa, en esta calle, en este planeta, y giro la rueda del reloj hasta el tope. Es lo único que aún funciona. Me imagino entonces que la cuenta atrás del reloj es un escape de gas, no es difícil hacerlo cuando llevas días sin pegar ojo, y solo así me vence el sueño y consigo dormir del tirón hasta que el despertador me sobresalta ciento veinte minutos después, tiempo de sobra para cocinar un cochinillo pero no para recomponer el mundo.

Porque, ¿qué otra cosa se puede hacer? Hace ya tiempo que todo se fue al traste y la única ocupación es sobrevivir. Sobrevivir es algo instintivo, ahora lo sé. No tiene mérito sobrevivir. Una sobrevive más allá de lo racional porque el cuerpo, reducido a su animalidad, se aferra instintivamente a la vida. Llegados a cierto punto, una ya no tiene fuerzas para nada y se deja llevar, esclava de su animal. De su cuerpo empeñado en sobrevivir.

El cuerpo reduce sus funciones a lo imprescindible y me ordena permanecer en la cama mientras el día transcurre allá afuera, tras estos muros que fueron mi casa, y solo me incorporo para, caída la tarde, prepararme una bebida con tus cenizas y la poca agua que sale de los grifos —yo lo llamo café, por el mismo motivo por el que los niños llaman papá y mamá a sus padres.

Desde ayer también escribo. Este diario de mierda escribo. Mientras te bebo, tomo notas sueltas y cuando de ti no quedan ni los posos, bajo a la cocina a echar una cabezadita, ciento veinte minutos de alivio en este trance de estar viva.

Ya no salgo a la calle. Con este sol que cae a plomo, no tiene sentido descobijarme de la sombra de lo que un día fue mi casa. Nuestra casa. Antes, cuando todo comenzó a desmoronarse y el sol dibujaba una trayectoria en el cielo, salía de vez en cuando, saltaba de sombra en sombra a teñirme el pelo, de sombra en sombra a hacer la compra, de sombra en sombra a buscarte. Ahora el sol solo tiene dos posiciones: anclado en la vertical del mediodía o en la cara opuesta del planeta. On/Off. No hay transición que valga. Imposible pisar la calle.

Escribir es de cobardes. Escribir está sobrevalorado, siempre lo ha estado. Una escribe en lugar de airear la habitación, escribe en lugar de prepararse la cena, de buscar a su hijo, el mayor, escribe en lugar de recomponer el mundo, la casa, el horno, y dormirse de una vez por todas. Así que este diario de mierda es una coartada.

Esta mañana me he acordado de mi hijo, el mayor. No de los otros, tan solo del mayor. Porque una vez tuve un hijo. Quizá aún lo tenga, quién sabe. Quizá en el otro lado de la calle, del barrio, del planeta, aún viva mi hijo. El mayor. Sé que debería salir en su busca, sé que, aunque el sol amenace con derretirme, mi deber es encontrarlo, no desfallecer, remover cielo y tierra si es preciso. Cualquier madre lo haría. Hasta una rata lo haría.

Pero en lugar de eso, yo escribo. Duermo, bebo tus cenizas y lo registro en estas hojas. Porque escribir es de cobardes.

Hay días en que una se levanta de mejor ánimo. No para comerse el mundo, que no están los tiempos para excesos, pero suena la alarma del horno y todo sucede a otro ritmo, como acelerado o cuesta abajo. En días así —son pocos, conviene aprovecharlos—, siento ganas de hacer algo productivo, de arreglar cualquier cosa, qué sé yo, el teléfono, la plancha, la tostadora, a ver si de una buena vez algo funciona. En días así, mi animal me concede una tregua. Como aún no ha perdido la cabeza, escoge la lavadora, que está a mano y no requiere de un desgaste adicional en el desplazamiento. Sabe mucho mi animal. Si yo supiese la mitad de lo que él sabe, hace tiempo que habría arreglado el horno. Pero yo escribo, y como escribo, intento reparar la lavadora.

Si consiguiese hacerla funcionar, usaría tus cenizas como

detergente. Para que mi ropa oliese a ti. Tampoco muchas cenizas, una pizca, lo justo. Tengo que dosificarlas. Tus cenizas me mantienen con vida. Tus cenizas y mi animal.

El problema con la lavadora es la electricidad: no hay. El reloj del horno, sin embargo, funciona aunque no haya electricidad. No me explico cómo, pero funciona. Lo mismo entonces la lavadora también lo haga si muevo la rueda correcta. Tiene dos ruedas, cada una con varias posiciones. Igual si pruebo, si ensayo distintas combinaciones, la lavadora acabe encendiéndose. Me llevará un rato pero creo que el esfuerzo valdrá la pena.

No funcionó.

Hoy, al dejar la urna con tus cenizas en la mesita de noche después de servirme el café, a mi cuerpo le ha dado por recordarte. Hacía tiempo que mi cuerpo no te recordaba. Ha sido como un calambre, como un pinchazo, algo súbito y violento. Mi cuerpo ha soltado la taza como si quemara, se ha tendido en la cama y ha comenzado a palparse. Ha sido raro. Luego se ha quitado los pantalones, las bragas, la camiseta, los calcetines. Mis dedos, torpes como muñones, se movían como gatos ciegos en una perrera, recorrían mi cuerpo tropezando con los gestos y las palabras, avanzaban dando tumbos. Yo apenas sentía nada, mi propia piel me resultaba extraña. Tras unos instantes de desconcierto mi cuerpo reaccionó al contacto de mis dedos, se arqueó, jadeaba, yo envuelta de pronto en una bruma de nalgas y pezones, de sudor y saliva, enferma de humedad y culpa, asistiendo como una espectadora avergonzada al desenlace, a la descarga final.

Al acabar he recuperado mi café y solo entonces he vuelto a sentirme cómoda.

El deseo es, sencillamente, un ave migratoria.

Sigo dándole vueltas a lo de la lavadora. Tal vez, si creo un sistema mecánico a base de cuerdas y poleas, consiga hacerla funcionar. A ver qué encuentro.

Lo único que me reconforta es el siseo figurado del horno mientras me duermo. Todo lo demás resulta cansado y ojeroso. A mi animal, sin

embargo, lo que le consuela son tus cenizas. Lo noto rugir dentro cuando cae la tarde, percibo la expectación en su aliento, su alivio al vaciar la urna en la taza. Mi animal dormita todo el día, hiberna en la caverna que soy yo, me obliga a permanecer inmóvil y solo renace al beberte. Mi animal renace de tus cenizas.

¿Qué será del mundo durante los ciento veinte minutos que duermo? ¿Se recompondrá y todo volverá a funcionar como antes? ¿Me visitará mi hijo, el mayor, mientras tanto? ¿Me perdonarán los otros? ¿Y tú, te convertirás en carne, en el milagro de tu carne regresando como un ave migratoria? Ciento veinte minutos dan para mucho. Dan para cocinar un cochinillo. Ciento veinte minutos es lo que duraban las películas y daba tiempo a levantar imperios y a derribarlos, en ciento veinte minutos cualquiera podía enamorarse, herir al ser amado, suplicar su perdón y redimirse, incluso se podía resucitar en ciento veinte minutos. A nuestro hijo, al mayor, lo concebimos en mucho menos tiempo, qué no podrá hacerse en ciento veinte minutos. Lo mismo dan para concebir a todos nuestros hijos, incluidos los otros, los que nunca tuve. Ciento veinte minutos dan hasta para morirse.

Me ha llevado tres días pero al fin he conseguido hacer funcionar la lavadora. La he desarmado pieza a pieza hasta no dejar más que la carcasa y el tambor, que he conseguido hacerlo rotar gracias a un sistema de poleas que le imprime cientos de revoluciones. Una rueca con una manivela incrustada y mi brazo la ponen en funcionamiento. Mi lavadora no centrifuga: succiona. A fe lo digo, que me asomé a su ojo como quien se asoma a una mirilla y ahora giro yo, envuelta en una maraña de agua, ceniza y ropa a medio lavar. Fuera, el mundo permanece inalterable. Ahora el planeta soy yo, un guiñapo deshabitado en rotación a la espera del milagro de un soplo de vida.

Mi ropa huele a ti. A tus cenizas.

Mi ropa huele a ti. A tus cenizas.

Mi ropa huele a ti. A tus cenizas.

Mi animal se queja, chirría como una puerta mal engrasada cada vez que pongo en marcha la lavadora. No le parece bien someter al brazo a ese esfuerzo, no encuentra beneficio en hacer girar la manivela durante tanto tiempo con el único propósito de lavar la ropa, y me lo hace saber: las agujetas son su idioma. En otro tiempo me habría enfrentado a él, le habría plantado cara, habría desafiado a las agujetas dando un paseo, saliendo a cenar fuera. En otra vida.

Hay un gato angelical que a veces ronda la casa. Un gato roñoso, sucio de luna, con una herida abierta que supura un líquido parduzco, pegajoso. Le falta un ojo. O puede que a mí me sobre uno, quién sabe. No se deja acariciar, pero si me acerco sin hacer ruido, no huye ni se aparta.

Hay un gato angelical que a veces ronda la casa y me recuerda al nuestro, amor mío. También a ti. En cierta forma, el gato eres tú, nuestro gato sin heridas y tú formando un ovillo en la cama.

Si me acerco con cuidado, no escapa corriendo y continúa lamiéndose el costurón. Permanezco quieta un buen rato, lo observo, lo estudio, lo huelo: apesta. Me quedo a su lado hasta que me gano su confianza y entonces me asomo a la cuenca vacía, a su no-ojo. Cuando mi vista se acostumbra a la oscuridad, entreveo al fondo una porción de hueso blanqueando lo profundo. Amor mío, ¿eres tú?

La casa se reduce al dormitorio y a la cocina, ese es mi radio de acción. En el dormitorio bebo, en la cocina duermo. Hace mucho que no piso otra estancia. El extranjero, pienso, está en nosotros. El cuerpo es el extranjero, pienso también. No es bueno pensar tanto. Quizá por eso me armo de valor, o de inconsciencia, y salgo al extranjero después de tanto tiempo. Por pensar demasiado. Por dejar de pensar un rato.

En el extranjero los pasillos están forrados con láminas de lugares que ya no existen, ciudades inventadas salpicando las paredes como ventanas que dan a ninguna parte. No sé de dónde le viene tanta fama al extranjero. No hay nada que hacer en el extranjero que no pueda hacerse en el dormitorio o en la cocina. Además, tampoco estás allí. Será mejor que regrese.

Pero antes, ya puestos, pasar por la habitación de nuestro hijo, el

mayor. Si es que consigo dar con ella. Si mal no recuerdo, quedaba al fondo. Al fondo de algo. La mejor opción, ir a tientas. Cerrar los ojos, apoyarse en la pared, en cualquier pared —todas las paredes son extranjeras—, apartar los gatos muertos con el pie y confiar en el tacto de esas cosas que cuelgan de las paredes y que se caen a cachos. Hay que apresurarse antes de que se haga de noche —On/Off—, pasar de largo puertas inverosímiles, sortear ceniceros rotos, levantarse rápido si tropiezo, sacudirse los cristales en el mismo gesto.

Y su habitación al fin, la habitación de mi hijo el mayor al fondo de algo, y un zumbido eléctrico que atrae mi atención. Un intercomunicador para bebés. Al lado de una cuna. ¿Funcionará aún? De un momento a otro será de noche. Tengo que darme prisa.

Mi ropa ya no huele. La ceniza apenas dura. Y sé que el cuerpo hará todo lo que esté en su mano para no que vuelva a poner la lavadora. Pero mi ropa ya no huele.

Estoy podrida por dentro. Pero ¿podrida qué? Porque dentro ya no hay nada. Vacío. Hueco. Ruido negro. Y, sin embargo, estoy podrida por dentro. Apesto. Me apesta el aliento, la orina, las heces, todo lo que proviene de la nada que soy apesta, mis humores son apestosos, mis excreciones son pudorosamente apestosas, mis secreciones atufan. Y el caso es que estoy aprendiendo a amar toda la inmundicia que segrega mi cuerpo. En tardes de no hacer nada, en tardes de no ser nada, he llegado a amar la mierda que exudan mis poros, los desperdicios que expelo.

Ya sé, quizá *amar* resulte excesivo, quizá *apego* sea más apropiado, pero últimamente lo único que me reconforta —ya sé, quizá *reconforta* también resulte excesivo—, lo único que me remueve es lo que no es hueso y pringa, aquello que mi animal repele: bilis, sudor, caspa, pus, sangre, flujo, saliva, llanto.

Quizá el truco sea ese: tolerar una cierta dosis de repugnancia, resignarse a vivir con una ligera sensación de puaj.

Algo vibra en el interior del intercomunicador para bebés, un rugido eléctrico sale de sus tripas. Pero no funciona. Presiono los botones y no hay señal. Sin embargo, algo bulle o agoniza dentro. Lo

abro. No tiene pilas. Normal que no funcione. Está visto que en esta casa nada funciona. Se me ocurre entonces: dejo el intercomunicador sobre la cama, abro la mesita de noche, cojo el blíster de orfidales y extraigo dos pastillas, que introduzco en el hueco de las pilas. Al principio no reacciona pero enseguida comienza a crepitar y se enciende el piloto rojo. ¿Señal de que al fin funciona o señal de alarma? Me acerco el intercomunicador al oído y distingo perfectamente el llanto de, al menos, un niño. Un niño al menos en el otro extremo del intercomunicador, en la habitación de mi hijo, el mayor, al menos un niño en el extranjero. Tenía razón el doctor: estas pastillas son mano de santo.

Corro, me olvido de mi cuerpo, de los ceniceros rotos y de los gatos muertos y corro hacia la habitación de mi hijo, el mayor. Al llegar, abro las cortinas y no hay nadie; nadie en la cama, nadie dentro del armario, nadie en la cuna. Compruebo el intercomunicador y el piloto rojo sigue encendido. Luego funciona. El micrófono está en lo alto de una cómoda. Chasqueo los dedos y, décimas después, el intercomunicador repite el chasquido. Luego funciona. Pero no hay nadie. ¿El llanto entonces?

De vez en cuando vuelvo a escuchar el llanto de al menos un niño por el intercomunicador, solo que ya no corro. En lugar de eso, contengo la respiración, aguzo el oído y trato de adivinar a quién corresponde el llanto. Porque estoy segura de que no es mi hijo el mayor. Él no lloraba apenas y, cuando lo hacía, era un llanto menudo, breve, desganado, nada que ver con esta letanía de sollozos e hipidos. Me pego el intercomunicador a la oreja y presto atención. Gimoteos. Sonidos entrecortados. Sorber de mocos. Y la revelación repentina: son los hijos que nunca tendré, llorando desde el futuro.

Tu olor no vuelve. He intentado encender la lavadora pero mi cuerpo, que ha sobrevivido a varias glaciaciones y se las sabe todas, contrae los músculos y me impide moverme. Una vez tuve una bicicleta. Quizá aún la tenga. Quizá si modifico la lavadora, si logro que, en lugar de con los brazos, funcione a pedales, el cuerpo me conceda una tregua y me permita usarla, al menos una vez por semana.

Creo recordar que guardábamos la bicicleta en el garaje. Me muevo por fases para engañar al animal: primero una pierna, no desplazar la otra hasta no haber completado el paso, el parpadeo para

qué. Para llegar al garaje hay que salir de casa; y no al extranjero precisamente, sino mucho más lejos: a la calle. La calle: un basural en llamas, un desierto flameante sin sombras ni soportales. Mi cuerpo se queja, se tensa, se endurece, gana peso. Consigo engañarlo moviéndome a trompicones, como el *scroll* de un videojuego de tu vieja consola.

Junto al espacio que ocupaba tu coche, amor mío, se amontonan herramientas, cajas desechas, trapos sucios, la bicicleta. Es difícil acceder a ella. Tanto que, en el primer intento, tropiezo con algo y caigo de bruces.

Gameover.

Play again?

Yes.

Con más cuidado y ralentizando aún más los movimientos, consigo sacar la bicicleta a la tercera y me la llevo a casa. De camino cojo también algunas herramientas, cinta americana, una cuerda. Por si acaso.

Así que fui capaz de salir a la calle, después de todo.

Los hijos que nunca tendré no dejan de llorar. Anoche caí rendida en el horno, se ve que la tensión y el sobreesfuerzo de salir a la calle me pasaron factura y, cuando 120 minutos después me puse de nuevo en planta, los hijos que nunca tendré lloraban a moco tendido. Quisiera consolarlos, pedirles perdón, prometerles que no volveré a hacerlo, pero el cuerpo, inconmovible, fiel a su rutina, me conduce hasta la habitación. Quiere su dosis diaria de ceniza.

Después de beberte y en vista de que los hijos que nunca tendré no callan, bajo a la cocina y comienzo a desmontar la bicicleta. Confío en que la actividad física logre distraerme de sus llantos. Conservo el cuadro, el sillín, los pedales, el manillar y la rueda delantera. La anclo al suelo, me ayudo de dos caballetes y desarmo el sistema de poleas de la lavadora. Luego me las ingenio para enganchar la cadena a una de las poleas, de forma que, dando pedales, el tambor de la lavadora se pone en funcionamiento.

Es pronto para decirlo y estoy demasiado cansada para comprobarlo, pero diría que funciona. Mañana veremos.

Al menos, los hijos que nunca tendré han dejado de llorar. O yo de oírlos.

Funciona. ¡Funciona! ¡La lavadora funciona! Es dar pedales y el tambor venga a rodar. Con menos esfuerzo que con el brazo y en menos tiempo, consigo hacerlo girar lo suficiente para lavar la ropa. Un poco de tu ceniza —no mucha, conviene racionarla—, agua y el entusiasmo de mis piernas bastan para que la ropa recupere tu olor. El cuerpo se cobrará su revancha, estoy segura, me obligará a permanecer varios días inmóvil, de la cama al horno y del horno a la cama todo lo más. No me importa. No si te llevo puesto.

Los hijos que nunca tendré regresan del futuro y me hablan por el intercomunicador. Parece que lloran. Aunque, si presto atención, distingo voces. Palabras. Frases. «Yo no fui», me recriminan tras simular un rato que lloran, «¿Vale que yo no fui, mamá?», repiten en bucle, y sus palabras se extinguen poco a poco, van perdiendo volumen como las canciones cuando había casetes.

Mi ropa huele a ti. A tus cenizas.

Los hijos que nunca tendré se orinan en las piscinas de Marte y me preguntan por su hermano, el mayor. Noto resentimiento en sus palabras. Yo guardo silencio, me tapo los oídos y confío en que se cansen pronto.

Mi ropa huele a ti. A tus cenizas.

Los hijos que nunca tendré le han cogido gusto al intercomunicador. No paran quietos. «Mamá», me dicen a varios años vista, «No sabes lo que te pierdes», y no sé si se refieren a ellos o al futuro.

Tras varios días de convalecencia, mi animal por fin se ha espabilado. Es el precio a pagar. Los hijos que nunca tendré no dejan de hablarme a gritos. Así que pude pisar la calle, después de todo. ¿Y si me acerco al supermercado? Tal vez si lleno la despensa mi hijo el mayor se lo piense mejor y regrese. Y, aunque no vuelva, solo por

dejar de escuchar un rato a los hijos que nunca tendré, habrá merecido la pena.

La calle baja hacia el centro. Me flanquea un graderío de casas deshabitadas y jardines en descomposición. El sol no avanza, indiferente al trazado que le corresponde. Me cuesta respirar, mi cuerpo transpira horrores y se siente incómodo. Me obligo a continuar. Pienso en mi hijo, el mayor. El asfalto es una masa grumosa semejante al engrudo y el silencio suena a coro de chicharras. Apenas consigo avanzar, los zapatos se pegan al pavimento y cada paso supone un esfuerzo mayor que el anterior. Tras de mí van quedando restos de suela derretida. Me detengo junto a un coche abandonado y me sorprendo al verme reflejada en una de sus lunas. No me gusta lo que veo. Así que esa soy yo. Así que *eso* soy yo. Me doy cuenta de que debo acabar con esto cuanto antes y echo a correr como alma que lleva el diablo.

Cuando al fin me detengo, estoy llegando a casa. El cuerpo está empapado en sudor y me duelen todas las articulaciones. Mi animal se queja. Me descubro cargando varias bolsas de plástico. Están vacías y desfondadas. Pesan un quintal.

No sé cuánto tiempo habré permanecido con la cabeza dentro del horno. Para mí que han sido siglos. Me dolía todo el cuerpo y era incapaz de dormir. Los hijos que nunca tendré no dejaban de gritar como posesos desde el intercomunicador, no había quien escuchase el siseo del gas. Mi animal echaba en falta su ración de cenizas, gemía, se lamentaba, lloraba de impotencia al no poder levantarse. Cargaba sobre sus hombros el cansancio de toda la especie.

Reúno fuerzas, me incorporo desoyendo a mi cuerpo, subo a por el intercomunicador e intento hacerlo trizas: lo lanzo contra la pared con toda la rabia que me queda dentro. El intercomunicador sale rebotado y brinca varias veces en el suelo antes de pararse a escasos centímetros de mis pies. Los que no se detienen son los hijos que nunca tendré, que continúan vociferando desde el piloto rojo. Le doy un pisotón, dos, ocho. Los hijos que nunca tendré rompen a reír. Sus carcajadas retumban por toda la habitación y mi ropa ya no huele. Cuando me detengo, mi animal me pellizca el estómago sin contemplaciones. Te reclama de nuevo, amor. Y la ceniza apenas dura.

De vuelta en la cocina, preparo un mejunje en un mortero. Así mezcladas, tus cenizas son indistinguibles del orfidal machacado. Los hijos que nunca tendré chillan por el intercomunicador, hasta aquí llegan sus gritos. Desmonto el horno con cuidado de no tocar el reloj

—es lo único que aún funciona—, abro la cámara de combustión, la relleno con el polvo de cenizas y orfidales y le prendo fuego con una vela y unos papeles. Parece que arde. Sello la cámara, compruebo que la válvula no esté obstruida y abro la manija del gas. Un siseo se abre paso entre la crepitación del papel ardiendo y el humo. Parece que funciona. La cabeza apoyada del lado izquierdo resultaría mejor, no cabe duda.

ANDAR SIN RUIDO

Yako, para ser un perro, la verdad es que no pronuncia nada bien las consonantes. Es como si le diera pereza empezar, porque luego las vocales las dice todas, y bien: ¡uau! A lo mejor alguien piensa que no las sabe decir, pero yo sé que sí, porque Yako es un perro y los perros dicen guau. Es solo que le da pereza empezar y las dice flojito, o las dice para adentro.

A Yako, como es un perro, le gusta masticar huesos. Se lo pasa pipa triturando huesos. Por eso mamá no le deja entrar en el salón, para que no se lo coma. A papá. Que bastante trabajo le ha costado sentarlo en la silla. Al esqueleto que es papá. A mí sí me deja entrar. A mí me obliga, aunque me dé un poco de repelús el esqueleto que es papá.

—¡A comer, que se enfría! —me grita mamá desde el salón, y entonces yo sé que debo dejar lo que esté haciendo y sentarme a la mesa, sin dejar entrar a Yako y sin desmontar el esqueleto que es papá.

Es un poco rara la palabra esqueleto. Es-que-le-to. Un poco rara y larga. Yo no sabía lo que era hasta que me lo explicó mamá. Porque hay cosas que se saben y cosas que no, y para las que no, está mamá. Un esqueleto es una colección de huesos, me explicó mamá, y todos juntos y ordenados forman un cuerpo. Al principio no lo entendí bien, porque las palabras a veces se quedan sin pilas y no llegan a tiempo. Menos mal que en casa tenemos un esqueleto y así es más fácil, hay una colección de huesos en la silla del comedor, y esa colección de huesos es papá. El esqueleto que es papá. Mamá me cogió de la mano, me llevó al salón y me explicó qué es un esqueleto:

—Un esqueleto es una colección de huesos —me explicó—, y este esqueleto es papá.

No parecía él. Tú estás de broma, le dije a mamá desde lejos, pero luego me fijé mejor y vi que sí, que esa mano en alto era papá. Mamá me acarició la cabeza y me dijo: «Hay que quererlo igual», y yo miré la sonrisa un poco loca del esqueleto que es papá y lo quise no sé si igual, pero con ganas.

Porque vaya con la sonrisa de papá.

Antes de ser esqueleto, papá no sonreía nunca. Ni siquiera cuando tenía cabeza.

—He perdido la cabeza —le dijo a mamá un día que llegó a casa sin cabeza.

—¡Tú es que siempre andas perdiéndolo todo! —le riñó mamá—. ¿Qué sería de esta casa sin mí?

Y es verdad, papá siempre andaba perdiéndolo todo.

—Cariño, no sé dónde he puesto las llaves —decía papá los martes.

—Si es que no sabes ni dónde tienes la cabeza —le contestaba mamá antes de encontrarlas.

También los jueves:

—Cariño, no sé dónde he puesto la cartera.

—Si es que no sabes ni dónde tienes la cabeza.

Y los sábados:

—Cariño, no sé dónde he puesto las gafas.

—Si es que no sabes ni dónde tienes la cabeza.

Mamá tenía razón, porque ahí teníamos a papá con las llaves, con la cartera, con las gafas y sin la cabeza.

—¿Has mirado bien en el coche? —le preguntó mamá, y papá se metió las manos en los bolsillos y dijo «no sé» con los hombros. Mamá resopló mucho, como si quisiera apagar las velas de su cumpleaños, del mío y del de papá todas a la vez, y se fue a la cocina y se puso a hacer croquetas. Yo me quedé un rato mirando a papá. No se movía de la puerta, papá tan raro sin su cabeza, papá como un puzle sin completar. Enseguida me aburrí de mirarlo y me fui a mi cuarto, a la cocina, al salón, a mi cuarto, al baño, por ahí. Y es que en eso soy como Yako, que me entra pereza y me canso pronto.

Mamá y yo tuvimos que aprender a caminar flojito, a jugar flojito, a querernos flojito o hacia dentro, porque desde que papá perdió la cabeza, le molestaban las cosas con ruido, cualquier cosa con ruido. Que no sé con qué los escuchaba, la verdad, si no tenía orejas, pero cualquier ruido le ponía de los nervios y levantaba la mano y las botellas volaban por todos lados y venga a escupir palabras prohibidas. Mamá, Yako y yo teníamos que escondernos tras las sillas, tras las mesas, tras los muebles, para no recibir un botellazo y vaya un coscorrón.

Yo creo que al que más le costó fue a Yako, porque, aunque no pronuncie bien las consonantes y sea perezoso, es un perro, y como perro que es, pues va y dice ¡uau! Lo dice bien claro: ¡uau!, y ¡uau!, pues vaya, es un ruido, y papá con los ruidos ya se sabe.

A lo mejor por eso Yako quiere comerse el esqueleto que es papá, a

lo mejor se ha llevado tantos coscorrones que ahora solo le apetece morderle. A mí a veces también me apetece.

Mamá, que está para las cosas que no se saben, enseguida le pilló el tranquillo y andaba por la casa con tanto silencio que parecía un fantasma. Yo le miraba los pies para ver si flotaba, pero no, mamá caminaba tocando el suelo, como cualquiera pero sin ruido. Hubiese molado tener una mamá fantasma, una mamá capaz de atravesar las paredes y desaparecer por debajo de las puertas y esconderse en los grifos y escapar de las botellas, pero me tuve que conformar con una mamá que andaba sin ruido, una mamá que al final ni era fantasma ni era mamá, la pobre.

No era fácil andar sin ruido. En cuanto me distraía, se me escapaba un salto, o una carrera, o una risa, y el silencio se estropeaba. El truco era doblar las cejas hacia abajo y poner los ojos chicos —como hacía mamá—, y moverse despacito también, como los futbolistas al marcar gol la segunda vez. Era un tostón andar así todo el tiempo, pero no siempre se puede hacer lo que te gusta, hija, porque la vida es así y porque lo digo yo, que para eso soy tu madre, me explicaba mamá con los ojos chicos y las cejas hacia abajo.

Pasó que un día al volver del cole, mucho después de que papá perdiera la cabeza, mamá estaba cantando en la cocina, mamá cantando palabras enormes y Yako ladrando mientras tanto, Yako tan animado, tan alegre, como si fuera su cumpleaños. A lo mejor también cantaba la canción pero sin consonantes, mamá y Yako cantando juntos en la cocina. Al escucharlos me asusté mucho, pero mucho-mucho. Siguieron cantando un buen rato, hasta que me vieron con la cara blanca y empezaron a reírse, mamá y Yako muertos de risa por los suelos, y yo me asusté todavía más al escuchar esas risas que no recordaba y corrí a esconderme tras una silla, tras una mesa, tras un mueble. Al verme con tanto miedo por fuera, mamá dejó de reírse y se acercó a darme un beso, uno bien gordo. Yako siguió cantando solo. Mamá me cogió de la mano y me dijo: «Hija, tengo que contarte algo», me lo dijo sin doblar las cejas hacia abajo y con los ojos grandes. «Es acerca de papá», me dijo también, y yo pensé que habría perdido otra cosa, un pie, la cintura, el corazón, vaya tela papá perdiendo cosas. Menos mal que mamá me contó lo del esqueleto que es papá.

Que papá ahora es un esqueleto. Que está en el salón, sentado a la mesa. Que no hay que dejar que Yako entre nunca, pero nunca-nunca. Que hay que quererlo igual. Que ya estaba bien de caminar flojito, de jugar flojito, de querernos flojito o hacia dentro. Que no se lo cuente a nadie, pero a nadie-nadie, tienes que prometérmelo, cariño. Que sí, mamá, que te lo prometo. Que de verdad te lo prometo. Que anda,

vete a jugar a tu cuarto. Que ahora voy. Que te quiero tanto, hija. Que yo también te quiero, mamá.

Hay niñas que tienen un piano, hay niñas que han ido a Eurodisney, niñas con vestidos de princesa y niñas que celebran su cumpleaños en una piscina de bolas, y luego estoy yo, que tengo un esqueleto que es papá en el salón de casa. No es fácil un esqueleto. La tabla de multiplicar tampoco es fácil, aunque para eso tengo a la seño, para que me explique la tabla del dos y la del tres y los conjuntos, pero los esqueletos no le interesan nada y no hay quien los entienda. Por eso le pregunto a mamá por qué papá, bueno, el esqueleto que es papá tiene cabeza si papá no, si la había perdido y no la encontraba.

—¿Por qué el esqueleto que es papá tiene cabeza si papá no? —le pregunto a mamá.

—Hija, hay que quererlo igual —canta mamá muerta de risa.

Para mí que mamá la tenía guardada. Ella me decía que papá la había perdido. Papá siempre andaba perdiendo las cosas, es verdad —las llaves, la cartera, las gafas—, y al final mamá las encontraba. «Si es que no sabes ni dónde tienes la cabeza», le reñía primero y luego lo encontraba todo. Menos la cabeza, con la cabeza no había forma. Pero yo creo que era de mentirijilla, que mamá la tenía guardada y por eso el esqueleto que es papá ahora tiene cabeza.

Y sonrisa.

Qué cosa la sonrisa de papá. Una vez me estaba comiendo un polo y sin darme cuenta era de limón. A lo mejor con la sonrisa de papá pasa lo mismo. Porque papá nunca sonreía y, ahora que es esqueleto, sonríe a todas horas, sonríe tanto-tanto que su sonrisa ha perdido la gracia.

Es como muy quieta su sonrisa. O demasiado grande. Primero me llevé una alegría enorme al verle sonreír. Hacía mucho que no le veía hacerlo y a mí, además de las croquetas de mamá, me gusta que papá me sonría. Lo que más
o casi. Aunque desde que es esqueleto no me gusta tanto o me gusta a rachas. Me asusta un poco. Que esa colección de huesos que es un esqueleto que es papá sonría tanto, me asusta un poco. A lo mejor un día papá estaba diciendo una palabra, puso la boca en forma de sonrisa y, sin darse cuenta, se le quedó puesta. Como me pasó con el polo, que sin darme cuenta era de limón. A ver si me acuerdo y se lo pregunto a mamá cuando deje de cantar un rato.

Hay dos cosas prohibidas: dejar pasar a Yako y entrar en el salón por la noche. O sea, que si me levanto con ganas de hacer pis, ir al baño sí puedo; o, si tengo una pesadilla, puedo ir al cuarto de mamá, aunque antes tengo que llamar a la puerta y esperar a que me dé

permiso; pero al salón no puedo ir. Que ni se me ocurra. Que tienes que prometérmelo. Que sí, mamá, que te lo prometo. Es normal que a Yako no le deje pasar al salón. Porque Yako es un perro y le gustan los huesos, y el esqueleto que es papá está lleno de huesos y comérselo no es quererlo igual, en eso mamá tiene razón. Pero lo de no dejarme entrar a mí por la noche no lo entiendo tanto. ¿Por qué no puedo si dejo a Yako fuera? Es lo que me gustaría preguntarle a mamá, pero no para de cantar y le tengo que decir que vale, que no entraré en el salón por la noche, que prometido, y luego voy y entro sin que se entere, algunas veces entro.

Primero veo que Yako no esté cerca, luego abro la puerta del salón sin hacer ruido, como aprendí de mamá, y después me cuelo dentro junto al esqueleto que es papá, que de noche vuelve a no tener cabeza y sí la mano en alto.

Menuda guasa lo de la cabeza. Si no fuese porque entrar en el salón por la noche es una de las dos cosas prohibidas, también le preguntaría a mamá cómo es que el esqueleto que es papá no tiene cabeza de noche y de día sí. Como no se lo puedo preguntar, me acerco sin hacer ruido y cojo un hueso. Tengo que tener cuidado para que no se caiga el esqueleto entero. Es divertido jugar a coger un hueso sin tirar los demás. Prefiero empezar por la mano en alto. Cuando tengo uno de sus huesecitos, lo muerdo un poco. Está soso y huele a botella, y a veces se queda algún trozo entre los dientes y me hace sangre en las encías, pero a mí me gusta tanto morderlo, me lo paso tan requetebién mordisqueándolo que ni me importa. Normal que Yako también quiera. Si por mí fuese, estaría toda la noche dale que te pego. Lo malo es que dejaría marcas en los huesos de tanto morderlos y mamá se enteraría, así que lo muerdo flojito y lo dejo pronto en su sitio, que parezca que no ha pasado nada.

—¡Oa! —de la misma rabia por no poder seguir mordiendo huesos, grito sin voz, con los ojos y los puños apretados. Grito como Yako, sin pronunciar las consonantes. Pero no por pereza, sino porque me da corte decir esas palabras enteras. Aunque sea sin voz y nadie me pille.

—¡Iioa! —cómo duele la cabeza al abrir tanto la boca y concentrarme tan fuerte para repetir sin voz y sin consonantes las palabras prohibidas que papá escupía con la mano en alto.

—¡Iei!

—¡Iioa! —sin consonantes, es igual que la otra, qué risa.

Me voy animando.

—¡Esupia!

—¡Ijaeuta!

Al final se me acaba escapando alguna consonante, siempre me

pasa, y entonces sé que debo volver a la cama. Antes, me acerco al cuarto de mamá por si estuviera abierto. Sigo creyendo que tiene la cabeza de papá, pero la puerta siempre está cerrada, qué manía con las puertas cerradas. Como no puedo espiar con los ojos, espío con la oreja, dejo de respirar para espiar mejor. Se oyen como dos voces. Parece que se ríen o algo.

ROMPER EL ENCANTAMIENTO

Puedo extender la mano y tocar su cuerpo, acariciarlo con suavidad para asegurarme de su presencia; puedo incorporarme lentamente y hacer como quien ve, imposible en esta oscuridad de medianoche y luna nueva, lo sé, pero nada me impide simular estar viéndola y figurarme sus labios entreabiertos, su respiración acompasada; puedo retirar las sábanas sutilmente, ir descubriendo poco a poco el volumen impreciso de sus pechos, la geometría caprichosa de los brazos extendidos o no —esas figuras no las enseñan en los colegios—, la rotundidad de su cadera. También puedo, como de hecho estoy haciendo, pasar una pierna sobre su cuerpo con cuidado de no tocarla; puedo agacharme y susurrarle al oído insinuaciones vagas, antiguos códigos de amantes; puedo incluso rozar su cuello con mis labios —sé que eso le gusta— o soplar apenas en su ombligo —ha sonreído, estoy seguro, se ha agitado levemente y ha sonreído—. Pero no puedo encender la luz para contemplarla. Soy razonable, sé que hay cosas que puedo hacer y cosas que no. Y no puedo correr el riesgo de despertarla.

SI TODOS LOS CHINOS SALTARAN A LA VEZ

Pues qué quieren que les diga, pero no me parece sano, no me parece en absoluto sano llamarse Victoria. Una puede llamarse Valeria o Verónica o Virginia, o incluso, si me apuran, puestos a tener un nombre que empiece por V, Virtudes, pero llamarse Victoria es una temeridad. Hay que estar como un cencerro para llamar Victoria a tu hija. Nadie en sus cabales puede empezar la vida con tales expectativas.

Viqui, que es como llaman a Victoria, dice que son cosas mías, lo dice en el mismo tono con el que va leyendo los nombres de los pueblos que atravesamos conforme nos acercamos a nuestro destino, pero, y en esto convendrán conmigo, es un despropósito llamarse Victoria.

Cosas mías, dice. Si hasta sus padres debieron de darse cuenta del error, porque enseguida comenzaron a llamarla Viqui —con *qu* y con dos pares de narices—, pero el daño ya estaba hecho y era irreparable. Estoy convencido de que, cuando tomaron conciencia de la metedura de pata, corrieron como almas que lleva el diablo para enmendar el disparate pero llegaron demasiado tarde: el nombre ya estaba inscrito en el registro civil, con sus sellos estampados y sus copias por las dos caras. Y no se les ocurrió otra cosa que empezar a llamarla Viqui con *qu* por despistar, por ver si así. Ni de coña si así. Llamarse Victoria no tiene remedio. Como tampoco lo tienen Fernando, Graciela o nuestro destino.

Nuestro destino es, por cierto, un pueblo de la meseta cuyo nombre no hay quien recuerde, uno de esos pueblos minúsculos con nombre larguísimo en mitad de ninguna parte, donde Dios perdió el mechero. Tiene apenas ciento treinta habitantes y a ellos les pareció el lugar ideal para pasar la Semana Santa juntos. Ellos: Victoria, su hermano Fernando y su nueva novia, Gisela. Han alquilado un viejo caserón y han planificado varias rutas de senderismo por la zona, además de visitas a los pueblos de los alrededores, degustaciones gastronómicas,

contemplación de estrellas —no hay contaminación lumínica, en palabras de Victoria; contaminación lumínica…, valiente chorrada— y no sé cuánta vaina rural más.

—Cerca hay un río y un bosquecillo —me anunció Victoria entusiasmada.

—Pero la alergia… —empiezo a decirle.

—Para eso están los antihistamínicos. Verás lo bien que nos lo vamos a pasar —me corta en mitad de la frase.

Eso digo yo: verás.

No me gustan los pueblos, esos sucedáneos de ciudad en los que nunca pasa nada reseñable, pero, de un tiempo a esta parte, parecen haberse puesto de moda y aquí me tienen, atravesando la meseta en compañía de mi mujer, de su hermano, al que no soporto —Victoria tampoco, pero aspira a recuperar la relación, no me quedó claro con quién; tampoco le insistí para que puntualizara—, y de Gabriela, la última novia de Fernando, y dejando atrás pueblos con nombres interminables que Victoria repite cada vez que lo anuncia un letrero.

Y a esto lo llaman vacaciones.

Sin ningún pudor, además.

Bravo.

Pese a todo y por fortuna, el pueblo existe.

Por fortuna: llega un momento en que el nombre que anuncia Victoria coincide con nuestro destino —no hay forma de que se me quede, lo acaba de decir y ni por esas— y el suplicio de compartir horas de carretera con mi mujer, mi cuñado y la tal Miguela llega a su fin.

Pese a todo: tenemos por delante una semana en el pueblo. Una semana. ¡Tenemos!

El pueblo, en una primera impresión, es tal y como lo había imaginado: un catálogo de casas en ruinas alineadas en torno a la carretera principal y algunos caminos de tierra perpendiculares a la calzada que conducen vaya uno a saber a dónde; también hay una iglesia; y un frontón; y una plaza minúscula; y nadie. Nadie por todas partes.

Conduzco calle abajo lentamente, Victoria bien atenta a los números de las casas, y por fin me anuncia a voz en grito —eso podía habérselo ahorrado— el número de la nuestra.

Tengo que reconocerlo: la casa no está nada mal. Aunque la fachada augurase una vivienda prerrevolución industrial, cuenta con todas las comodidades: microondas, frigorífico, calefacción, televisión digital. Tiene dos plantas. En la planta baja hay un salón y una cocina enormes, también un aseo. Arriba, los dormitorios con sus

correspondientes baños. El nuestro es inmenso. Además de la cama, tiene un aparador descomunal, un escritorio —un buró, según Victoria — y un ventanal en el que cabe todo el paisaje. Eso sí, la madera cruje que da gusto, para deleite de Victoria, Fernando y Micaela, que juegan a caminar sobre el parqué sin hacer ruido.

—Parecéis la repetición de la jugada —dice Fernando señalando a su hermana y a su novia, y los tres estallan en una carcajada que cruje más que la madera.

Imbéciles, eso es lo que parecéis.

El resto de la tarde, he de admitirlo, no fue para tanto. En lo que deshacíamos las maletas y nos dábamos una ducha, se había pasado el día. En el pueblo no hay bar ni nada que se le parezca, por lo que no tuvimos que alternar con la fauna local ni que responder a las típicas preguntas aldeanas que a buen seguro nos hubieran hecho los cuatro parroquianos de turno. Así que sacamos un mantel, las viandas que había preparado Victoria (filetes empanados, tortilla de patatas, aliño de pimientos, lo clásico) y, mientras ellos miraban mapas, ponían a cargar las cámaras de fotos y se entusiasmaban como niños, yo cené como un señor.

La noche fue otro cantar. Y no de gallos precisamente, que los hay y cacarean cuando les place, esté por amanecer o no. Perros también hay, y aprovechan la oscuridad de la noche para hacer de las suyas. Como Fernando y Adela, que follaron sin complejos no bien se acostaron, sin importarles que la cama chirriase como un cochinillo en un matadero ni que su hermana estuviese en el cuarto de al lado, pared con pared. Pero lo que cantó de veras fue mi nariz: si no estornudé cien veces, no estornudé ninguna. Les presento a mi alergia.

—Para eso están los antihistamínicos. Verás lo bien que nos lo vamos a pasar —me cortó Verónica en mitad de la frase cuando el pueblo aún era un proyecto.

De puta madre nos lo vamos a pasar. Porque cerca hay un río y un bosquecillo. ¡Achís! Cuarenta y ocho, si no he perdido la cuenta.

Hay un pájaro que se despierta el primero. Es lo que tienen las gramíneas, que, además de ser de la familia de las monocotiledóneas, te hacen madrugar esté o no en tus planes. Ellas, que son muy puñeteras —les viene de familia—, programan tu nariz a las tantas y cuarto y te hacen pasar la noche en vela para que compruebes que, efectivamente, hay un pájaro que se despierta el primero. Su trino es escalonado, como por partes, y precede sus buenos minutos al amanecer. Una vez que se pasa el cabreo, debo reconocer que su trino resulta hasta agradable. Me recuerda al sonido que hacía Fernandito cuando se quedaba dormido. Fernandito, sí. Decisión de Victoria.

Capricho suyo. Al menos no fue niña. Porque la tradición hubiera impuesto que… No quiero ni pensarlo.

Fernandito, por cierto, se ha quedado esta semana con los abuelos maternos. En la ciudad. Bien lejos de gallos, perros y cuñados folladores. Suertudo.

De no ser por este despliegue de estornudos —sesenta y dos—, darían ganas de usar el trino de este pájaro como almohada. No sabría decir a qué especie pertenece, estoy pegado en ornitología y solo identifico a las palomas. Porque en la ciudad también hay palomas.

También, digo, porque un rato después se espabilan las palomas y comienzan a emitir una melodía en tres fases, la segunda bastante más larga que las otras dos, que no interrumpen ni a base de estornudos —ochenta y cuatro—. Y, justo después, amanece. En el preciso instante en que un tercer pájaro se despereza, va y amanece, un pájaro vivaracho e impertinente que pía como si ametrallase la mañana con balas de soprano y que, si no es una urraca, merecería serlo.

Afortunadamente, a las palomas les trae al fresco el amanecer. Ellas siguen a lo suyo. Lo sé de buena tinta, que ya había dado todas las vueltas que una cama tolera en una noche, me había levantado de puntillas hacía rato para no despertar a Victoria —los muelles se quejaron flojito y ella cambió de postura, apenas eso— y me había asomado a la ventana para darme de bruces con un grupo de, digamos, unas catorce palomas picoteando en un descampado frente a la casa.

Se trata de un descampado al uso, un terruño lleno de matojos y rocas y algún palé arrumbado, con la peculiaridad de que, justo en el lugar en donde comen las palomas, hay una calva, un círculo perfecto idéntico a la señal que dejan los platillos volantes al posarse sobre los trigales, pero en miniatura. Qué gozada las palomas a su rollo, moviéndose en ese espacio acotado como bolas de un *pin-ball*, qué maravilla gorjeando a su aire.

Me gustan las palomas, me gusta la forma tan curiosa que tienen de caminar, sus cabezas martilleando el aire a cada paso como si lo desbrozaran, como si el aire fuese algo sólido que es necesario desmenuzar. Ya quisiera yo esa resolución para mí, disponer de un pico con el que abrirme paso, con el que limpiar el camino de obstáculos al tiempo que avanzo. En lugar de eso, aquí me tienen, en un pueblo de la meseta cuyo nombre no consigo retener, en compañía de mi mujer —que mira que llamarse Victoria—, de su hermano Fernando —al que no trago— y de su enésima novia —que no es que me caiga mal, la pobre, pero para qué molestarme en conocerla si la semana que viene será otra.

Menos mal que también están las palomas. Lástima que no estén solas. Victoria ya se ha levantado, ha saltado de la cama como un resorte celebrando el tiempo —«Qué buen día hace», ha dicho sin tan siquiera asomarse a la ventana— y ha ido a avisar a Fernando y a Marcela, que ya la esperaban desayunando. Con lo que no me ha quedado más remedio que unirme a ellos y desatender a las palomas.

¡Achís! Noventa y cuatro.

Para hoy hay prevista una ruta de senderismo vadeando no sé qué río. No hay que superar mucho desnivel, dicen, y el sendero transcurre por una zona arbolada —el bosquecillo del que me habló Victoria, supongo— y atraviesa un cañón en el que anidan buitres, águilas, halcones, no sé cuántas especies con garras deseosas de que tengas un tropezón y te desnuques contra una roca o te despeñes por un risco y la palmes. Palomas no, seguro. Yo, que llevo un rato asomado a la ventana y he visto la que se venía encima, les he advertido de la posibilidad de lluvias, de tormenta, de ese tipo de fenómenos adversos que bien justifican una jornada bajo techo (si con una buena serie *online*, mejor —imposible aquí, ya he comprobado que no hay cobertura—), y ellos, en lugar de ser razonables y desistir, se han reído y me han dicho que no sea aguafiestas, que aquí hemos venido a vivir la aventura y pamplinas así.

—No seas aguafiestas —me ha dicho uno de ellos, o todos, y luego han reído; todos, no uno—. Estamos en el campo, hemos venido a la aventura.

—¡Eso, a la aventura! —ha respondido cualquiera. Luego, han brindado con café.

Así que acabamos de desayunar, nos duchamos, nos ponemos nuestras botas de goretex con suelas antideslizantes y nos aventuramos a la calle. Por llamar de alguna forma a lo que hay más allá de la casa. Las palomas ya no están. En su lugar, un círculo ocasionado por a saber qué fenómenos sobrenaturales. Les pregunto por las palomas:

—¿Habéis visto esta mañana una bandada de palomas aquí fuera?

Ninguno ha visto nada pero todos tienen su opinión:

—Palomas, ¡qué asco! —opina Antonella—. Parecen ratas con alas.

—Ya te digo —conviene Victoria—. Por no hablar de las enfermedades que transmiten.

—Además, lo ponen todo perdido de mierda. ¿Tú sabes lo dañina que resulta para los edificios la mierda de las palomas? —apostilla el imbécil de Fernando.

¿Y tu mierda, sabes lo dañina que resulta tu mierda?, me contengo.

No entiendo esa inquina hacia las palomas. De verdad, no la

entiendo. Yo las admiro. Son unas supervivientes natas. Lejos de extinguirse con el florecimiento de las ciudades, como les ocurrió a muchas especies, las palomas se multiplicaron. Y vale que a veces aciertan, vale que, en ocasiones, dan en el blanco, pero, digan lo que digan, aún no se conoce paloma que defeque de mala fe. Fernando, en cambio…

En cambio, a ninguno parece interesarles las palomas y se ponen en marcha sin gastar más saliva en ellas. El sendero arranca, al parecer, a la salida del pueblo, pasando el cementerio. El pueblo también está desierto a estas horas. Tan solo nos encontramos con un anciano que trabaja en un huerto delimitado por unos pedruscos puestos de cualquier modo. El hombre alza la vista al vernos, nos saluda echando la cabeza hacia atrás y arqueando las cejas, se seca el sudor con la manga de la camisa y vuelta al tajo. Victoria se detiene un instante, le da los buenos días y se acerca al huerto. Los demás la siguen.

—Buenos días, señor. ¿Qué, trabajando? —le pregunta sonriendo.

El hombre se incorpora, nos barre con la mirada y le contesta que aquí, con los tomates, a lo que Victoria aprovecha para encasquetarle un par de preguntas de la misma índole que la anterior. Fernando y Anabela no tardan en incorporarse a la conversación, aportando algunas interjecciones y sonidos guturales que les deben resultar de lo más campestres.

Al cabo de cinco interminables minutos, deciden dar por terminada la charla y arrancamos a caminar de nuevo. Cuando perdemos de vista al hombre, comienzan a hablar atropellándose, repiten casi palabra por palabra la conversación con el anciano pero exagerando la entonación, como si, en lugar de haber estado hablando de lechugas, hubieran disertado acerca del origen del universo, como si hubieran dado con la clave del puto *Big Bang* nada más y nada menos.

Este exceso verborreico me aturde. Intento abstraerme observando el paisaje, que es lo único que tengo a mano para evadirme —el móvil sigue sin cobertura. Al pasar junto al cementerio, le ha crecido una barrita, pero enseguida ha desaparecido—. El paisaje, en esencia, es un páramo hasta donde alcanza la vista, o la idea que tengo de páramo: un terreno prácticamente llano y pedregoso, salpicado con algunos árboles dispersos y parcheado por unas espigas esmirriadas que llegan a la altura de las rodillas. Cebada, dice Fernando consultando una guía. Victoria se extraña de que haya cebada en la meseta. Primeras noticias de que Victoria supiese qué narices crece en la meseta. Entretanto, las espigas tienen un idilio con mis calcetines: los tengo acribillados y, por más que lo intento, no hay forma de

quitármelas del todo. Siempre queda alguna. Al rato, me doy por vencido y asumo que el campo pincha. Pues nada.

Una hora después de comenzar la caminata, vislumbramos una masa boscosa a lo lejos. Parece ser que es hacia allí a donde nos dirigimos. No quiero decir nada, pero el cielo ha ido poniéndose cada vez más negro y para mí que esos nubarrones vienen cargados de agua. A nadie más que a mí parece importarle ese detalle. Los únicos comentarios al respecto han sido del tipo: «Hace una temperatura perfecta para caminar» (Victoria); o: «Mejor si no abre en todo el día» (el imbécil de Fernando); o: «Qué brisa más agradable» (ya ni recuerdo quién).

Como suponía, cuando llegamos al bosque comienzan a caer las primeras gotas. A estos tres parece no afectarles. Es más, cuando, en vista de que la lluvia arrecia, les propongo dar media vuelta, comienzan a reír como locos y:

—¡Aventura!

—¡Eso, aventura!

—*I'm singing in the rain*…

Nos internamos en el bosque pues, que en pocos minutos se convierte en un lodazal que nos obliga a avanzar haciendo equilibrios. Por supuesto, no tardamos en empaparnos. No sé ellos, pero yo fui educado en la certeza de que la lluvia moja y de que semejante calada puede acarrearnos, cuando menos, un resfriado de padre y muy señor mío. Pero ahí los tienen, muertos de risa los tres, celebrando cada resbalón como si les hubiera tocado la lotería, Victoria pasándoselo pipa con el trasero embarrado de quien le precede, Fernando disfrutando como un enano cada vez que se le hunde una bota en un charco, Estela partiéndose la caja a costa de nuestro aspecto con el pelo pegado al cráneo, y el goretex que de nada sirve contra el agua que cala los bajos del pantalón y se cuela por los tobillos. Por los tobillos aguijoneados por espigas invisibles, inarrancables, puta acupuntura vegetal.

Y así durante cuatro horas.

Genial todo.

Y las palomas, mientras tanto.

Tampoco estaban las palomas al regresar. Como no tenía ninguna prisa, dejé que los demás se duchasen primero y salí a dar una vuelta. Ya había escampado. En el momento en que estos dieron la caminata por concluida, había dejado de llover y se habían abierto varios desconchones en el cielo. Me preguntaba qué andarían haciendo las palomas cuando no estaban picoteando y pensé que lo mismo las encontraba en otra parte del pueblo.

La mayoría de las casas parecían deshabitadas, las puertas y las ventanas estaban cerradas a cal y canto y tras ellas no se adivinaba ninguna evidencia de rutina doméstica: ni luz, ni ruidos, ni humo. Algunas casas presentaban un aspecto ruinoso. Cuando no tenían media fachada derribada, el techo se había venido abajo. Desde mi ignorancia, supuse que lo mismo las palomas anidaban en algunas de estas casas abandonadas y me asomé por una grieta a una de ellas para examinar el interior. Estaba oscuro y no veía un pijo, pero la ausencia de sonidos me convenció de que allí no había palomas, ni fantasmas, ni nada. De haber palomas, al menos se escucharía un arrullo, un zureo, qué sé yo, esas cosas que hacen las palomas para pasar el rato. Digo yo. Al girarme me encontré de frente con el anciano de la mañana. Ya no trajinaba con tomates ni con nada vegetal, sino que estaba sentado junto a la puerta de la que debía de ser su casa. Como quiera que me había pillado en una actitud poco menos que sospechosa, me vi en la obligación de darle explicaciones. Le saludé al modo en que se saludan los de aquí, cabeza hacia atrás y cejas enarcadas, me acerqué sin hacerme el remolón y le pregunté por las palomas.

De primeras se mostró desconfiado, al menos fue la impresión que tuve —normal, por otro lado; a mí también me habría escamado un forastero curioseando una casa ajena, por mucho que estuviese en ruinas—. Se inclinó hacia un lado y miró hacia la casa objeto de mi espionaje, como comprobando algo. Lo que vio debió de satisfacerle, porque enseguida comenzó a hablarme de las palomas. Se conoce que, justo en frente de nuestra casa, habían depositado fardos de veza —paja, creí deducir— para ganado y, al retirarlos, el lugar que habían ocupado quedó lleno de simientes. De ahí la forma circular de los rastrojos aplastados —pues vaya unos platillos volantes de pacotilla—. De ahí también que las palomas acudieran cada mañana a darse un festín. Y no, no eran palomas amaestradas, nada que ver con la colombofilia. Si lo fueran, tendrían las alas pintadas con colores llamativos. Y vaya usted a saber qué hacen durante el día, ni idea de su paradero. En el pueblo no se quedan, eso seguro.

Hubiera querido examinar el resto de casas por mí mismo. En cualquier caso, parecía buen tipo. Rural pero buen tipo. Le creí.

Al volver a casa, los agroturistas me están esperando en el salón. La mesa ya está puesta, de la cocina sale un olor a carne a la plancha y Victoria me apremia con la mirada. Subo sin decir nada, me ducho en un santiamén, me uno al grupo y trato de mostrar interés por la conversación, que versa principalmente sobre la jornada pasada por agua, menuda aventura, ¿eh?, y qué risa más tonta recordando los

detalles, ay, es todo tan desternillante. Un pueblo con cascada que visitaremos mañana se cuela de rondón.

Las gramíneas son los gallos de la primavera.

Pero antes de acostarnos:

—¿Has llamado a Fernandito? —Victoria, claro.

—¿Yo? Si no hay cobertura.

—En el cementerio sí que hay. Y no te hagas el tonto, que lo sabes.

En efecto, lo sé. Aun así:

—¿En el cementerio? Si no he ido al cementerio.

—¿Que no has ido? ¿Y qué has estado haciendo mientras preparábamos la cena, si puede saberse?

—(…)

—Quedamos en que tú le llamabas, ¿no?

—(…)

—¿No quedamos en eso?

—(…)

—Que te estoy preguntado, joder.

—Yo… Las palomas…

—¿Las palomas? ¿De qué narices me estás hablando?

—Mañana sin falta le llamo.

—(…)

—Te lo prometo, amor.

—(…)

—Que te estoy diciendo que mañana sin falta. De verdad.

—(…)

Pues eso, las gramíneas son los gallos de la primavera. También los perros de la primavera, que deben aprovechar la noche rural para chingar en los eriales sin importarles el descanso ajeno, igual que a Fernando y a Marinela, que por segunda noche consecutiva dale que te pego hasta las tantas. No entiendo mucho de estas cosas —cuando digo «estas cosas» me refiero a mi vida—, pero la polinización debe de tener lugar entre las putas tres de la mañana y las jodidas cuatro, que es la franja en la que me ha vuelto a despertar un ring ring de estornudos. A Victoria también le ha despertado. No ha dicho nada, simplemente ha resoplado y luego se ha removido en la cama. Poco, la verdad, para lo que yo hubiera hecho si me despertara un ring ring de estornudos ajenos a las tantas y cuarto de la madrugada. Para no forzar la máquina más de la cuenta, me he levantado intentando no molestarla —no hay manera con estos muelles— y me he asomado a la ventana. También para espiar a las palomas, lo reconozco. Pero no estaban. Cómo iban a estar, si aún dormía como un tronco el pájaro que se despierta el primero. La naturaleza pincha, sí —aún creo sentir

espigas en los tobillos—, pero también tiene sus normas, sus manías, sus pautas. Y las palomas nunca se levantan antes que el pájaro que se despierta el primero.

Una vez leí —se leen tantas cosas y para qué— que la iluminación artificial de las ciudades altera el metabolismo de los pájaros, que las luces de las farolas, de los coches sonámbulos, de los neones indecisos, los despistan, los confunden y hacen que no tengan claro si es de día o de noche, y se vuelven majaretas. Se me ocurre entonces: como el salón también da al descampado, bajo de puntillas, abro las ventanas de par en par y enciendo las luces, por ver si así confundo al pájaro que se despierta el primero con este amanecer improvisado y las palomas vienen detrás. El ángulo de visión que tengo desde el salón no es demasiado bueno. Al estar al mismo nivel que el descampado, nuestro coche tapa el lugar al que acuden a comer las palomas —se conoce que justo allí habían depositado fardos de veza—, con lo que decido regresar al dormitorio a paso de caracol, que no se figuran ustedes lo que cruje el parqué a primera hora, y me asomo desde arriba. He de admitir que deja mucho que desear este amanecer artificial que me he sacado de la manga. Es una birria de amanecer, para qué engañarnos. Apenas alcanza un radio de dos metros en torno a la ventana —siendo optimistas—, y así no hay pájaro que se despierte el primero.

Toca esperar a que la naturaleza siga su curso.

No queda otra.

No las he visto llegar. Debí quedarme dormido contra el cristal de la ventana mientras las esperaba. Cuando he abierto los ojos, allí estaban, en el círculo que es su pista de aterrizaje, percutiendo con sus cabezas el vacío frente a ellas. Al verlas actuar, me reafirmo en la idea de que el redondel de hierba seca no lo ha ocasionado un fardo de veza, sino que son ellas quienes lo originan al martillar el vacío, que el ritmo de sus cabezas frenéticas provoca una onda expansiva a su alrededor que arrasa con todo. Una vez leí —se leen tantas cosas y para qué— que si todos los chinos saltaran a la vez, se alteraría el eje de rotación de la Tierra. Qué no provocará entonces una bandada de, pongamos, unas catorce palomas frecuentando a la vez la misma porción de descampado cada mañana. Con la venia del pájaro que se despierta el primero, eso sí, que la naturaleza tiene su ritmo.

El estornudo que hace el cien se las trae y ahuyenta a las palomas, que levantan el vuelo, trazan un par de círculos en al aire y se pierden por algún lugar a mi izquierda. No son las únicas en alterarse. A mi espalda, escucho resoplar a Victoria a base de bien. Se levanta de la cama de golpe, rebusca algo en el cajón de la mesita de noche y se

acerca haciendo crujir la madera.

—Toma —me espeta plantándome el blíster de antihistamínicos en la mano—. Y llama a Fernandito, anda.

A continuación da media vuelta y se mete en el baño.

En vista de que ya no hay palomas, decido acercarme al cementerio para llamar a Fernandito. En la puerta de la casa me encuentro con Candela. Está fumando un pitillo. Con este relente.

—Voy a llamar a Fernandito —le explico sin que me lo reclame.

—Te acompaño. Mi madre también estará deseando saber de mí.

Comenzamos a subir hacia el cementerio. Hoy el cielo está limpio, no hay nubes que presagien un chaparrón como el de ayer. A esta hora, sube del suelo un frío sin complejos. Caminamos con el cuerpo encogido y las manos en los bolsillos. De vez en cuando ella le da una calada al cigarro. Nunca me han resultado cómodos estos silencios entre desconocidos, conque me veo en la obligación de preguntarle algo, lo que sea, ya.

—¿Hace mucho que conoces a Fernando? —lamentable, lo sé. No se me ocurre otra cosa a bote pronto.

—Apenas llevamos tres meses saliendo pero siento como si lo conociera de toda la vida —dice con una jovialidad violenta para estas horas.

—Eso es maravilloso —«Maravilloso». Peor aún.

—Me alegro mucho de que Fernando me haya invitado a pasar esta semana con vosotros. Es un paso muy importante. Dice mucho en su favor.

—Sí, es un gran tipo —respondo. ¿Se puede ser más patético?

Menos mal que el cementerio no está lejos. Nada está lejos en este pueblo, en verdad. Miento: la ciudad sí lo está. Lejísimos.

Cuando voy a excusarme para llamar a Fernandito, Pamela me suelta a bocajarro:

—Perdona, no quiero meterme donde no me llaman, pero creo que deberías tratar mejor a Viqui. Lo de la Nochebuena no estuvo bien. Nada bien.

¿Lo de la Nochebuena? ¿Cómo diablos sabe lo de la Nochebuena? ¿Desde cuándo conoce a Victoria? ¿Y cómo es que la llama Viqui, con *qu* y con dos pares de narices? ¿A cuento de qué este grado de intimidad? ¡Si Fernando y ella llevan saliendo solo tres meses! No lo entiendo. ¿Cómo es que…?

—Solo te digo eso, que la cuides. Es una gran mujer —interrumpe mi perplejidad y se aleja calle abajo.

Balbuceo algo incomprensible. Inicio el gesto de llamarla con la mano, lo dejo a medias. Dudo entre seguirla y pedirle explicaciones o

llamar a Fernandito. Me molesta que sepa lo de la Nochebuena, no lo niego. Me molesta muchísimo. Pero es verdad que no estuvo bien. La veo perderse al doblar una curva y decido que primero llamaré a Fernandito y luego ya veremos. La naturaleza tiene sus reglas, las palomas no aparecen hasta que un pájaro se despierta el primero, antes Fernandito y después lo de la Nochebuena. Me llevo la mano a un bolsillo y saco el blíster de antihistamínicos. El otro bolsillo está vacío. Mira tú por dónde, va a ser que me dejé el móvil en la casa. Así no hay paloma que se despierte.

Hago algo de tiempo y regreso muerto de frío, tiritando. Desconcertado también. Entro en la casa sin hacerme notar. Los oigo en la cocina, preparando el desayuno, y me escabullo hacia la ducha. Ya llamaré a Fernandito a la noche, que bastante tuvo Victoria con lo de la Nochebuena como para que encima ahora.

Hoy toca pueblo con cascada. A cualquier cosa le llaman cascada, todo hay que decirlo. El pueblo está enclavado en la falda de un risco. No sé cómo se tiene en pie, todo el pueblo es cuesta y un riachuelo lo parte en dos. Parece a punto de desplomarse. Siguiendo el curso del riachuelo, en un momento dado el agua se precipita unos metros en vertical —dos o tres metros, calculo—, una caída ridícula como para considerarla cascada. No está la cosa como para poner la cascada en entredicho y hago ver que menuda cascada, preciosa, incluso meto una mano debajo y con qué fuerza cae el agua, y habéis visto qué fría viene. Los demás sacan fotos, leen la guía, comentan el paisaje, suben cuestas.

A la hora de almorzar, nos detenemos en un restaurante que parece ser que sirve un cordero que está para chuparse los dedos. Pues nada, cordero que te crió. Intento participar en las conversaciones, me resulta embarazoso el grado de intimidad que tienen los tres y me siento desplazado, trato de tomar parte para que no noten mi fastidio. En medio de esta pretendida normalidad, no consigo quitarme de la cabeza la sensación de que ellos saben que yo sé, y todas mis palabras me resultan impostadas y torpes. Los noto secos conmigo, aunque probablemente no sea más que una percepción mía.

De pronto lamento que el sol brille en lo alto, de pronto desearía que lloviese como ayer y que estuviesemos caminando por un lodazal, Viqui pasándoselo pipa con el trasero embarrado de quien le precede, Fernando disfrutando como un enano cada vez que se le hunde una bota en un charco, Fiorella partiéndose la caja a costa de nuestro aspecto con el pelo pegado al cráneo, y el goretex que de nada sirve contra el agua que cala los bajos del pantalón y se cuela por los tobillos. Por los tobillos aguijoneados por espigas invisibles,

inarrancables, puta acupuntura vegetal.

Pero no, hoy no hay lluvia salvadora ni barro redentor, hoy toca cordero e iglesias románicas, famosas por sus esculturas y grabados eróticos, por si no fuese suficiente con lo de la Nochebuena. Un día de fábula, vamos. A pedir de boca.

Lo que a la ida nos demoró una hora, nos lleva dos a la vuelta. Todo el rato anduvimos detrás de una segadora que ocupaba todo el ancho de la vía. Imposible adelantar, ni espacio donde echarse a un lado, por muy buena fe que le pusiera el conductor. Porque Viqui no andaba con ganas, que, si no, le habría dado tiempo a deletrear los nombres completos de todos los pueblos cuyos carteles íbamos dejando atrás. Poner la radio tampoco se podía. Si no había cobertura para móviles, menos aún alcanzaba la señal de radio. Lo único que se pillaba era la crepitación de la estática, que recordaba a un chistido que manda callar. A callar entonces.

Por el espejo, observaba de vez en cuando a Carmela. Llevaba las gafas de sol puestas y no había forma de saber si miraba el paisaje, si me espiaba también o si dormía. Me escamaba la relación con Viqui, rebuscaba sus rasgos en mi memoria, trataba de adivinar si se conocían de antes, si las había visto juntas alguna vez, no saqué nada en claro. Estuve un buen rato observándola, preguntándome hasta qué punto tenía conocimiento de lo de la Nochebuena. Aunque, para el caso, lo mismo daba, bastaba con que lo conociera por encima, de referencias, para que su presencia me incomodase, me aplastase contra la ventanilla, me encajara en el volante.

En esas estaba cuando llegamos al pueblo.

Al nuestro.

Gracias a Dios, somos seres civilizados y alcanzamos la noche sin que el eje de rotación de la Tierra se alterase. Cenamos algunas cosas que compramos de camino, una hogaza de pan de pueblo, unos embutidos de la comarca, un vino, queso, una ensalada de tomates, algo sencillo. En los postres —sobaos de la tierra— acordamos que mañana nos tomaríamos el día con más calma, saldríamos a visitar unos dólmenes que había cerca y pasaríamos el resto del día leyendo, resolviendo crucigramas, jugando a las cartas, y nos retiramos pronto a dormir. Uf.

En el dormitorio, en lo que Viqui se quitaba los pendientes y los dejaba en la mesita de noche, la abracé por la espalda. Isabela tenía razón, estuvo feo lo de la Nochebuena, Viqui no se lo merecía.

—No ha estado nada mal el día, ¿verdad, cariño? —quise restablecer el orden de la naturaleza.

—¿Qué tal estaba Fernandito? ¿Se lo está pasando bien con los

abuelos? —se interesó Victoria de improviso.

—Eh… Sí, se lo está pasando bomba —balbucí.

—Me alegro —respondió Victoria, al tiempo que abría el bolso, sacaba mi móvil y lo dejaba sobre la cama.

Dudé unos instantes, aflojé el abrazo.

—Cariño, deja que me explique —traté de ganar tiempo.

No me dejó. Se deshizo de mi abrazo de un empujón, se encerró en el baño y no salió hasta pasada una hora.

Como si no bastaran las gramíneas y los perros en celo.

No fue necesario esperar a que dieran las putas tres de la mañana, de las jodidas cuatro mejor ni hablamos: no eran ni las dos y ya estaba en planta, asomado a la ventana. La luna creciente dejaba adivinar la pista de aterrizaje de las palomas, desierta a estas horas. En verdad, se trataba de un círculo perfecto, demasiado perfecto para haber sido ocasionado por fardos de veza. Cada vez estaba más convencido de que la calva era cosa de las palomas. Tan convencido estaba que no identifiqué de primeras el ruido a mi espalda. Nada que ver con los habituales resoplidos de Victoria, tampoco con los muelles de la cama: fue un portazo, un rotundo y expeditivo portazo. Al comprenderlo, me giré de golpe.

—¡Espera, cariño!

No supe bien qué hacer, tenía la cabeza embotada y me costaba ligar las ideas. Dudé entre correr tras Viqui o llamar a Fernandito. Un segundo portazo en la planta baja hizo temblar el suelo como si todos los chinos hubieran saltado a la vez. Trastabillé. Mientras luchaba por conservar el equilibrio, distinguí el sonido de un coche arrancado y, justo después, el aleteo de una desbandada de palomas.

PIEL MUERTA

¿Sabías, amor mío, que el polvo doméstico está formado, en su mayor parte, por piel muerta? Por tu piel muerta. Tu piel muerta que he ido conservando todos estos años, rescatándola de los huecos del sofá, de los desagües, de las esponjas, de la piedra pómez. De mis uñas también.

De mis uñas, ya no tanto.

No ha resultado fácil, no te creas. Tantos años frotando durezas —«deja, yo lo tiro», me ofrecía cuando te exfoliaba los pies, ¿recuerdas?—, tantos años raspando callosidades, limando asperezas, tantos años recogiéndolo todo con esmero, ocultando tus sobras en la mano y guardándolas luego en la maleta sin que lo advirtieras. Lo más fastidioso es eso, reunir la voluntad suficiente para bajar al trastero sin despertarte, sacar la maleta de lo más profundo y guardar dentro tu piel muerta, venciendo al sueño, al relente, a las arañas.

Porque siempre hay que tener una maleta a mano, ¿sabes?, hay que tenerlo todo bien previsto en caso de calamidad, un kit de supervivencia preparado por si hay que salir por patas.

La dificultad radica en disimular tus costras en el hueco de la mano y esconder la maleta a conciencia, y también en no mezclar, en la medida de lo posible, la piel muerta con los ácaros, con el polen, con las migajas. La clave es la constancia: quedarme en el sofá cuando te vas a la cama, esperar un rato: media hora, la noche entera, el tiempo necesario hasta estar seguro de que te has dormido, y remover entonces los cojines de tu lado del sofá con sumo cuidado, barrer la piel muerta de la superficie aplanada por tu cuello, apurar lo caliente del reposabrazos, no perder el tiempo con lo aplastado por tu ropa, repasar la esponja, mis uñas —ya no tanto—, y confiar en que la muestra no se haya contaminado.

¿Sabías, amor mío, que la piel tiene memoria, que, por muy muerta que esté, al entrar en contacto con otro trozo de piel se reconoce, se acopla, recupera su forma original? Como el mercurio. Al principio no te das cuenta, cuando llevas recogido solo unos gramos no reparas en que la piel muerta se agrupa y, cuando lo haces, lo

atribuyes al movimiento de la maleta, a la atracción electrostática, al magnetismo. Se precisan meses, tal vez años, para percatarse de que esa adherencia no es casual, que obedece a una finalidad, a un motivo. Yo necesité tu pie, apenas una porción de tu pie hecho de piel muerta arrumbada en una esquina de la maleta y quererte recobró sentido, tantos años de abnegada arqueología sentimental recompensados. Lo supe de inmediato, sin necesidad de explicaciones: te estabas rearmando. En lo oscuro del trastero, tu piel muerta reconstruía tu cuerpo, tu cuerpo al margen de ti, sobreviviéndote. Salvándome.

Tu piel muerta tan como el mercurio, amor mío, tu piel muerta tan igual a ti pero sin ti dentro, tan perfecta.

TE Q

No tiene sentido dejar de quererse. Es un disparate dejar de quererse, una aberración. Que hayas querido tanto y ya no. Que te hayan querido tanto y ya no. Que te baste con algo de dinero y las llaves para salir de casa. Que seamos capaces de captar el eco del *Big Bang* y que yo no pueda volver a escuchar tu risa en la cocina. Huellas del *Big Bang*, joder, que ocurrió hace 14 000 millones de años, y que de las rojeces de tus arañazos no quede ni rastro. Me dices «te quiero», y el eco de tu declaración permanece una, dos, tres, ocho primaveras, y enseguida se transforma en óxido, en bruma, en nada.

Algo de dinero y las llaves. No es lógico.

Arena en los ojos, ceniza en los bolsillos. Es de locos dejar de quererse.

Y sin embargo.

Sin embargo me llamas, con una voz que no acaba de ser la tuya me llamas para comunicarme lo del banco. Lo del banco. Es demencial. Que para el banco siga existiendo tu risa en la cocina y yo tenga que conformarme con este aullido distorsionado. Que haya sobrevivido todo este destierro sin ti con un puñado de monedas y unas llaves en los bolsillos. No tiene sentido.

Lo del banco entonces.

Lo del banco son dos besos en la mejilla —¡en la mejilla, joder!—, un comprobar que hemos traído los papeles, que no hemos perdido los papeles, lo del banco es asegurarse de firmar bien cada hoja, conservar una copia para cada uno, contener la risa, la lluvia, el llanto. Lo del banco no tiene ni pies ni cabeza.

Y tu olor mientras tanto, tu olor en la silla contigua, al otro extremo del universo.

Y tus palabras de hielo derritiéndose en tus ojos.

Y que no haya llaves ni monedas para eso.

Dos besos en la mejilla, joder, y ser incapaz de recordar cuándo nos besamos por última vez en los labios. Que podamos predecir la trayectoria de un cometa, el punto exacto del cosmos que ocupará dentro de ocho siglos, y que yo no haya sido capaz de anticipar el

último beso, que por imprevisión o por incapacidad o por lo que sea no haya tenido la ocasión de poner todo el empeño en el último beso. Porque hubo un último beso, tuvo que haberlo, una última ocasión para despedirnos con un beso de veras, y no con este rozarse las mejillas que es sinónimo de qué, sinónimo de araña, sinónimo de mierda. Nos lo debíamos, al menos eso nos debíamos.

Y sin embargo.

Y sin embargo nos quisimos tanto. La cocina era un helipuerto y nosotros queriéndonos tanto. O no un helipuerto, un huracán tal vez. Las hortalizas por los aires y nosotros queriéndonos tanto. Los pucheros anegados y nosotros queriéndonos tanto. Despensas anémicas. Sartenes desolladas. La lista de la compra en números rojos. Y nosotros queriéndonos tanto. Moríamos de amor y nuestra carne estallaba de felicidad, nuestra carne hecha trizas disparada en todas direcciones, metralla de nuestro amor incrustándose en la nevera, en los azulejos, en los párpados. Y lo de menos es quién dejó de querer a quién, si fui yo el primero en bajar los brazos o fuiste tú, lo de menos es esta malla de reproches y culpabilidad, esta resaca de antemano.

Que hayas querido tanto y ya no.

Que te hayan querido tanto y ya no.

Arena en los ojos.

Hielo en las palabras.

Y regresar a esta casa afónica y viuda, dejar las llaves en el recibidor, vaciarme los bolsillos y comprobar que en ellos cabe toda la ceniza de la creación, la casa nevada de ceniza, los papeles del banco ateridos de frío y tu risa inaudible en la cocina, tu risa sin poder abrirse paso entre la bruma y el óxido, silenciada por el estruendo del *Big Bang*.

Rojeces en la piel. Dobleces en la memoria.

Es de locos dejar de quererse.

TRANSPARENTE Y NO

Los cojones por su propio peso. Que no me acerque al cenicero, me dice. Que no avise a nadie. Que si no cae, ya caerá. Que haga la vista gorda. Lo que ella llama hacer la vista gorda, yo lo llamo «vamos, no me jodas». O sea, que ha abierto la puerta de un empujón, ha entrado con la cabeza vuelta hacia mí como para comprobar algo y, con la caraja, le ha dado un golpe al cenicero. Sin querer, no digo que no, pero el porrazo no hay quien se lo quite. Un cenicero de vidrio esmerilado, poliédrico, de los que pesan un quintal. Y el cenicero se ha quedado suspendido en el aire. Inmóvil.

Tiene guasa: un cenicero de buena familia, transparente y no, con sus aristas refractarias y del tamaño de un guantazo, flotando a escasos centímetros del mueble de la entrada, el lugar que ocupaba hasta que Isabel le dio el codazo —porque el golpe fue con el codo, yo diría—, y a algo así como metro y medio del suelo.

He reaccionado como por instinto. Sin pensarlo dos veces, me he lanzado a recogerlo, he soltado las bolsas de la compra, he hincado las rodillas en el piso y he estirado los brazos para nada. Porque el cenicero no ha caído. Se ha desplazado unos centímetros, pocos, los justos para escapar de la vertical del mueble de la entrada, y ahí se ha quedado. Quieto. Ni para arriba ni para abajo. Donde mismo.

El cenicero y yo.

No sé cuánto tiempo permanezco de esa guisa, una rodilla en el suelo y los brazos estirados, no sé cuánto tardo en abandonar ese estado de inmovilidad y deshacer la pausa que alguien parece haber pulsado. Demasiado, supongo. Carraspeo. Carraspeo. Carraspeo. No me giro hacia Isabel pero la presiento apremiándome con la mirada. Un sexto sentido. Una intuición. Los muchos años de convivencia. Lo que sea. Por salir del atolladero cuanto antes, decido recoger el cenicero a la de ya, pero Isabel se adelanta por los pelos y me dice que no, que lo deje como está, que las cosas caen por su propio peso, que mejor hacer la vista gorda.

Los cojones por su propio peso para mis adentros.

Obedezco sin rechistar.

Aún de rodillas, me vuelvo y la abrazo por donde cae. Mi cabeza se queda encajada entre su vientre y su pecho, mis brazos le oprimen las nalgas y me da tiempo a pensar en una abuela espachurrándole los mofletes a su nieto. Isabel me revuelve el pelo sin decir ni mu. Su mano repite círculos en mi cabeza en el mismo sentido, no me queda claro si para donde se enrosca o para donde se desenrosca. Entretanto, las latas de atún, los pimientos, las berenjenas y los bastoncillos para los oídos ruedan por el suelo como una desbandada de bichos de mierda. Y, en el rabillo del ojo, el cenicero.

A lo tonto, amaneció jueves y seguimos sin saber a qué atenernos. Desde que el cenicero no cayó el martes pasado, se ha adueñado de la casa un silencio espeso, amenazador. Estamos sobrepasados. No entendemos nada. Es como si de pronto temiésemos despertar a la fiera —¿a qué fiera, madre mía?—, espabilarla, como si un peligro latente pudiera detonar y hacer saltar todo por los aires. Sin saber muy bien por qué, sin haberlo acordado, todo lo hacemos a cámara lenta y con el cuerpo contraído, es ridículo: tardamos tanto en cepillarnos los dientes que no queda claro si lo hacemos después del almuerzo o antes de cenar, improvisamos un chirimiri desganado con la regadera para dilatar al máximo el riego de las macetas, recogemos los pimientos y las berenjenas como astronautas en una falsa luna; cualquier actividad parece ocurrir bajo el agua y rodeados de tiburones.

Los pimientos y las berenjenas los tuvimos que recoger pronto para que no se echasen a perder, pero con las latas de atún y los bastoncillos para los oídos no nos atrevimos. Por su forma, por su diseño ergonómico, por su mala leche, por una inclinación imperceptible del suelo, rodaron más lejos que los pimientos y que las berenjenas y ahí siguen, a la sombra del cenicero que no cae.

—La entrada es cosa tuya —me dice Isabel a media voz.

Y es verdad, en el reparto de tareas domésticas, la limpieza de la entrada me corresponde. Isabel se encarga de la plancha y yo recojo los tubos pelados de papel higiénico y la entrada. Claro que, cuando lo acordamos, nadie me dijo que un día —sin querer, no digo que no— Isabel le iba a dar un codazo al cenicero —un cenicero de buena familia, de vidrio esmerilado, de los que pesan un quintal— y se iba a quedar suspendido en el aire, a escasos centímetros del mueble de la entrada y a metro y medio del suelo, yo calculo.

Con las latas de atún resulta más sencillo: puedo alcanzarlas con la escoba sin necesidad de acercarme demasiado al cenicero y sin temor

a rebozarlas en mugre. A las malas, bastaría con sacudirlas un poco antes de guardarlas en su sitio, bastaría con pasarles una bayeta o el plumero y punto pelota. Con los bastoncillos es otro cantar. Usar la escoba supondría correr un riesgo innecesario. Podrían llenarse de pelusas, de polvo, de células muertas, y quedar inservibles —porque la cajita se abrió y los bastoncillos se dispersaron como una desbandada de bichos de mierda—, más parecerían la recogida de muestras en el lugar del crimen que eso, que bastoncillos para los oídos.

Darlos por perdidos ni se me pasa por la cabeza. Aunque estén tirados de precio. Tres por dos. Cincuenta por ciento en la segunda unidad. Cartelito con letras coloradas y bien gordas. Ni mijita. Eso sería rendirme, admitir que el cenicero ha podido con nosotros, que nos ha derrotado. Un cenicero asqueroso. De ahí que trague saliva —glup, glup, requeteglup—, me agache con cuidado y los recoja uno a uno, despacito, sin hacer ruido, el brazo estirado todo lo que da de sí para mantenerme a una distancia prudencial. A una distancia de seguridad.

Porque uno nunca sabe cómo va a comportarse un cenicero que no cae, si va a permanecer tal que así o si de pronto va a recordar lo de la ley de la gravedad y entonces sí por su propio peso, o si va a remontar el vuelo y emigrar a climas más cálidos. Cualquier cosa puede esperarse de un cenicero que no cae. Cualquiera. Por eso lo más sensato es hacer lo que estoy haciendo, agacharme y recuperar los bastoncillos con los brazos estirados, un temblor tontorrón en la mejilla y el rabillo del ojo sin perder detalle.

Y también está la sombra del cenicero —un cenicero de buena familia, no está de más recordarlo, un cenicero de vidrio esmerilado, transparente y no—, una sombra que en verdad es un disparate, un caleidoscopio de tonos tirando a acuosos —consecuencia de la refracción de la luz en las aristas del cenicero—, con más consistencia de charco que de sombra, a ver quién tiene lo que hay que tener para ponerse debajo.

La idea fue de Isabel, suya fue la iniciativa. Cuatro días al ralentí y sin abrir la boca eran mucha tela, no podíamos más. Teníamos que madrugar lo que no estaba escrito para llegar a tiempo al trabajo, cocinar nos llevaba tantísimo que de milagro no caducaban los productos en el entretanto, un despropósito todo. Agradecí la resolución de Isabel, en mi fuero interno celebré su propuesta aunque no pudiera evitar una punzada en el pecho y un escalofrío de aúpa a la altura de los riñones.

Que no podemos permitir que el silencio se adueñe de la casa, me dijo Isabel, en sus ojos un agüilla similar a la que exudan los calabacines conservados demasiado tiempo en la nevera. Que a ver qué se ha creído. Qué va a saber el cenicero quién soy yo, que ese no me conoce. Aún.

Total, que en casa ya no reina el silencio: siempre hay una tele centelleando chorradas, un huevo chisporroteando en la sartén, las yemas de los dedos como pasas de tan larguísimas duchas. Romper el silencio así era corromper el silencio, eso lo supe de inmediato. No formulado de ese modo, no en esos términos —nunca he sido tan perspicaz ni tan rápido ni tan agudo—, pero sí sentí que había algo impostado en aquella estrategia, algo obsceno e hipócrita, no sé.

A falta de alternativa, le seguí la corriente.

Al cenicero lo evitamos en lo posible. Ya no dejamos las llaves en el mueble de la entrada, no colgamos los abrigos en la percha de al lado ni nos despedimos de nuestros reflejos en el espejito sueco. Pasamos de largo dándole la espalda, hacemos como que no está. La famosa vista gorda. Aunque una miradita se le escapa a cualquiera.

No es tan así, tan quieto no está. Ayer me pareció advertir que se había desplazado, que había caído un poco, aunque no podría asegurarlo categóricamente, toda la verdad y nada más que la verdad sobre una biblia. Es difícil saber cuánto hay de cierto, cuánto de deseo, cuando se tiene el corazón tiritando y las agallas por los suelos. Por eso hice la marca. Encendí la luz de la entrada y, haciendo de tripas corazón, tracé una raya con una tiza en el lugar en el que incidía la sombra —ese disparate de sombra consecuencia de la refracción de la luz en las aristas del cenicero—: aquí, aquí y aquí. Tres marcas en verdad, por si las moscas. Y porque no las tenías todas con conmigo con la primera, que puse a toda prisa porque cualquier cosa podría esperarse de un cenicero que no cae.

Y resulta que no es tan así, que tan quieto no está. Lo acabo de comprobar y no hay duda: el cenicero sí cae. Solo que, según se ve, su ritmo es otro, parece ser que su noción de caída difiere un tanto de la comúnmente aceptada. Tampoco es que caiga mucho. Es más bien pánfilo, visto lo visto. Se los pisa, nuestro cenicero. Las marcas indican que el charco de sombra se ha desplazado, no sé, un centímetro o así. Recordar lo de los catetos y la hipotenusa me hubiese venido de miedo para determinar cuánto había caído exactamente, pero de que se ha desplazado, se ha desplazado. A menos que lo que se haya movido haya sido la bombilla, hipótesis que descarto de plano.

Retrocedo unos pasos tras el hallazgo y pego la espalda contra la pared, el pie derecho zapatea zapatea zapatea para espantar el silencio.

Nos hemos acostumbrado a dormir con la radio puesta, y digo «dormir» por mediollenar la botella. El dormitorio queda cerca de la entrada, apenas un pasillo y dos puertas los separan y, aunque no escucharlo —porque ruido no hace—, desde aquí puedo —¿podemos?— «sentir» el cenicero. No sabría explicarlo pero «algo» denota su presencia y me impide pegar ojo. «Algo» invisible pero que llena un espacio, «algo» incorpóreo pero con peso. Las voces de la radio, pues, acompañan cada vuelta que doy en la cama, son su banda sonora. Voces indistinguibles, cavernosas, voces que, ya pueden proceder de una cantante, de un locutor deportivo o de un insomne con ganas de compartir sus desvelos, yo fundo en una sola voz sin idioma ni humanidad.

A mi lado Isabel parece dormir. Desde el incidente del cenicero, me da la espalda no bien se mete en la cama y de ahí no la mueve ni Dios, así que he de guiarme por las reacciones de su cuerpo para interpretar si duerme. Su respiración es acompasada, proletaria, lo cual puede ser síntoma de que, en efecto, duerme, aunque tampoco descarta que pueda estar fingiendo. A veces sacude un poco la cabeza, o estira y encoge una pierna como a cuento de un espasmo, o saca un brazo de debajo del cuerpo y lo acomoda en la mejilla, de ahí no pasa, movimientos que tampoco descartan ni confirman nada, por muy sospechoso que me resulte que nunca se gire hacia mí. En su respiración, eso sí, hay algo que me hace pensar que aquí hay gato encerrado. Es acompasada, sí, cada inhalación y exhalación tienen ciclos idénticos, chispa más o menos, pero las bocanadas son mucho más profundas que antes del incidente del cenicero, más intensas, más escandalosas. ¿Será que tampoco duerme y esa es su forma de combatir el silencio? ¿Será una reacción inconsciente, su cerebro dormido pero alerta aportando su granito de arena al acuerdo? ¿Serán ganas de tocarme los mismísimos y tenerme en vilo toda la santísima noche? ¿Será que la caraja no solo propina codazos involuntarios o no a los ceniceros?

En cualquier caso, no resulta tranquilizador, nada tranquilizador.

De día tampoco es que la cosa mejore. Sigue bastante empantanada la cosa de día, a decir verdad. Nuestra cruzada particular contra el

silencio no decae: cada dos por tres la alarma de un reloj avisando de algo, la cisterna del váter evacuando qué, el ronroneo de mi Braun en permanente competencia con la Epilady de Isabel, aunque pronto descubrimos que con eso no basta. Es curioso, cuando uno se acostumbra al ruido, cuando permanentemente hay un rumor de fondo al que no se le presta atención, de alguna forma el sonido deja de existir y adquiere la consistencia del silencio, su misma textura y corpulencia, da el pego. Si los primeros días los nervios estaban a flor de piel con tanto ruido y teníamos que controlarnos para no saltar a la mínima, al cabo de un tiempo el ruido de fondo como que perdía intensidad, se vaciaba, se desinflaba por así decirlo, como que se hacía más pequeño y, aunque en realidad no disminuía, se volvía imperceptible, un ruido sordo o mudo o qué sé yo. El cenicero volvió a cobrar consistencia, renació de las cenizas que no tenía y otra vez Isabel y yo a cámara lenta, moviéndonos por la casa como fantasmas temerosos de ser descubiertos por los inquilinos, tiene guasa.

—¡Ven, cariño! —me llama Isabel no bien llego a casa. Su voz sobresale del ruido sordo o mudo o qué sé yo que se ha adueñado de nuestras vidas.

La encuentro en el salón. Al verme aparecer, agita un cubilete con todas o casi todas sus fuerzas. En el vientre del cubilete, un dado hiperactivo provocando una estampida de caballos. Isabel está sentada en el suelo. Delante tiene el tablero del Trivial. La mesa comedor y todas sus sillas están apoyadas contra la pared. Hay un hueco en el salón, un vacío que lo deslegitima, en mitad del cual: Isabel agitando la coctelera; digo: el cubilete.

—Ven —insiste antes de soltar una carcajada robótica, perturbadora, demasiado perfecta para dar risa; una carcajada proveniente de un rostro sin expresión.

A falta de otra idea, tomo asiento y cruzo las piernas, adopto la postura de la flor de loto. Isabel lanza el dado con violencia, como si le diese asco o rabia o miedo o todo. El dado es un saltimbanqui histérico, clic clac cloc ni se sabe cuántas veces antes de quedarse quieto. Desde aquí ni se ve. Está a tomar por saco.

—¡Cuatro! —Isabel tras levantarse como un felino, qué susto carajo. Regresa a su sitio de inmediato, toma su ficha y la hace avanzar por el tablero, un porrazo tremendo en cada casilla que hace saltar cuatro veces mi ficha, cuatro veces el dado, cuatro veces a puntito mis nervios.

—¡Geografía! —casilla azul y nueva ración de risas enlatadas.

Del mismo pasmo, no acierto a sacar la tarjeta a la primera.

Algunas noches me levanto. En plena madrugada, cuando si doy una vuelta más en la cama me vuelvo croqueta o peonza o majareta del todo y las señales me indican que Isabel está dormida, me levanto y me dirijo hacia la entrada. De puntillas, en equilibrio por las junturas de la solería. Una vez en la entrada, me mantengo alejado del cenicero por lo que pueda pasar. Tan alejado como me es posible. Me siento en el suelo, recojo las rodillas y hago respaldo de la pared más apartada. El frío me insensibiliza el culo en nada y menos; no así los pies ni los riñones, por donde asciende una brisa glacial que llega hasta el mismísimo tuétano.

Pronto las pupilas se dilatan lo suficiente y empiezan a emerger formas de la oscuridad. Formas difusas, deformes, indefinidas, —si de algo puede presumir la oscuridad es de sobreabundancia de efes—. De entre todas las efes, digo, las formas, solo me interesa la que resulta del cenicero, y del cenicero resulta una medusa con los tentáculos plegados, tal como lo cuento, una medusa buceando en esta poza en la que se ha convertido nuestras vidas —madre mía, la noche.

Visto así, en penumbras y tan medusa, el cenicero no resulta tan amenazador. Tal vez sea por la ausencia de aristas. La poca luz modela el contorno del cenicero, lo suaviza, lo vuelve como de juguete. Tal vez tenga algo que ver el charco de sombra —ese disparate—: no hay. Sea como fuere, casi me olvido de que tenemos un cenicero volante en la entrada de casa, que algunos días permanece quieto y otros se desplaza un poco, apenas nada —remontar no remonta; o se queda donde mismo o desciende una mijilla, esto eso todo—. Tanto es así que hasta me atrevo a tumbarme debajo del cenicero, la cabeza en su misma vertical. No se me escapa: si ahora le diese por caer por su propio peso, si de pronto recuperase su condición de cenicero, su esencia, un chichón no me lo quitaba nadie, cuando no una brecha; hasta podría quedarme en el sitio, si me diese en el punto puñetero y mortal de necesidad que solo conocen quien mejor y quien peor te quiere.

Desde este contrapicado y con estas condiciones de visibilidad —formas fabulosas, atrofiadas, fantasmagóricas, «fantasmagónicas»—, más que suspendido, pareciera que el cenicero flotase. Para nada hace pensar en algo estático y rotundo que contradice la ley de la gravedad. Muy al contrario, la apariencia es de algo volátil, delicado, casi etéreo. Pienso que algo así es lo que deben contemplar los submarinistas cuando bucean bajo un banco de medusas y levantan la vista —si se

saben lo suficientemente alejados de los tentáculos porculeros—. Pienso también que, si gritase ahora, no se oiría nada. El sonido se atenúa bajo el agua, se ahoga en el agua —*madredelamorhermoso*, la noche—. Estoy convencido de que, si soltase un grito ahora mismo, si diese un alarido bajo este banco de medusas, Isabel no se coscaría de nada. Lástima haber agotado ya mi reserva de coraje por esta noche.

—¡Ven, cariño! —me llama Isabel no bien llego a casa. Su voz sobresale del ruido sordo o mudo o qué sé yo que se ha adueñado de nuestras vidas.

La encuentro en el salón. Al verme aparecer por la puerta, un Scalextric llena el hueco, pervierte el hueco. Isabel sostiene un mando y me ofrece el otro mientras imita regulín regulán los acelerones de un coche. Yo lo tomo sin encogimiento de hombros ni aspavientos varios. Ni la corbata me quito. Total, ¿para qué? Su risa enlatada me impide pensar, me coarta, me paraliza. La tarde transcurre entre frenazos, salidas de pista, tres, dos, uno, ¡ya!, y un público —nosotros— que jalea a su favorito y descarga una lluvia de insultos sobre el rival con un entusiasmo de cartón piedra.

¿Qué es lo que hace que el cenicero resulte tan amenazador? Vale que su comportamiento inspire desconfianza, vale que un cenicero que no cae ponga en guardia a cualquiera, pero no es menos cierto que, guardando una distancia de seguridad, el peligro es más bien poca cosa, relativo, latente todo lo más.

Aun así.

Sin embargo.

Pero.

—¡Las cosas caen por su propio peso! —me grita Isabel, una anaconda por yugular.

—¡Los cojones por su propio peso! —le chillo de vuelta.

Además de los juegos, hemos incorporado lo de hablarnos a gritos. No discutir, sino mantener conversaciones a gritos.

—Entonces, ¿tu madre viene este sábado, cariño? —berrea junto a mi oído.

—¡Como todos los primeros sábados de cada mes, amor mío!

—¡Como todos los primeros sábados de cada mes no, corazón, como todos los primeros sábados de cada mes no!

En realidad, los dos estamos en lo cierto. Mamá viene a comer a casa el primer sábado de cada mes, pero este no es, ni de lejos, como

todos los primeros sábados de cada mes. Imposible serlo con un cenicero al que le da por quedarse quieto, primero, y por caer a su bola, después. Un cenicero que se comporta de ese modo descarta cualquier posibilidad de rutina, dinamita la costumbre, la calma y hasta la compostura, si uno se descuida. Es un generador de preguntas un cenicero así, un sembrador de dudas, un cabronazo con todas las letras.

¿Qué será del cenicero? ¿Llegará hasta el suelo? ¿Se detendrá en algún momento o le ocurrirá como a la flecha filosófica, que, a pesar de estar siempre moviéndose hacia el objetivo, nunca alcanza el blanco? Y si llega el suelo, ¿se posará con suavidad, como las naves extraterrestres? ¿O se hará añicos y saldrá disparado en todas direcciones, como le correspondería por la altura desde la que inició la caída? Y sobre todo, ¿se trata de una anomalía o de una avanzadilla?

—¡Los cojones por su propio peso!

—Pero entonces viene tu madre, ¿no?

—¡Ven, cariño! —me llama Isabel no bien llego a casa. Su voz sobresale del ruido sordo o mudo o qué sé yo que se ha adueñado de nuestras vidas.

La encuentro en el salón. Al verme aparecer por la puerta, se inclina sobre el sofá y hace el gesto de pulsar una tecla. No el gesto: la pulsa. Clic. Tap. Por ahí van los tiros. A la tecla le sucede sin solución de continuidad —esto es, sin solución a secas— el ritmillo pegadizo de una archiconocida canción de cuando críos. Los pies se van solos, la boca sola. Sin darme tiempo a hacerme una composición de lugar, Isabel empieza a dar vueltas alrededor de la silla, su risa enlatada —o enlutada, vaya uno a saber— haciéndole los coros al ritmillo pegadizo, ya canción a estas alturas, y helándome la sangre.

—¡Ven! —me anima de nuevo. —Me he bajado un programilla para que la música se pare al tuntún— me explica sin dejar de dar vueltas.

Me incorporo a la rueda con una naturalidad pasmosa y comienzo a trotar alrededor de la silla, no tengo muy claro quién persigue a quién. Me siento descontextualizado, como víctima de una broma que ya dura más de la cuenta. Menos mal que la cancioncilla se detiene bruscamente y un silencio que no es tal nos envuelve de pronto —siempre hay un dominó de portazos, una aspiradora acaparando todas las aspiraciones, un arrastrar de babuchas, ruidos de fondo, rutinarios, que para nosotros habían adquirido la naturaleza del silencio—. Isabel es la primera en reaccionar: se sienta en la silla de un brinco casi

gracioso y lanza un ¡ja! en señal de victoria, por lanzar algo.

Me pide que le pida revancha. Balbuceo un vale.

Confesaré algo: llevo semanas tirando ceniceros al suelo. Lo vengo haciendo desde el día en que el cenicero no cayó del todo y se quedó suspendido en el aire.

—Enseguida vuelvo —le dije a Isabel en medio de la indecisión de las latas de atún, los pimientos, las berenjenas y los bastoncillos.

—¿Adónde vas? —me preguntó replegada sobre sí misma.

—Solo serán cinco minutos.

—No me dejes sola. Por favor.

Tirar ceniceros se ha convertido en una obsesión, en una necesidad.

Hola, me llamo como sea y tiro ceniceros.

¡Te queremos, como sea!

Salgo de casa más temprano de lo necesario o me entretengo más de la cuenta a la hora de volver y recorro bares, tiendas de decoración, terminales de aeropuertos. El caso es tirar ceniceros. Los empujo como por accidente, a la virulé. Paso junto a ellos y simulo un codazo negligente —aún no me resultan tan creíbles como a Isabel—, finjo una caraja congénita y observo sus trayectorias. Simulo también cierta sorpresa, ni excesiva ni rayana en lo pasota. Lo que viene siendo una sorpresa de alfombra roja, las yemas de los dedos en la boca y poco más, los ojos grandotes si acaso. Tampoco hay que pasarse, es solo un cenicero. Contengo la respiración, la expectativa me atora la garganta y qué gazpacho de envidia y alivio cuando el cenicero se hace trizas contra el suelo, los cachitos mordisqueando los tobillos más cercanos.

En mi periplo chiflado, aún no he encontrado ningún cenicero como el nuestro, un cenicero facetado, con sus aristas refractarias y su buen quintal de peso. Hubo un tiempo en que en cada casa del país había al menos uno de estos ceniceros, como también hubo un cuadro de un ciervo atacado por una jauría de perros presidiendo los salones de nuestras abuelas o una mesa camilla con un tapete de ganchillo en cada sala de estar. Un tiempo pelín hortera, acogedor, previsible, nada huraño. Un tiempo sin matices y con ceniceros a mano para empujarlos a capricho si nos daba la ventolera. Ea ea ea ea ya pasó.

No voy a negarlo: tras regresar de tirar mi primer cenicero y ver cómo se hizo trizas educadamente, sin exhibicionismos ni florituras, albergaba la esperanza de que el nuestro hubiese seguido el mismo ejemplo. Un mojón muy grande para mí. Al abrir la puerta de casa, me

encontré a Isabel donde la había dejado cinco o cincuenta y ocho minutos antes, encajada en un rincón de la entrada, temblando, la vista clavada en el cenicero que no cae.

—¡No vuelvas a hacerlo! —me dijo mientras me apretujaba entres sus brazos.

Le mentí que no.

Creo que le he pillado el truco.

—¡Ven, cariño! —llamo a Isabel no bien llega a casa. He salido antes del trabajo y me he adelantado adrede. Mi voz sobresale del ruido sordo o mudo o qué sé yo que se ha adueñado de nuestras vidas.

Me encuentra en el salón. Al verla aparecer por la puerta, hago girar el bombo del bingo con tantísimo ímpetu que, de ser la manivela apropiada, arrancaría un Peugeot de 1930 a la primera. El ajetreo de las bolas se impone a las demás variantes del silencio, las apabulla. Isabel no se mueve de la puerta. Sin detener el bombo, le ofrezco un cartón y un boli con la otra mano.

—¡Vamos, cariño! —trato de imitar su risa pero me sale algo como un gruñido, o un acceso de tos, o la regurgitación de un rumiante.

Siete segundos después de que Isabel desaparezca por donde había venido, aún le sigo dando vueltas al bombo.

Isabel no está. No tiene un sueño tan profundo como creía. Lo menos son las tres de la mañana y en su lado de la cama no hay nadie. Ya la daba por dormida cuando al fin me pudo el sueño. Las señales eran claras: respiración pautada de ciclos casi idénticos y cuerpo relajado, apenas un par de sacudidas del pie —lo hace siempre antes de dormirse—. Pero por lo visto no estaba *tan* dormida, o debió de despertarse en algún momento sin que me diese cuenta.

Con un 118% de cansancio a cuestas y un pelín escamado, me asomo al hueco de la puerta y espío el pasillo. Algo se distingue al fondo. Espero, dejo que mis ojos se habitúen, madre mía qué sueño. La radio anuncia temporal en todo el país, menuda novedad. A reglón seguido, el presentador advierte de la necesidad de que haya estabilidad para mantener la confianza de los ceniceros, digo, de los mercados, y refiere varios índices bursátiles con voz de sálvese quien pueda. Lo siguiente que oigo es la silueta de Isabel.

Está en la entrada.

A pesar de la escasa luz y de lo confuso de la imagen, esto es innegable: Isabel intenta empujar el cenicero hacia abajo con ambas

manos. El esbozo de Isabel se recorta contra la escasa claridad que mis pupilas han podido extraer, la tensión de sus brazos es evidente. Incluso diría que le tiemblan, aunque esto es ya una interpretación de mi cosecha. Insiste durante varios minutos, se esfuerza. Fracasa estrepitosamente.

Ahora parece dudar un instante. Tiene los hombros caídos, lo mismo la cabeza, la espalda encorvada. Cuando parece que va a darse por vencida, se encarama al cenicero de un saltito y apoya el vientre. Medio cuerpo le sobresale por un lado, las piernas le cuelgan del otro. Permanece así unos segundos, en equilibrio, hasta que de pronto su cuerpo empieza a convulsionarse. Desde esta distancia y con esta luz, no queda claro si fruto del esfuerzo o debido al llanto.

En la radio, el locutor da paso a una llamada.

La casa ha perdido armonía. Con armonía quiero decir lógica, coherencia, sentido común, no sé si me explico. Se ha vuelto tarumba la casa, por así decirlo. Hay ruidos desubicados, no pertenecientes a lo que se espera de un hogar de clase media, ruidos que no casan ni a tiros, contestatarios, respondones más bien. Hay bingos, Scalextrics y una sola silla donde debiera estar la mesa del comedor con sus sillas todas, la cuarta temporada de la serie del momento y los lunes y los martes y hasta los domingos si me apuras. Si me pusiese tiquismiquis, que es lo mismo que tocapelotas pero con i, podría armarle un pollo de tres pares de narices a Isabel, decirle que el cenicero es cosa suya, que fue ella quien le dio el codazo —estoy casi seguro de que fue con el codo— y que se las avíe, que yo bastante tengo con lo que tengo. La caraja la exime de culpa, no digo que no, pero eso no quita que fuese ella. La caraja, además, no descarta que abrigase la intención de tirar el cenicero. Inconscientemente, si se quiere. Sepultada tras varias capas de mugre, pensamientos y memoria, vale. Pero ahí estaba, hostia.

En cualquier caso, de nada sirve hacer conjeturas. Ninguna conjetura va a explicar el cenicero. Ni, mucho menos, resolverlo. Eso es de cajón.

—¡Ven, cariño! —me llama Isabel no bien llego a casa. Su voz sobresale del ruido sordo o mudo o qué sé yo que se ha adueñado de nuestras vidas.

La encuentro en el salón. Al verme aparecer por… No, espera, en el salón no: la encuentro en el dormitorio. Al verme aparecer por la

puerta, le da un empujoncito al móvil musical. Tres ositos en pijama y con alas de mariposa empiezan a dar vueltas sobre una cuna al compás de una musiquita ñoña.

—Apaga la luz —me dice.

Estiro el brazo para apagarla, no llego a traspasar la puerta. ¿Acaso tengo otra opción? En un pedazo del techo, se proyecta un cielo cuajado de estrellas. Estrellas de cinco puntas, idílicas, perfectas, no como las de verdad. También giran al compás de la musiquita, lo mismito que los osos, solo que ellas no necesitan alas de mariposa para hacerlo. Permanezco del otro lado de la puerta, no me atrevo a dar un paso adelante, como si estuviese ante un arco de seguridad al que temiese hacerle saltar las alarmas. Mi mano continúa sobre el interruptor, el brazo aún estirado y una bandera tricolor en cada uña por tanta presión —una franja casi blanca, otra colorada y la última, color uña—. No conozco este juego pero siento que es mi turno, que me toca mover ficha o lo que sea. Isabel se inclina sobre la cuna, se asoma a su vientre vacío e intercepta algunas estrellas con la cara, que se deforman al surcar fugazmente sus facciones y le confieren a sus ojos un brillo inquietante. La musiquita se va haciendo cada vez más abrumadora, va conquistando la habitación. Empiezo a entonar por lo bajini, trato de acompasar mi tarareo con la melodía.

—Hola, mamá.

—Hola —muac—, hijo —muac y cuelga su abrigo.

El perchero no lo quitamos, desatornillarlo de la pared y tapar los huecos con masilla nos pareció excesivo. El mueble de la entrada sí, lo retiramos y lo guardamos en el trastero junto al Scalextric, el bingo y el Trivial. Antes, compramos un poto y una alocasia. Hay que dejar que la tierra del poto se seque entre riegos, la alocasia en cambio requiere que la tierra esté siempre húmeda. Ninguno soporta la luz directa del sol y la temperatura idónea es entre quince y veinte grados. Tanto el poto como la alocasia son de hoja perenne, nos ha explicado la chica del vivero con mucha amabilidad. Hojas perennes y grandotas, ni pintadas para ocultar el cenicero.

—Anda, habéis cambiado la entrada —tomo a mamá del brazo sin darle ocasión a que se fije demasiado y me la llevo al salón. La mesa le espera puesta e Isabel le encasqueta dos besos pelín exagerados, requetemuac y recontramuac.

—¿Puedes bajar un poco el volumen del televisor, hijo? —me dice mamá mientras le sirvo la ensalada.

—Se ha estropeado, mamá. Tenemos que llamar al técnico.

Mamá nos confunde con un partido de tenis, mirada va, mirada viene. Rápidamente le hacemos ver lo delgada que está y el buen color que luce. A Juan hace tiempo que no lo veo, mamá. Ya sabes cómo es. ¿Has pensado qué vas a querer por tu cumpleaños?

No dejamos que la conversación decaiga. Nos hemos preparado a conciencia, tenemos un plan. Isabel y yo hemos elaborado una lista de preguntas, ella se ha memorizado una mitad, yo la otra, nos hemos examinado en voz alta y ahora, cada vez que mamá no tiene nada que decir, le lanzamos una.

¿Cómo van las clases de yoga? ¿Qué tal la nueva cafetera? ¿Saben igual las cápsulas que el café de toda la vida? ¿No has pensado en comprarte una *tablet*? ¿Has visto la última película de Meryl Streep? ¿Mi pelo? ¿Qué le pasa a mi pelo? —mamá mete baza, me despista—. Que sí, que esta semana voy a la peluquería, mamá —nada, que le ha dado por mi pelo—. ¿Que estoy hecho un mamarracho? Tampoco es para tanto, mamá. Hablando de pelos —trato de enlazar, improviso—, ¿sabías que un adulto pierde del orden de cien pelos al día? Lo leí hace poco. Un adulto sin problemas de alopecia, claro —he perdido el hilo, lo sé; no puedo detenerme, teníamos un plan—. Considerando que en la Tierra hay más de 7 000 millones de habitantes y restando los bebés y los calvos, al día se pierden unos 500 000 millones de pelos, ¿no es la leche, mamá? —mamá e Isabel boquiabiertas y ojipláticas, no es para menos—. Si además tenemos en cuenta que un pelo tarda años en degradarse —esto también lo leí—, no entiendo cómo es que la corteza de la Tierra no está envuelta en un manto de pelo, mamá —razono sobre la marcha—, cómo es que no presenta, vista desde el espacio, el aspecto de un cojón ligeramente achatado por los polos y por los pelos —me quedo sin aire, los cojones por su propio peso.

—Voy un momento al baño —mamá al loro en lo que tardo en tragar saliva, glup lo menos tres veces.

Antes de marcharse, interroga a Isabel con la mirada e Isabel le responde que ni puta idea con el labio inferior, con las cejas y hasta con las orejas.

Cuando abandona el salón, Isabel me indica con la cabeza que la siga. O así prefiero interpretar su gesto. No conviene dejarla sola, asiento. Dejo pasar unos segundos, tampoco es cuestión de asediarla y levantar sospechas. Estimo que ya —Isabel vuelve a hacerme el mismo gesto con la cabeza, esta vez con más énfasis— y al baño que voy. No llego a tanto: mamá está en la entrada. Me da la espalda, queriendo o no. Ha apartado el poto y la alocasia y, aunque la carne de burro no es transparente, podría asegurar de todas todas —sobre una biblia y

sobre lo que hiciera falta— que no le quita ojo al cenicero. Porque es mamá y sé que no, pero que me muera si no parece una prestidigitadora levitando un cenicero.

Desde el dormitorio llega la melodía ñoña del móvil musical, abejeando sobre la cuna. A pesar de no acercarse ni de lejos al volumen de la tele, destaca en este silencio tan irreal como galopante que nos hemos sacado de la manga —ya se sabe, siempre hay una tetera chiflando, un flis flis para las cucarachas, una persiana que raaaaaaaaaaasga el paisaje—. Mamá repara en mi presencia gracias a ese retrovisor que a algunos les viene de serie, comúnmente llamado intuición. Sin dejar de mirar el cenicero, me dice ven con la mano. Cuando llego a su altura me agarra del antebrazo, sus dedos ejercen una presión que no sé interpretar, glup por triplicado nuevamente.

—¿Vosotros también, hijo mío? —mamá a grito pelado.

HA MUERTO MICHAEL JACKSON

A los maridos en verdad nos la trae al fresco que Michael Jackson se muera. Quiero decir, la noche en que Michael Jackson estira la pata, nuestras mujeres están despiertas frente al televisor y el avance informativo sorprende al protagonista de la película o al presentador del *late show* en mitad de una frase. Los maridos, sin embargo, hace rato que nos fuimos a la cama sin cepillarnos los dientes y nos abandonamos al sueño. De ahí nuestra perplejidad cuando nuestras mujeres nos despiertan para comunicarnos la noticia.

—Ha muerto Michael Jackson —nos dicen nuestras mujeres con la voz rota, y a veces eso les basta para despertarnos.

Otras, no. Otras veces han de encender la luz y zarandearnos bien fuerte, y mientras los maridos nos frotamos los ojos aturdidos —¡¿qué pasa?!, ¡¿qué pasa?!, decimos braceando como cucaracha panza arriba —, nuestras mujeres repiten con tono grave que Michael Jackson ha muerto, como si nosotros fuesemos los responsables, como si tuviesemos la culpa de que Michael Jackson eligiera estas horas para palmarla.

—Ha muerto Michael Jackson —nos dicen nuestras mujeres desde el borde de la cama y del llanto.

O sea, que mientras nosotros dormimos como troncos, a Michael Jackson no se le ocurre otra cosa que diñarla y darle una excusa a nuestras mujeres para sacudirnos a base de bien y colar algún insulto si tardamos en reaccionar.

Cuando a los maridos nos despiertan a altas horas de la noche para informarnos de la muerte de Michael Jackson, procuramos alejarnos de nuestras mujeres cuanto nos sea posible sin llegar a provocar suspicacias. Es un acto reflejo. Por lo general, nos tenemos que conformar con retrepar la cabeza sobre la almohada y torcer el cuello ligeramente en dirección opuesta a donde se encuentran nuestras mujeres. Con el susto, no somos conscientes de cuánto tiempo habremos dormido y no confiamos en nuestro aliento. Queremos ahorrarles ese mal trago.

Cuando a los maridos nos espabilan en plena madrugada para

anunciarnos el fallecimiento de Michael Jackson, al principio no damos crédito y miramos a nuestras mujeres como esperando algo, qué sé yo, que no aguanten más la risa y nos digan que se trata de una broma o que se les hinchen las cabezas como globos y salgan volando, cualquier cosa menos esta quietud exasperante. Pero cuando comprobamos que no tienen la menor intención de inmutarse, no nos queda más remedio que pasar a la acción. Es lo que se espera de nosotros.

Intentamos poner en marcha nuestro cerebro, clic, nuestro cerebro aún embotado por la modorra, pendientes de que no se nos escape ningún bostezo —el aliento, el aliento—. Tratamos de entender qué está pasando, nos incorporamos sobre los codos y miramos las siluetas oscuras de nuestras mujeres, a las que Michael Jackson nunca les hizo ni pizca de gracia —de ahí nuestra turbación—, y de pronto recordamos aquel juego de cuando novios y deducimos con una sonrisa tonta que cuando nuestras mujeres nos despiertan para comunicarnos al borde del llanto y de la cama que Michael Jackson ha muerto, no quieren decirnos que Michael Jackson ha muerto —que no decimos que no se haya muerto, quiénes somos nosotros para entrometernos en la muerte de nadie—; lo que quieren decirnos es que desean que las follemos. El erotismo tiene esas cosas, pensamos los maridos atando cabos y procurando no abrir demasiado la boca —el aliento, el aliento—, y nos figuramos a nuestras mujeres lamentándose por lo efímera que es la vida, por lo poco que somos —no somos nada, dirán nuestras mujeres con la mirada perdida, como hacían cuando novias al empezar el juego que tanto nos ponía—, nos las imaginamos deslizando como por accidente la tira del camisón hombro abajo y preguntándonos que haríamos si el mundo se acabara mañana, y nos llevamos la mano a la entrepierna, en un gesto que tiene algo de homenaje al recién fallecido —¡va por ti, Michael!—, que a estas horas debe de andar camino de algún hospital donde le practicarán la autopsia; y de esa guisa permanecemos unos instantes, esperando a que nuestras mujeres muevan ficha.

—Ha muerto… —dejan la frase en suspenso, muy sentidas ellas.

—Como si hubiera estado vivo alguna vez —decimos los maridos siguiéndoles el juego y pellizcándoles una cacha. Al ver nuestra reacción, nuestras mujeres rompen a llorar, dan un portazo a sus espaldas y nos dejan a los maridos con un tufo a cosa muerta —¿el aliento, el aliento?— flotando en el ambiente.

ACTO DE AMOR

Mi mujer cree que me engaña. Todos los jueves desde hace cinco meses, sale de casa a eso de las ocho con el pretexto de una cita con las amigas, y ya puede diluviar o hacer un sol de justicia, que nunca elude el compromiso. Su voluntad es encomiable, digna de aplauso. Todos los jueves, decía, se demora un segundo bajo el marco de la puerta y se gira apenas, como esperando una reacción de última hora, pero yo me limito a acompañarla hasta la calle y desearle una buena velada con un casi beso en los labios. En los mismos labios que minutos después él devorará con fruición, como está mandado.

Me da pena, la pobre. Cuando pienso en el sacrificio que es capaz de hacer, me entran ganas de decirle que lo sé todo y poner fin a esta farsa. No sé, pienso en la lengua del otro dejando regueros de baba por su cuello, alrededor de los pezones, en la entrepierna, y por momentos flaqueo, me vengo abajo y me digo a mí mismo que no está bien hacerla pasar por esto, que tanto sufrimiento es innecesario. A saber qué se dejará hacer, con lo aprensiva que es para estas cosas. Y todo por complacerle, por hacerle creer que lo desea, por conservarlo y proseguir con la pantomima, a ver si me doy cuenta de una buena vez y reacciono y me rebelo y hasta aquí hemos llegado.

Me la imagino, no sé por qué, esperándole en una cafetería solitaria de una gasolinera, vestida como de otra época, con un viejo sombrero calado hasta las cejas y bebiendo café para no quedarse dormida; me imagino el sobresalto cada vez que se abre la puerta y el alivio al comprobar que no es él —aún alberga la esperanza de que no venga—; me imagino el esfuerzo por mostrarse alborozada cuando al fin aparece, la urgencia con que abandona la mesa como si en verdad lo deseara; me imagino, no sin cierto remordimiento, su fingida necesidad de él.

Mi mujer se esmera en dejarme pistas. Su entrega resulta conmovedora. Durante las comidas, fuerza conversaciones en las que inevitablemente su nombre terminará apareciendo. Entonces pone especial cuidado en no pronunciarlo. No le importa decir Pilar o Ana o Sonia (las amigas con las que comparte una hipotética cena), pero

cuando la conversación deriva hacia él, se apresura en cambiar de tema con la torpeza de un niño pillado en un embuste y balbucea para que yo note que evita nombrarle y sospeche, y deduzca, y ate cabos.

También olvida intencionadamente —lo sé— la cuenta de un restaurante en el compartimento secreto de su joyero o la factura de un hotel en el fondo del cajón de su ropa interior, donde sabe que acabaré mirando. Es adorable, mi mujer. Si hasta se ha cambiado de peinado y ha comenzado a hacer dieta por ver si de una maldita vez me doy por enterado.

A veces, masculla su nombre cuando hacemos el amor —que cada vez ocurre con menos frecuencia, y esto también forma parte del sacrificio— y se detiene en seco, como paralizada por el espanto, esperando a ver qué hago. Yo finjo no haberla oído y sigo a lo mío como si tal cosa. Cómo no enternecerse ante tanta generosidad. Imposible no emocionarse ante semejante acto de amor.

En verdad, merecería a alguien más competente que yo, alguien que le plantara cara y le confesara que sabe que lo engaña, que interpretara el papel del perfecto marido herido en su orgullo y reclamara su derecho de posesión, merecería una escena de telenovela, alguien que la llamara zorra y se revolviera como un animal acorralado.

En ocasiones, no lo niego, siento la tentación de seguirla hasta la gasolinera —allí la imagino, sentada en la cafetería con su ropa de otra época y bebiendo café— y sorprenderla comiéndole la boca, pasándole una mano por el hombro y la otra apretándole el culo. Sé que eso la haría inmensamente feliz. Que me plantara allí y pusiera el grito en el cielo. Que montase una escena. Que los separara de un empujón, que lo golpeara y lo dejara tendido en el suelo. Que la pusiera de vuelta y media y me la llevara a rastras.

Algunas veces me subo al coche e introduzco la llave en el contacto y dudo si accionarlo, y así permanezco largo rato, por irme y no.

Lo mismito que ella ahora entre sus brazos: por irse y no

OBRAR BIEN

No sabía que te estabas muriendo, papá. Pero las noticias vuelan, ya ves. Vuelan tanto que incluso yo, que llevaba años sin saber de ti, he acabado enterándome. No tienes tan mal aspecto, después de todo. A pesar del cuerpo ulcerado, a pesar de los ojos hundidos en las cuencas, a pesar de la palidez de un cuerpo hilado por venas obscenamente moradas por las que apenas circula sangre, a pesar, incluso, del insoportable resuello mecánico que te mantiene con vida, no se te ve tan mal. No te mentiré: me hubiera gustado encontrarte peor. Bastante peor. De hecho, de haber sabido que te tienen narcotizado, vegetando en una cama e insensible al dolor que merecerías estar sufriendo, no habría venido a verte.

Pero aquí me tienes, papá, decepcionada al comprobar que no te duele tanto como esperaba. Al menos me escuchas. Me lo han dicho los doctores, no hace falta que te sigas haciendo el moribundo. Relájate. Sé que me escuchas. Para eso, afortunadamente, para el aguijón de mis palabras, no hay tratamiento paliativo.

¿Sabes qué? Al verte aquí tumbado, tan poca cosa, tan lleno de tubos y cables, más parecido a un globo pinchado que a una persona, de pronto me he acordado de aquella noche en el cementerio. Es extraño cómo funciona la memoria, de qué hilos tira para sacar a la luz recuerdos que a simple vista parecen descontextualizados. De pronto me he acordado no de la vez que me obligaste a acompañarte, sino de la anterior. Porque aquella no fue la primera vez que estuve en el cementerio, papá, ya había estado antes. No sabría decirte cuánto tiempo antes, a esas edades los recuerdos son poco fiables, el tiempo está tan comprimido que todo parece estar sucediendo siempre y a la vez. Mamá y tú habíais discutido, eso sí lo recuerdo, tú te habías marchado dando un portazo y yo sabía que tardarías en regresar y que mamá solo saldría de la habitación para ponerme un plato de sopa y para decirme que me quería. Porque ella sí me decía que me quería, papá, aunque solo lo hacía cuando estaba triste. Decir «te quiero» era para ella una forma de vestir la tristeza.

Esa noche, papá, decidí seguirte. Estaba asustada, aterrorizada ante

la posibilidad de que te dieses la vuelta y me descubrieras, pero la perspectiva de pasar varios días en una casa viciada y muda, con una madre fantasma y un plato de sopa fría, tampoco resultaba nada alentadora. Así que te seguí. A cierta distancia y procurando no hacer ruido, te seguí. Hasta el cementerio y espoleada por el mismo arrojo que lleva a un suicida a decidir que esta es la vencida, te seguí.

Te sorprende, ¿verdad? No trates de disimular, he advertido a través de la máscara de oxígeno —o de lo que sea eso que te insuflan— que se te han dilatado las aletas de la nariz más de lo normal, quizá el único respingo al que ya tienes derecho. Te gustaría mover un brazo, ¿a que sí? Quisieras pulsar este botón para que viniese la enfermera y me sacara de aquí, no lo niegues. Pero no puedes, papá, no era más que un saco de piel, humores y vísceras al que mantienen vivo por pena, por piedad, por la ciencia, un pellejo con un tubo conectado a la uretra y otro al esfínter al que no dejan morir tranquilo. Al que no le dejo morir tranquilo. Además, yo soy tu hija, ¿recuerdas? Tu querida hija, papá, y ninguna enfermera en sus cabales va a apartar a una hija del lado de su padre agonizante.

Hacía frío aquella noche en el cementerio. Los cadáveres se enfrían enseguida, tal vez por eso en los cementerios se concentra todo el frío de la creación. Del trayecto hasta el cementerio solo recuerdo mi afán por no perderte de vista y por pasar inadvertida, la premura con que me escondía tras los coches, entre los contenedores de basura, o me arrastraba tras los setos para que no pudieras verme si te girabas alertado por algún ruido o por alguna sombra insertada en el rabillo del ojo.

Hasta que te vi entrar en el cementerio, no tomé conciencia de que estaba lejos de casa, lejos de todo, sola. Entonces te perdí, cruzaste la puerta del cementerio y te perdí tras sus muros. Corrí como una loca tras tus pasos, papá, atravesé la calle a toda velocidad, arriesgándome a ser descubierta, y entré en un cementerio por primera vez en mi vida. Creo que, de haberte encontrado en ese instante, te habría abrazado, me habría lanzado a tu cuello y te lo habría rodeado con mis bracitos temblorosos. Hasta de eso habría sido capaz. Te lo juro, papá.

Por fortuna, tardé en dar contigo. Anduve un buen rato entre las tumbas muerta de frío, envuelta en la niebla de mi propia respiración y en un silencio asfixiante, tan solo roto por ese pájaro esporádico que llora en todos los cementerios y por un sonido impreciso que lo mismo podía provenir de pisadas sobre guijarros que de crujido de huesos. Y de pronto te vi, de pronto distinguí una sombra, papá, y esa sombra eras tú, agachado sobre una tumba, sin moverte apenas. Me eché al

suelo de golpe y me oculté tras una lápida. Desde mi escondrijo, pude ver cómo te bajabas los pantalones. O quizá ya los tenías bajados cuando te encontré, no lo tengo claro. El caso es que estabas agachado y cagaste sobre la tumba, un zurullo plantado en el centro de la sepultura de la tita Reme.

Una vez concluida la operación —aquel acto tenía mucho de solemne, de ritual, era innegable—, regresaste a casa, y a la mañana siguiente le diste a mamá un beso de buenos días en la frente cuando bajaste a desayunar y me llevaste al colegio porque era miércoles. El miércoles más frío del mundo.

La vida no es fácil, papá. ¿Qué te voy a contar a ti, que ni tan siquiera puedes abrir los ojos ni evitar tragarte mis palabras, tragártelas por los oídos? No creas que me ha resultado sencillo venir a verte. Pero finalmente he venido, papá, he venido porque sé que tú no lo habrías hecho si nuestros papeles estuviesen intercambiados.

Cuando me enteré de lo ocurrido, casi lloro de alegría. ¿Sabías que también se puede llorar de alegría, papá? El pobre Marcos se asustó al verme en ese estado tras recibir la llamada. ¿Conoces a Marcos? Qué tonta, ¿cómo lo vas a conocer, si cuando Marcos nació, tú ya no existías? Pero ahora existes, papá, ahora existe este odre cuarteado que es tu cuerpo, tu cuerpo que apenas siente, maldita sea, repleto como está de narcóticos y calmantes. La droga mantiene el dolor a raya, y no sabes cómo lo lamento. La vida no es fácil, papá, y una tiene que aceptar que su padre en las últimas no sienta dolor. Aunque no sea justo.

Como tampoco fue justo que la noche de mi primera menstruación me llevaras al cementerio a rastras, que desoyeras las súplicas de mamá y me obligaras a seguirte con las mejillas llenas de lágrimas y un hililllo de sangre resbalando por la cara interna de los muslos.

Me condujiste hasta el cementerio, me situaste sobre la tumba de la abuela y me revolviste el pelo. «Vamos», me dijiste. «La familia es lo primero», me dijiste también, y te bajaste los pantalones y me indicaste que yo también lo hiciera. Al ver que me costaba, me explicaste que la familia no es un capricho ni algo pasajero, que la familia implica una gran responsabilidad y que pretender que una institución de esa envergadura se sustente en el amor es de una ingenuidad que provoca risa. «Aprieta con ganas», me dijiste mientras trataba de no pisar el charquito de mi primera sangre menstrual.

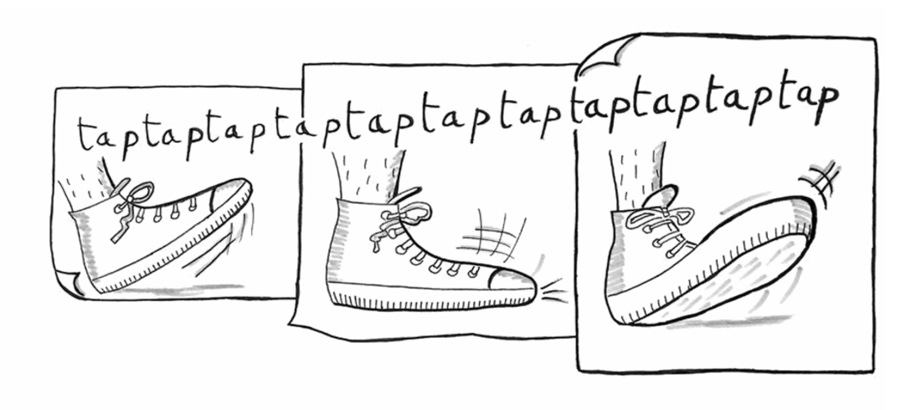
Así es la vida. Ves a un padre agónico y, en lugar de lágrimas, te brotan recuerdos. No sabes lo que hubiera dado por encontrarte retorciéndote de dolor, papá, pudriéndote en un magma de esputos, flemas y pus. Pero tenían que sedarte, tenían que reducir tus sentidos

al mínimo para ahorrarte el sufrimiento. En nombre de la ciencia, de la pena, de la piedad. No de la hija.

Hay que matar al padre. Menuda gilipollez. Mejor dejarte vivo, papá, mucho mejor marcharme antes de que llegue mamá —que debe estar al caer— y se encuentre esta plasta maloliente y rojinegra sobre tu pecho. Verás qué alegría se lleva. Porque además tengo la regla. En eso al menos he tenido suerte.

CONQUISTAR MÁS COTAS
(**UN CUENTÓMIC, VAYA**)

A Poli, la barba más generosa
a este lado del Guadalquivir.



Seamos claros: como compás, la propuesta del marido deja mucho que desear. Es un compás de pacotilla. Un churro de compás. Algo monocorde y apresurado. Sin ángel. Sin duende. Claro que, más que marcar el compás, el marido espera. Espera y está nervioso. Justificación de sobra para esta birria de compás. El marido espera como se esperan las cosas importantes: repantingado como un escombro, mordiéndose las uñas, haciendo girar el anillo en el anular, venga taptaptap con un pie cualquiera.

Suena el timbre. Nueve y media, comprueba el marido y da su visto bueno con un leve movimiento de cabeza. Después mira a la esposa, que está sentada a su lado en el sofá, y sonríen tímidamente. Como con satisfacción o con una chispa de nerviosismo, no queda muy claro. El marido, la esposa, permanecen unos instantes así, ya sin

sonrisa, los cuellos vueltos, las miradas clavadas en el otro y las manos sobre las rodillas. Hombro con hombro. Rondarán los cuarenta y es posible que ella lleve demasiado maquillaje.

De nuevo el timbre.

—Voy yo —dice la esposa, va.

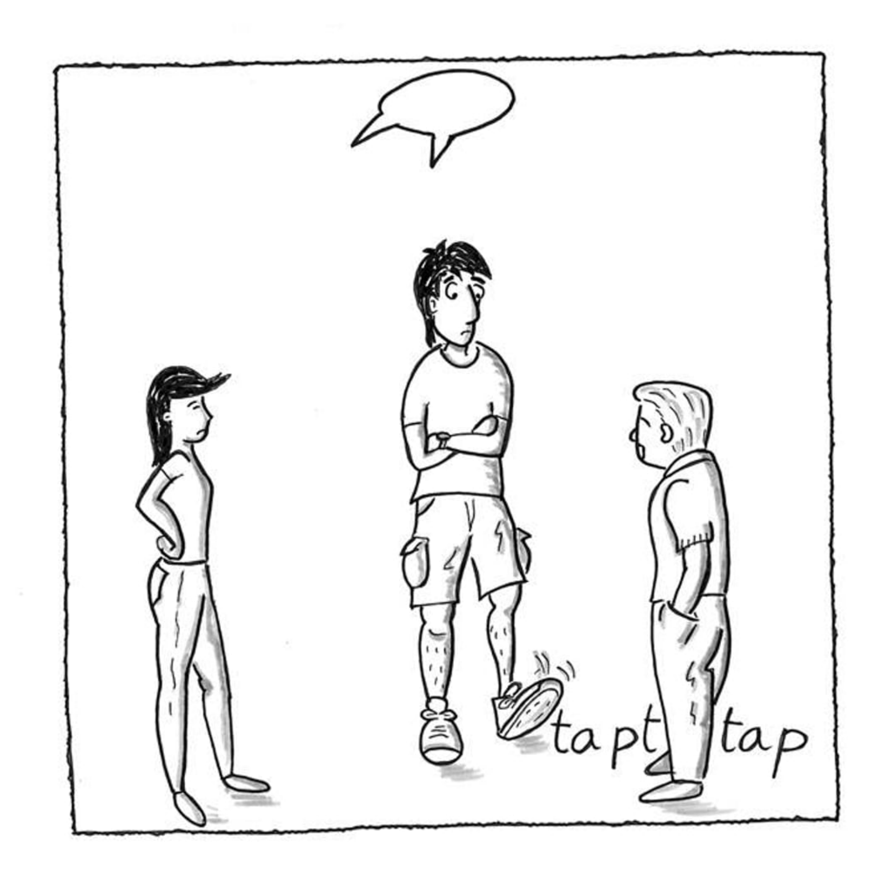
El marido dice vale con la cabeza. Las manos aún sobre las rodillas. Los ojos siguen a la esposa, que, tras incorporarse y colocar bien la alfombra, atraviesa el salón y cruza la puerta que da a la entrada. El marido estira el cuello sin moverse del sitio, la pose tiene más de tortuga que de jirafa. No la ve desde donde está sentado. Le llega el sonido del picaporte. Dos voces. La esposa. Un hombre.

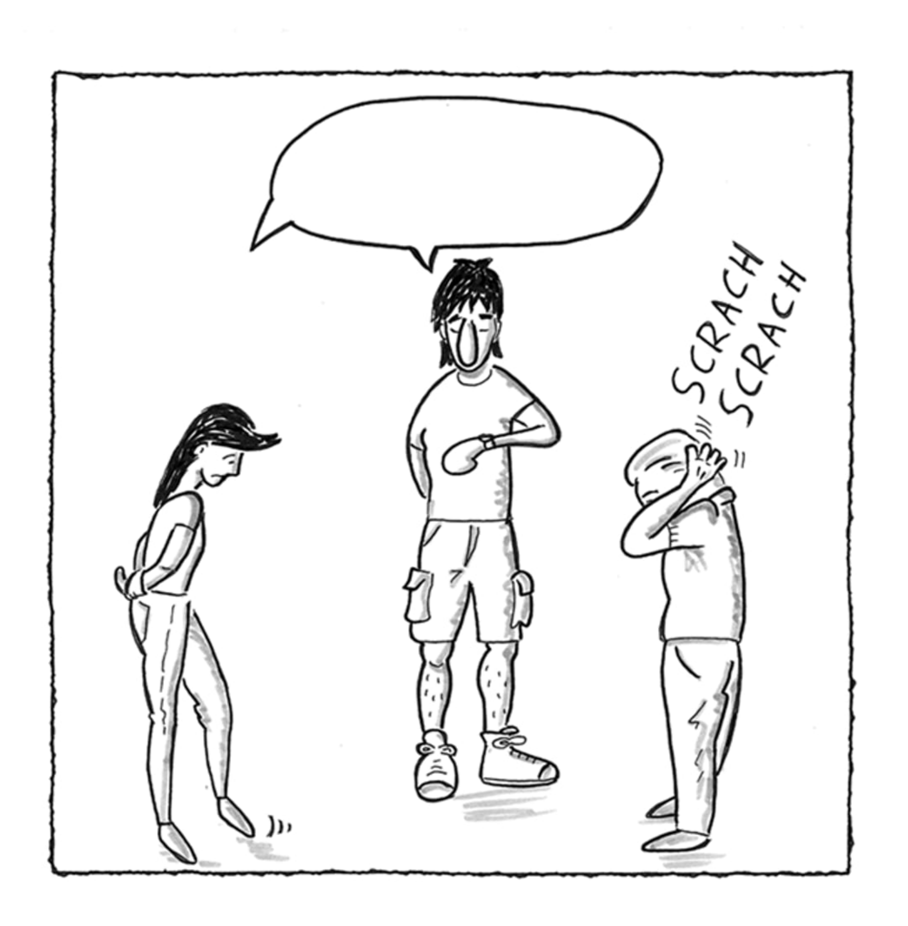
Sin tiempo de distinguir palabras, la esposa y el hombre pasan al salón. El marido se levanta, se ayuda con las manos sobre las rodillas, hace palanca, uf, arf y toda la pesca.

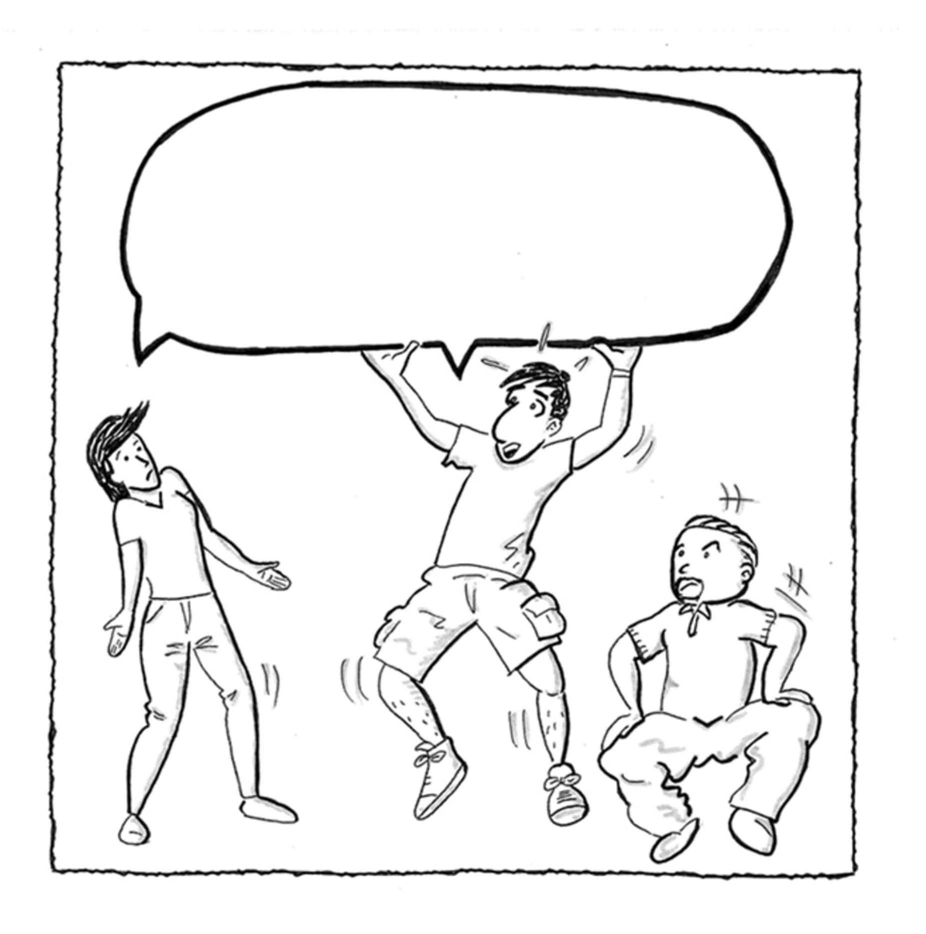
—Tú debes de ser tal —le dice al hombre a la vez que le tiende la mano—. Encantado. Yo soy cual. Y ella es mi esposa.

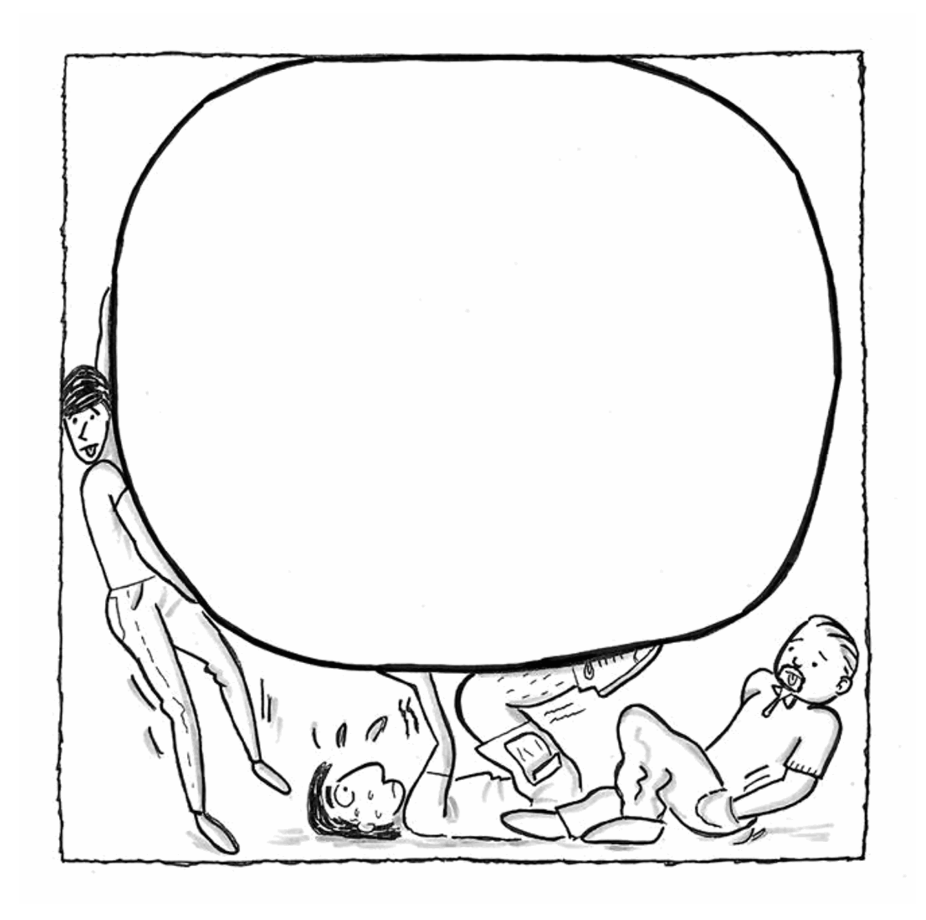
—¿Y bien? —el hombre sonrisa de anuncio, apretón firme pero no excesivo, el pecho en su sitio.

El marido se vuelve hacia la esposa, como reclamándole algo. Ella se da cuenta, el reojo la delata, pero hace como que no. Algo en la actitud del marido, en el abatimiento de hombros, en la incapacidad de fijar la mirada, hace pensar en una reclamación de auxilio. La esposa sigue sin darse por aludida.


tapt tap


SCRACH SCRACH





—Estoy aquí para ayudarles —interviene el hombre al fin.



—Sé cómo deben sentirse, no son los primeros…

—Tutéanos, por favor.

—Está bien —sonríe con franqueza—. No sois los primeros a los que les ocurre algo así. Confiad en mí. Todo irá bien.

El marido y la esposa se miran. En realidad ha sido el marido el primero en dirigirle la mirada, la esposa lo ha advertido por el rabillo del ojo —que es por donde se advierten las cosas más peliagudas— y se ha girado hacia él. Vuelven a sonreír tímidamente. Esto va teniendo cada vez menos pinta de satisfacción y más de nerviosismo.

—¿Están ahí? —el hombre señala hacia una puerta cerrada, situada a su derecha. La puerta por la que entró al salón queda a su espalda.

El marido y la esposa asienten.

—Pues no perdamos más tiempo, hacedlos pasar. Pero antes os pido una cosa: cuando entren, comportaos con normalidad, como si yo no estuviese.

El marido y la esposa asienten de nuevo. Ahora es él quien se adelanta y se encamina hacia la puerta. La esposa permanece en el sitio. Un ligero temblor le descuelga la mandíbula. El hombre, que lo ha notado, le dice tranquila y le apoya una mano en el antebrazo. El tembleque persiste. El tembleque se las trae, es tozudo como él solo. Al sentir el contacto de la mano del hombre el tembleque se calma. Es ya un tembleque venido a menos, un mindundi de tembleque que no haría tintinear la cristalería por muy pegada que estuviese, un tembleque que solo sería percibido por instrumentos de precisión; a saber: una mano experta apoyada en el antebrazo.

A todo esto, el marido duda ante la puerta. Gira la cabeza discretamente y se topa con la mirada fija de la esposa, sobre cuyo antebrazo el hombre aplica su instrumento de precisión. Desde esa distancia, ni rastro del tembleque. El marido tuerce el gesto, coge aire, abre la puerta.

No necesita llamarlos: entran como una centella. O mejor dicho, como dos centellas: el anciano, la anciana, por ese orden. Ambos están completamente desnudos, en pelota picada. Como Dios los ultrajo al mundo, le da tiempo a pensar al marido —ultrajo, sí: una de sus gracietas—. Llama la atención la diferencia de peso. El anciano es un tirillas, lo mínimo que se despacha en carne para revestir huesos. Ella, en cambio, está sobrada de kilos. Su cuerpo, más rollizo que fofo, está segmentado en lorzas como los anillos de un gusano.

Al otro lado de la puerta sus ropas forman un montoncito, un gurruño que lo mismo recuerda a la piel recién mudada de una serpiente —o de dos; recordemos: dos centellas— que a un mojón sobre la acera. Un mojón tremebundo, un ochomil entre los mojones.

La esposa contiene la respiración, no hace falta ningún instrumento de precisión para percibirlo, la venita que le cruza la frente pierde el diminutivo y se sincroniza con el taptaptap del pie cualquiera del marido.

Por la reacción de ambos, está visto que los muy carajotes esperaban un comportamiento más adecuado, menos nudista, algo más presentable, pero hostia, tú, ni los calcetines se han dejado puestos, ya les vale.

El anciano, la anciana, no dicen ni pío. Ella se riza un mechón como si desenrollase los tirabuzones del cable del teléfono cuando los teléfonos tenían cables y no había quien colgase primero, él se toca las pelotas sin el menor recato. De pronto, sin motivo aparente, el anciano pasa a la acción: barre a todos con la mirada y, con un vigor no presumible para su edad, arranca a correr hacia el hombre, se pone a cuatro patas al llegar a su lado, le atrapa la pierna izquierda con los

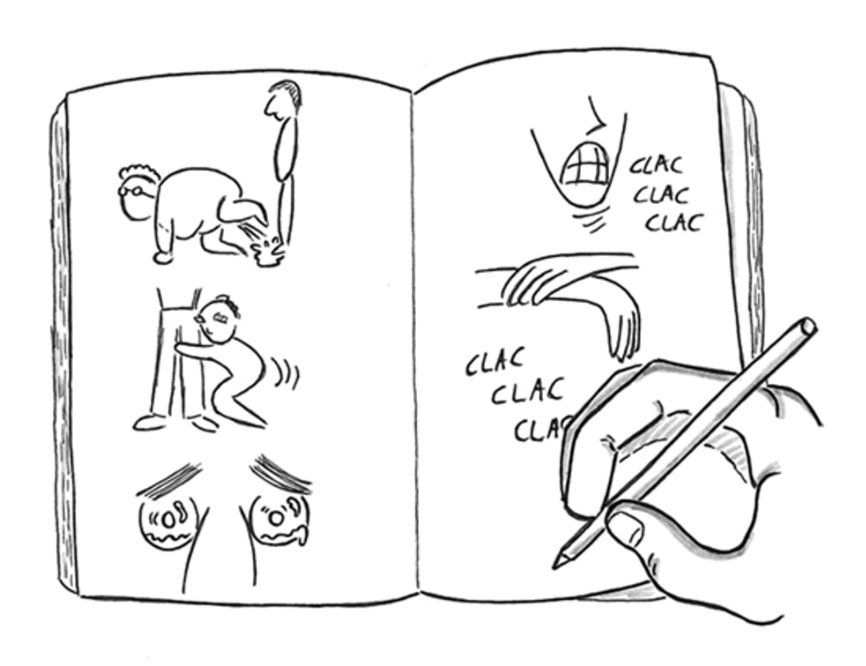
brazos y la monta: aproxima la cintura hasta que está bien cerca y comienza a sacudir la pelvis espasmódicamente.

El marido, la esposa, maldisimulan un respingo y ahogan un grito. O, más bien, se lo tragan, se lo llevan a la boca con ambas manos y, hala, adentro del tirón.

—No temáis, no pasa nada —les dice el hombre—. Es importante ver cómo actúan, estudiar su comportamiento.

Y actúan tal que así, chispa más o menos: teníamos al anciano trajinándose la pierna izquierda del hombre y teníamos a la anciana que, en lo que el anciano dale que te pego a las caderas, se ha puesto a mordisquear los cordones de los zapatos del marido, que se deja hacer, qué remedio.

El hombre saca una libreta del bolsillo trasero del pantalón y empieza a tomar notas. Sin inmutarse. Como si fuese lo más normal del mundo. Dadas las circunstancias, la letra ha de resultar temblona, no queda otra, pero se ve que el asunto de los tembleques lo tiene dominado.



Qué tío.

Pasados unos segundos, el hombre deja de tomar notas.

—Sentaos, por favor —les pide al marido y a la esposa—. Con

naturalidad, como haríais normalmente.

Obedecen sin rechistar —si no están para chistes, como para rechistes van a estar los pobres—. El marido se sacude la pierna, tiene la zapatilla de lona completamente empapada de orín de la anciana, algunas gotas salen despedidas y salpican aquí y allá, toma asiento, la esposa lo mismo. De inmediato, el anciano suelta la pierna del hombre, gatea hacia el marido con sorprendente agilidad y le monta la pierna, la izquierda también. La misma que le ha meado la anciana.

—¡Papá! —grita el marido. El anciano se detiene, parece dudar un instante pero enseguida reanuda las labores propias del apareamiento.

El marido no puede más, se derrumba, se desploma de mala manera y se lleva las manos a la cara, sufre lo menos dos espasmos. Si no está llorando, poco le falta. La esposa le apoya una mano en el antebrazo, sin éxito. Como instrumento de precisión, deja mucho que desear su mano. Los ánimos están bien temblados.

El hombre observa la escena, anota un par de cosas.

—Tranquilos —les dice al cabo—. No es tan raro como pudiera parecer —les dice también mientras la anciana araña el lateral del sofá y le muestra los dientes cada poco a una mosca imaginaria o a un fantasma inoportuno, vaya uno a saber—. O yo no tengo ni repajolera idea de qué va esto —prosigue con una sonrisa exagerada, como para rebajar tensión— o estamos ante un caso de libro. Tu padre —su padre, el anciano, venga a darle a las caderas— se ha hecho con el mando de la manada. Es el macho alfa, de eso no cabe la menor duda. No hay más que verle. Y tu madre es la hembra beta.

El marido, la esposa, le miran con cara de no entender nada.

—Y vosotros sois los miembros omega de la manada. Os tienen sometidos.

El marido omega y la esposa omega se toman de la mano y se encogen levemente de hombros, en un gesto que podría ser tanto de resignación como de «a este tío se le ha ido la pinza».

Siempre es lo mismo con los visitantes: en un momento dado cogen confianza, se vienen arriba y se sienten con la libertad de ofrecer su punto de vista, su punto de visita, y lo sueltan a bocajarro, ahí lo llevas, no hay quien se resguarde a tiempo de tremendo chaparrón de opiniones. Todo el mundo tiene una opinión, hay opiniones para todos los sustos, es lo que pasa, y cada vez que una visita descarga su chaparrón de opiniones, el olor a tirria mojada lo impregna todo, se le pega a las fosas nasales al marido omega y qué trabajera deshacerse de él, menudas tragaderas hacen falta para soportar semejante calada sin un mal gesto, sin una palabra más harta que la otra. El marido omega, que ha aguantado estoicamente el chaparrón de opiniones del

hombre, de buena gana le diría «puedes meterte tu puto de vista por donde te quepa», y se quedaría tan pancho, pero claro, decir eso mientras tu padre te monta la pierna izquierda no parece buena idea. Es como raro. Está fuera de lugar. Así que se aguanta. Se reprime. Trata de hacer la vista gorda ante la visita gorda. Aunque su mirada lo dice todo. La tara es el espejo del alma.

A estas alturas no tiene sentido ocultarlo: cuando le invaden los nervios, al marido omega le da por ahí: su tembleque adquiere la forma de juegos de palabras, de desplazamientos semánticos, pamplinas como cortinas de humor con las que pretende enmascarar su estado, ocultar su inseguridad. Y tanta tontería, claro, acaba pasándole fractura. ¿A quién no? Uno tiende a decodificar a los demás en función de sus propios códigos, de su gramática. Está a la orden del día. Como con las chavalitas cuando aún existían las chavalitas. O sea, cuando él existía para las chavalitas. A falta de cigarro de después —el marido omega nunca le dio una calada a un pitillo—, a falta, pues, de colofón de humo, el marido le encasquetaba un colofón de humor —venga a correr cortinas— a la chavalita de turno —los nervios y ese silencio peliagudo hasta que uno se marcha o se quedan dormidos, menuda combinación—, le soltaba una frase lo mismo hasta ingeniosa —«prometo serte fiel hasta que lamerte no se pare», por ahí van los tiros—, capaz de provocar, si la chavalita respondía, situaciones tipo:



El hombre, que tiene el rabillo del ojo la mar de entrenado, ha advertido que el marido omega anda a la defensiva y está a la que salta, por lo que, antes de que le suelte cualquier disparate, continúa:

—Por muy extraño que os parezca, esta conducta no tiene ninguna

connotación sexual, es solo una manera de mostrar dominancia. Es un comportamiento mucho más usual de lo que podéis pensar, no os alarméis. Fijaos en el órgano sexual del macho alfa, fijaos —les dice, señalándolo con el boli.

Estas son las cosas que le sacan de quicio al marido omega, que se pretenda hacer pasar por normales situaciones que ni de lejos lo son, estas son las cosas que le hacen perder los nervios, pero le prometió a la esposa omega no montar un numerito y se contiene. Le cuesta horrores, pero se contiene. No veas si le cuesta ver a su padre dándose el lote y hacer como que no pasa nada. Que sí, que es un lote figurado, todo lo que quieras, un lote pongamos metafórico, pero, vamos, no me jodas, está a esto de ser un lote metafóllico.

El marido omega se contiene pues, aprieta la mandíbula, se inclina hacia delante y observa con atención, y tiene guasa lo que ve: el pene del macho alfa pende con flacidez, se balancea a lo loco como un peso muerto, no hay en ese colgajo el menor asomo de pulsión erótica.

Esa imagen, la de la picha blandengue y columpiona del macho alfa, le lleva al marido omega a adoptar la expresión alelada de quien recuerda algo.



Quizá si hubiese reaccionado entonces, si les hubiese advertido de lo inapropiado de aquello…

Pero no, la esposa omega le convenció de que no pasaba nada, que no había nada censurable en la actitud de sus padres, que no le hacían daño a nadie, que ya son mayores, ellos sabrán lo que hacen.

—Pero los niños…

—Anda, volvamos a la cama.

Y puede que tuviesen razón, puede que la esposa omega y el hombre estuviesen en lo cierto, puede que, después de todo, el hombre no fuese tan gilipolllas. Porque al marido omega el hombre le había parecido un gilipollas integral desde el primer momento. Nada más verlo le cayó como el culo. Incluso antes, nada más no oírlo cuando su esposa salió a recibirlo en la entrada: como el puto culo. Objetivamente, no había nada desagradable en el hombre, nada en su voz, nada en su aspecto, nada en sus gestos, pero por lo que sea no lo tragó.

Mal que le pese, ahora que lo analiza con un poco de calma, tiene que admitirlo: no hay nada libidinoso en el vaivén de caderas del

macho alfa, nada voluptuoso en el entrechocar de carnes colganderas, como tampoco hay ni pizca de deseo en sus ojos, ni desencajamiento caricaturesco de las facciones, como ocurre sí o sí cuando estás en faena.

—¿Y vuestros hijos? —el hombre cambia de tercio y saca al marido omega de su ensimismamiento— ¿Por qué no están en casa?

—Están con los otros abuelos —le corta la esposa omega—. No queríamos hacerles pasar por esto.

—¿Los otros abuelos no…?

—¿No qué?

—Bueno, si no… —señala al macho alfa.

—¡No, qué va! —responde la esposa en un tono en el que, hasta el menos avispado, detectaría una señal de satisfacción.

—Está bien, lo dejaremos pasar por esta vez, pero es importante que la próxima no falten. Todos formáis parte de la manada —el hombre agita un dedo frente a sus narices, tal pareciera que escribiese las palabras en el aire para recalcarlas—. Ya me he hecho una idea de lo que pasa. Ahora quiero que prestéis atención. Cuando se trata de modificar comportamientos conductuales, la solución no llega de la noche a la mañana. Debéis tener paciencia, ser perseverantes, no dejaros amedrentar si chillan o si patalean. Los machos alfa y las hembras beta son teatreros como ellos solos.

Dicho lo cual, el hombre avanza con paso firme en dirección al macho alfa —recordemos: dale que dale a la pierna del marido omega — y, sin mediar palabra, le propina un golpe en plena cacha. Un golpe seco, preciso, visto y no visto. El macho alfa retrocede con un saltito ágil, casi gracioso, que recuerda al movimiento reflejo de la rodilla al recibir un impacto debajo del hueso. Mira al hombre con una expresión rara, podría decirse incrédula, podría decirse perpleja, podría no decirse nada. Después clava la mirada en el marido omega y un destello de furia le remarca las ojeras y le afila los colmillos.

El marido omega, los ojos como platos, endereza el cuerpo como para incorporarse. El hombre lo detiene con una señal de la mano y avanza de nuevo hacia el macho alfa, que lanza una ráfaga de dentelladas al aire, el castañetear de dientes como el segundero de un reloj hecho de coraje y baba. Cuando está cerca, levanta la mano izquierda y hace el clásico gesto de pinza o de estar pellizcando una teta. El macho alfa observa la mano con atención, no aparta la vista. Esta escena se prolonga varios segundos, hasta que de improviso la mano derecha del hombre salta como un resorte y le arrea otro cachetazo al macho alfa, esta vez en el glúteo —en el izquierdo, no queda otra, frente a frente como están—. El macho alfa retrocede, se

agazapa. De no ser porque la oreja es puro cartílago, habría agachado las dos, fijo. Pero enseguida tensa el cuerpo, yergue las caderas, agacha la cabeza y comienza a echar espumarajos por la boca.

Sin darle la espalda, el hombre tuerce la cabeza y le ofrece media cara al matrimonio omega, los ojos fijos en su objetivo.

—¿Desde cuándo se comportan así? —les pregunta.

El marido omega se encoge de hombros y mira a la esposa omega. Por lo que se ve, siempre busca su asentimiento, un gesto que le confirme que sí, que vale, que adelante; o, si no el asentimiento, sí al menos cierta indiferencia, un pasotismo que le lleve a pensar que bueno, que a ella ni le va ni le viene. Parece evidente: el marido omega siempre busca la aprobación de la esposa omega para los asuntos más espinosos, una complicidad que, a estas harturas, es difícil interpretar si es escaqueo —menudo morro que se gasta el tío— o confianza —tantos años y aún sigue contando con su opinión para todo, ¿no es adorable?—. La esposa omega le anima o se desespera con una leve sacudida de cabeza.

—No sé, un año y medio, tal vez dos —se atreve el marido omega.

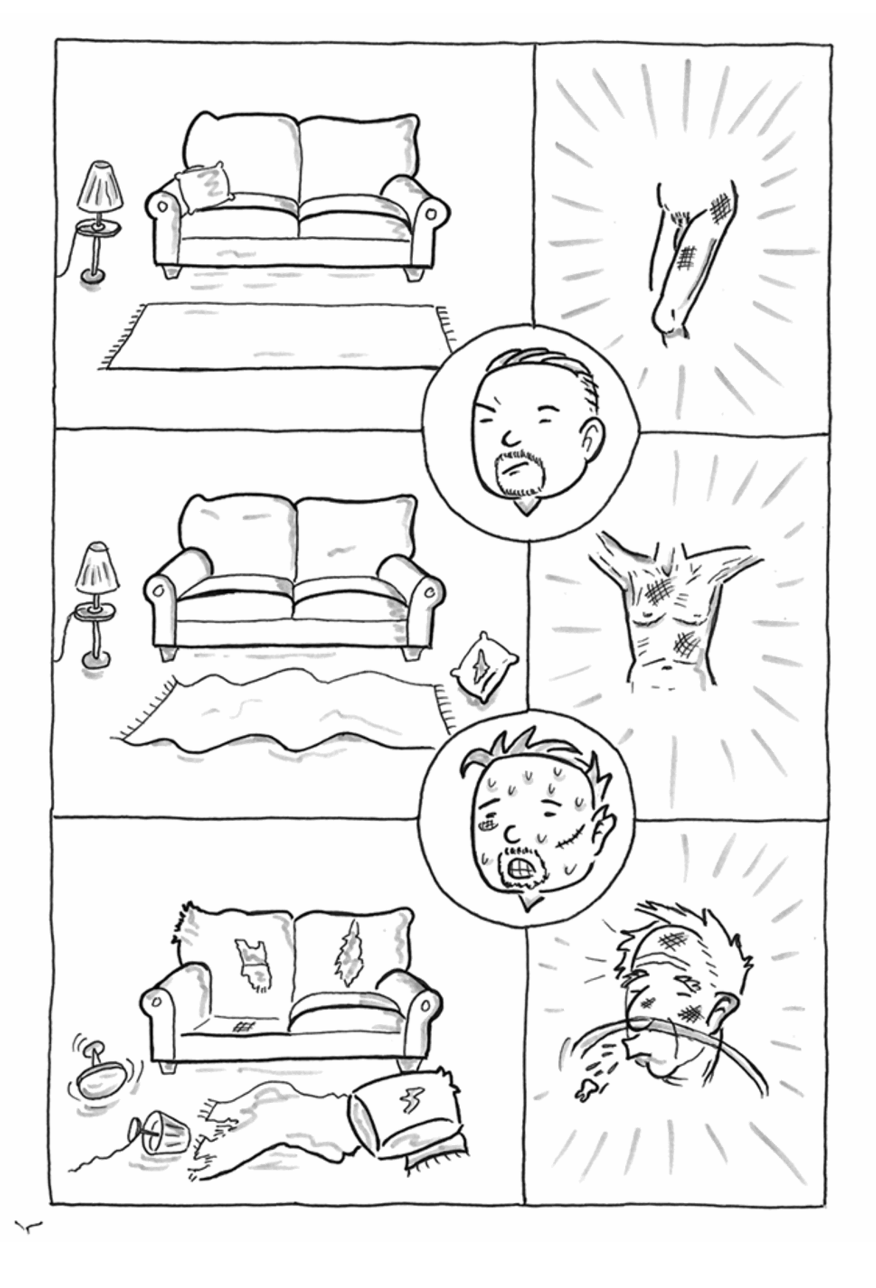
—¿Ha ocurrido algo que justifique este cambio de comportamiento?



—La vida —dice el marido omega como si conversase consigo mismo.

—Ya veo, ya.

El hombre le pide al matrimonio omega que se echen a un lado y le dejen actuar. Que no intervengan, por favor, que se fijen bien para aprender cómo hay que hacer para domar al macho alfa. Les recuerda también que no será fácil. El matrimonio omega retrocede unos pasos.



El aire está cargado de partículas en suspensión. Una luz sucia y grumosa —¿y grimosa?— inunda la estancia. Más que a motas de polvo, recuerda al relleno de las almohadas o a las mijitas que flotan en el interior de las bolas de nieve cuando se les da la vuelta.

En la punta más alejada del salón, apretada contra el rincón hasta desalojar todo el aire, la hembra beta recoge el cuerpo magullado y tembloroso del macho alfa. La espalda contra la esquina, las posaderas

derramadas sobre el suelo, una pierna formando una V invertida, la otra estirada cuan larga es, sostiene la cabeza del macho alfa contra su pecho y le recompone el peinado a base de saliva.

Las puertas, que vienen siendo dos —la que da a la entrada, la que se comunica con el resto del piso— están cerradas todas. El hombre se aseguró de ello antes de comenzar su clase práctica.

—¿Veis? —les dice a los miembros omega de la manada cuando recupera el aliento—. Ahora está en posición de sumisión —señala al macho alfa, cuyo cuerpo parece una S escrita por un niño que está aprendiendo caligrafía sobre la hembra beta. Ella lo mece, al tiempo que sus labios articulan lo que, a cierta distancia, podría ser confundido con una nana. Ninguna palabra reconocible sale de su boca, se trata más bien de un sonido gutural, algo más animal que humano, un sonido anterior al lenguaje.

La esposa omega asiente al instante. El hombre omega no parece tenerlas todas consigo, a veces es peor el remiedo que la enfermedad. Hay en sus cejas un temblor de duda.

—¿Tenemos que hacer eso cada vez que…? —al marido omega se le quiebra la voz, es incapaz de acabar la frase.

—Cada vez —el hombre mira alternativamente al marido omega y a la esposa omega, se detiene en ellos lo suficiente para que tomen conciencia de que va en serio. Enseguida destensa la cara y deja aflorar una sonrisa—. Miradlo así: esta vitalidad es señal de que están viviendo una segunda juventud. Solo hay que reconducirla por el buen camino.

—Una se hunda juventud —masculla el marido omega.

Ahí ha estado fino. Por una cuestión de probabilidades, por pura chorra, por un fogonazo de genialidad, el caso es que a veces el marido omega da en el blanco, a veces el juego de palabras acierta en el centro mismo del ingenio y qué barbaridad de ocurrencia entonces, para hacerle una ola. A veces.

El hombre no ha debido oírle. O se hace el longui. Prosigue:

—Se hacen muchas tonterías en nombre del amor, demasiadas concesiones y total para qué: un ratito de sosiego y, a cambio, toda una vida de sumisión por delante. No hay que mostrar debilidad, los machos alfa huelen la debilidad a la legua y se vienen arriba. Por instinto. Por genética. Por imitación. Lo mismo da. La prisa no va con ellos, aguardan pacientemente el menor síntoma de debilidad de su rival y se lanzan a la yugular sin contemplaciones.

—Nos doman por tontos —dice o parece que dice la mujer omega; hay un deje de nasalidad en su voz que puede llevar a equívoco.

Llagados a este punto, la voz del hombre se vuelve más grave, más

solemne, ocupa más. El hombre está en su salsa, de eso no cabe duda. Su expresión corporal es otra. El tronco erguido, la cabeza bien alta, la tripa hacia dentro. Se nota que disfruta aleccionando al personal, se explaya a gusto:

—Así están las cosas, señores. No me cansaré de decirlo: el asunto no es fácil, no es una cuestión que se resuelva de un día para otro. Lleva su tiempo. Exige disciplina, firmeza, mano dura, paciencia. Conquistar más cotas es trabajoso, no seré yo quien lo niegue —¿ha dicho eso? ¿Realmente ha dicho «conquistar más cotas» o ha sido «conquistar mascotas»? Ya no se puede estar seguro de nada, el patrón con el que el marido omega decodifica el mundo es contagioso, vaya si lo es—. Pero es eso o seguir tal cual.

Seguir tal cual. Esa posibilidad ya la habían contemplado el marido y la esposa mucho antes de saber que eran omega. De hecho, si habían llamado al hombre, si estaba plantado en medio del salón con los pies separados a la altura de los hombros y la espalda tiesa era porque ya habían decidido que ni de coña tal cual, que imposible recibir visitas o salir de paseo la manada al completo tal cual.



—¿Y no hay otra forma de arreglar esto? —el marido omega traga saliva—. Algo menos traumático, no sé, menos doloroso.

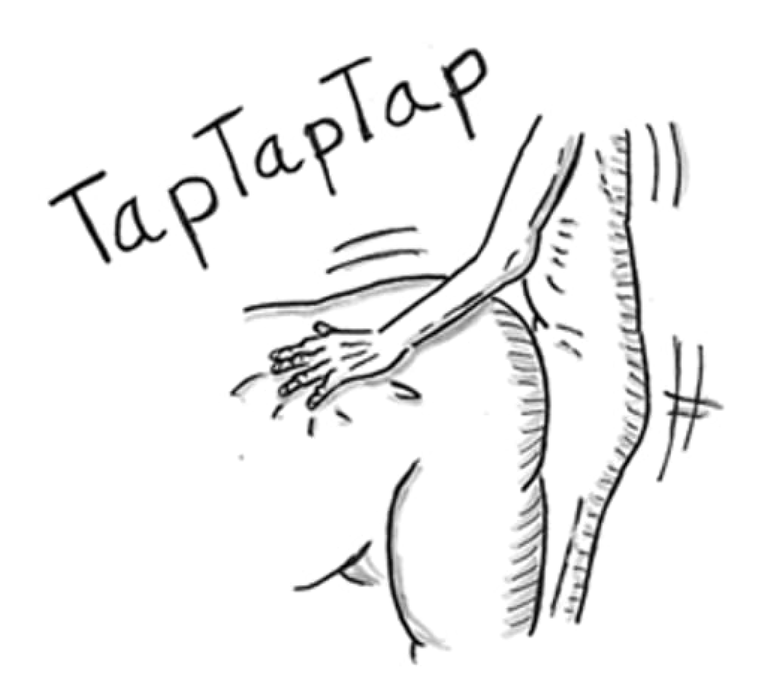
—Bueno, hay un último recurso —el hombre hace una pausa elocuente, simbólica, morrocotuda—. Pero solo lo recomiendo cuando todo lo demás ha fallado.

—¿Un último recurso?

El hombre guarda silencio.

—Un centro especializado —dice, transcurridos unos segundos.

—Un centro especial y sado —decodifica el marido omega para sí, los hombros rendidos del todo. Cambia entonces de postura, cruza una pierna sobre la otra y, vaya por Dios, la del pie meado queda arriba, con lo que la pesturria asciende y le hace arrugar la nariz, dejando entrever el borde de las paletas.



En el rincón más apartado, al macho alfa le vienen un par de

arcadas y vomita, o más bien regurgita, una masa compacta, un pegote blanquecino y amorfo con vetas anaranjadas. La hembra beta le sujeta la frente con una mano, le acaricia el lomo con la otra hasta que se vacía del todo y le hace así con el dedo gordo en la comisura de los labios para limpiarle los restos.



EL PERRO AZUL

A Horacio, que hacía miau
y me perseguía por delante.

Ya pasó el invierno y al perro azul no hay quien lo mueva del sofá. De no ser por la deriva de sus pupilas tras mis pasos, pensaría que está muerto. Lo encontré hace unos meses, en una de esas tardes amodorradas y tercas de domingo. Vaya uno a saber cómo llegó hasta aquí. Lo más probable es que aprovechara una puerta entreabierta por descuido o una ventana mal cerrada —no resulta complicado acceder a mi balcón desde el piso de al lado, ni tan siquiera para un perro azul —. El caso es que lo encontré encaramado al respaldo del sofá y fui incapaz de echarlo.

Al principio lo confundí con un cojín o con alguna prenda arrojada al tuntún, no sé, cualquier elemento susceptible de coronar el respaldo de un sofá, y no le presté mayor atención. Pasaron varios días hasta que me percaté de su naturaleza, y si lo hice, fue alertado por el sonido de su respiración, un resuello ahogado y bronco, semejante a un aviso de tormenta. Me acerqué con incredulidad, lo rocé con un dedo y el perro azul ni se inmutó. Probé a tocarlo de nuevo, esta vez con más determinación, y, ahora sí, el perro azul volvió la cabeza y me miró de frente con unos ojos intimidatorios. Reculé de un salto y deseché la idea de ponerlo de patitas en la calle.

Con las visitas ocurre lo mismo. De primeras no reparan en él —tampoco yo me molesto en presentarlo— y la mayoría de las veces se marchan como han venido. Otras veces, sin embargo, advierten la excepcionalidad de su pelo azul sobre el respaldo y se acercan para comprobar el tacto de lo que, aún, presumen un peluche. «No», les advierto, y las visitas se paran en seco y me miran de arriba abajo, dudan un instante, me observan como midiendo la broma y finalmente sonríen con media boca y deciden acariciarle el lomo, como si en verdad se tratara de un perro azul y no de un presunto peluche. La sorpresa es de órdago cuando descubren unos ojos

inquisitorios siguiendo los movimientos de sus manos sobre el espinazo.

—¡Hostias! —exclaman algunos.

—¡Su puta madre! —se asombran otros.

—¡La madre que lo parió! —sueltan los más prudentes.

En el respingo hay unanimidad.

Los pocos que mantienen la mano la acaban retirando con brusquedad en nada y menos, como si algo les pinchara o estuviesen jugando al calientamanos, y evitan a toda costa la mirada del perro azul.

Llegados a este punto, las visitas cambian el tono y la conversación no tarda en languidecer, circunstancia que aprovechan para inventar cualquier pretexto y lamentar que deban marcharse ya, tan pronto, con lo a gusto que estaban. Yo no hago esfuerzos por retenerlos, no trato de convencerles de que se queden, tampoco intento excusarme ni darles una explicación —¿para qué?—, simplemente me levanto y les acompaño hasta la puerta, les devuelvo sus abrigos y les agradezco la velada, como corresponde a un buen anfitrión. Las visitas, antes de despedirse, se dan la vuelta y me dicen «Cuídate» desde el rellano, «Nos vemos pronto», me dicen también mientras buscan por encima de mi hombro la mancha azul sobre el sofá.

Pero yo sé que no nos veremos pronto. Y que no haré por cuidarme.

Es una pena que Sonia no llegara a conocerlo. Al perro azul, digo. Estoy convencido de que ella no se habría dejado intimidar por su mirada ni se habría acobardado por su pelaje, no me cabe la menor duda de que ella lo habría echado, ella no se habría inventado ninguna excusa para marcharse precipitadamente ni habría espiado sobre mi hombro al despedirse. Sonia no es de esas. Primero se habría documentado y habría averiguado a qué raza pertenece, habría consultado en diferentes manuales detalles sobre la longevidad, la cría, el celo, hasta del adiestramiento se habría informado, y no habría cejado hasta tener la completa certeza de que se trataba, sin ningún género de dudas, de un perro azul. Entonces sí, entonces lo habría echado. Sin contemplaciones ni ceremonias lo habría echado. A patadas si es preciso, lo habría echado.

Seguir así no se puede. Reina en la casa un silencio que no me atrevo a romper, un silencio por el que me muevo de puntillas, temeroso de despertar la rabia muda del perro azul y tener que soportar su mirada orbitándome, cercándome, succionándome. Todo es perruno. Todo azul. Seguir así no se puede.

No tiene nombre, el perro azul. Confiaba en que, sin nombre,

desaparecería tal como había llegado. Pero no. Ahora lo sé: un perro azul no necesita nombre, le basta y le sobra con ser azul.

Tampoco come ni bebe, pasan las semanas sin necesidad de rellenar sus escudillas. Para mí que se alimenta del aire, de la nada, de mí. A veces lo llamo con algo de comida en las manos.

—¡Perrito, perrito! —le animo chasqueando los dedos, él ni se inmuta.

—¡Perrito, perrito! —pruebo de nuevo y enseguida desisto, incapaz de aguantar su mirada por mucho tiempo.

Otras veces intento sacarlo a pasear. Agito la correa desde la entrada y espero a que acuda meneando el rabo y ladrando impertinentemente, como le corresponde a un perro, ya sea con pedigrí o callejero, lo mismo lazarillo que azul, pero ni con esas. Todo lo más, me mira de arriba abajo y bosteza hasta casi volverse del revés. No doy mi brazo a torcer así como así. Como no viene, decido ser yo quien tome la iniciativa y me acerco con decisión. Al llegar a su lado le hago carantoñas y me palmeo los muslos, y no dudo en afectar la voz ni en emplear diminutivos, tampoco tengo reparos en hacer gestos que sonrojarían hasta al más pintado, cualquier cosa con tal de ganarme su confianza. Cuando creo que lo tengo a mi merced, le paso la correa por del cuello y la fijo de un tirón.

—¡Perrito, perrito! —le vuelvo a animar, él permanece impasible en su rol de peluche.

Entonces forcejeamos. Tiro con fuerza de la correa y le indico el camino hacia la calle con un gesto de la cabeza. Él hunde las uñas en el sofá, tensa el cuerpo y muestra los colmillos; sin emitir, eso sí, ni un mísero gruñido, que ni un mínimo gesto perruno me concede. Al cabo de un rato me doy por vencido y dejo que vuelva a desplomarse sobre el sofá. Blof, resulta de él. Para no darle a entender que me ha derrotado —en el mundo animal estas demostraciones de poder resultan cruciales—, me pongo la correa yo y salgo a pasear. Solo. La gente me mira raro, pero yo a ellos también.

Por si acaso, he desarrollado otro método. Por si acaso y para dejarle claro que no podrá conmigo, qué narices. A la hora en que los dueños sacan a pasear a sus adorables mascotas, yo cojo una correa que he almidonado para la ocasión y a la que le he dado forma de pasear un perro, una correa tiesa como un desahucio, y bajo al parque con mi noperro.

El lazo de la correa es del calibre de un muslo resultón y me precede para dar cuenta de las dimensiones de mi noperro. Los otros amos se apartan al verme. Desconfían. Yo azuzo a mi noperro, me meto en el papel de ventrílocuo y pongo ladridos fieros en su noboca

canina. Los paseantes toman a sus mascotas en brazos y escapan echando leches, dando por concluido el paseo antes de tiempo y dejando a sus criaturillas con las necesidades a medio hacer. Mi noperro y yo rompemos a reír y nos revolcamos sobre la hierba.

Cuando estamos seguros de que no queda nadie, nos restregamos los ojos —¡ay, qué risa!—, nos sacudimos el parque de encima y volvemos a casa lentamente, regodeándonos en el recuerdo.

El perro azul nos espera donde siempre. Al verlo, mi noperro y yo nos retiramos a nuestro cuarto en silencio, cabizbajos, con el rabo entre las piernas.

No se ven perros azules a menudo. Supongo que por eso Sonia habrá reaccionado así. La verdad, no esperaba que volviese. Al oír el timbre, pensé más bien en un repartidor de publicidad, en el casero, en un vecino despistado. De haber sabido que se trataba de Sonia, habría recogido la casa, habría quitado de la vista el montón de ropa sin planchar, libros hasta en el microondas, restos de comida y perros azules desperdigados por doquier, y me habría afeitado a conciencia. Pero se presentó de improviso, tal cual un perro azul. Cuando abrí la puerta, Sonia ensayó una sonrisa, enseguida reparó en mi aspecto, después en el desorden y a continuación, el portazo.

El perro azul irguió las orejas, resopló como si la cosa no fuese con él y siguió tendido sobre el respaldo del sofá. Debería ir pensando en ponerle nombre.

QUÉ CARAJO LE PASA AL AMOR

Un hombre se rompe. Pasa continuamente: los hombres, las mujeres, se rompen día sí, día también, y el planeta sigue a su bola como si nada, sin importarle lo más mínimo que los hombres, las mujeres, se hagan trizas cada dos por tres. Pero esto no va de los hombres ni de las mujeres, mucho menos del firmamento, esto va de un hombre, un solo hombre que se rompe: nuestro hombre. Crac de arriba abajo. Raaaas de lado a lado.

El hombre, la mujer —nuestro hombre, nuestra mujer—, se quieren tanto. ¿Qué carajo le pasa el amor? Nuestro hombre se engaña, no se engaña, lo ve claro: el amor sigue estando ahí, ahí, ahí, ay. Solo que ha basculado, se ha inclinado, se ha acumulado en otro sitio —pero dónde—. Es esa inclinación, y no otra, la que hace del mundo un lugar inestable y resbaladizo, miserable. Como trepar una catarata. Como acariciar un incendio.

El hombre, nuestro hombre, se rompe como se rompen las cosas que no pueden volver a rearmarse. Las estrellas. Los filamentos de las bombillas. Las hojas de las araucarias. Todo lo que no queda tal cual. La mujer, nuestra mujer, recoge cosas. Cosas que la gente abandona en los contenedores. Basura. Desperdicios. Inmundicia. Nuestra mujer recoge cosas y las restaura, las resucita con mimo y luego las encaja en su vida. Las observa durante horas, le da vueltas, no permite que se cubran de polvo, las deja hablar. Pueden pasar días, meses a la espera en un rincón. Hasta que.

Un día recogió a nuestro hombre. Lo restauró. Lo resucitó. Lo encajó en su vida. Lo tuvo a mano, cuidó de él, le sopló las heridas. Hasta que tuvo lugar esa inclinación, y no otra, crac de arriba abajo nuestro hombre, raaaas de lado a lado.

La premisa es no quedarse quieto. Nuestro hombre se echa a andar, sale hacia la oficina con tiempo de sobra, cuenta escalones para sus adentros.

cuatro…

tres,

dos,

Uno,

Hay una náusea, un cansancio, algo indefinible y escalonado.

Nuestro hombre cuenta

cuatro para sus adentros, cuenta chistes, chismes, apenas cuenta.

tres,

dos,

Uno,

Tiene esa manía: cuenta escalones cuando nadie lo acompaña en subida. Mentalmente. Para sí. Sin advertirlo hasta ahora. Es algo que desconocía nuestro hombre: que contase escalones para sus adentros cuando nadie lo acompaña en subida.

Capas. Sedimentos. Estratos de consciencia. Extractos de consciencia que emergen cuando el vecino, cualquier vecino, le saca de su ensimismamiento en un tramo que no es peldaño, que no es descansillo, en un tramo que no es.

Nuestro hombre hecho añicos había regresado a comprobar si se había dejado la sartén en el fuego, si no se había dejado la sartén en el fuego. La premisa es hacer cosas, insistimos. Nuestro hombre se deja todos los días la sartén en el fuego, nunca se deja la sartén en el fuego, y siempre tiene que subir a comprobarlo.

—Buenas tardes —un vecino cualquiera.

—Catorce —nuestro hombre, y él es el primer sorprendido.

Un gorgorito. Un gallo a estas alturas. La voz de quién. Catorce. Pero ¿catorce qué?

Nuestro hombre y el vecino cualquiera cruzan las miradas, se interrogan en un tramo que no es peldaño ni descansillo, en un tramo que no es, y prosiguen sus caminos antes de que la prudencia o la costumbre determinen que ya han compartido silencio suficiente como para iniciar una conversación.

Así que catorce, piensa nuestro hombre cuando pierde de vista al vecino cualquiera, y aquí es cuando echa en falta una buena barba que le dé dignidad al momento, aquí es cuando maldice para sí esa inclinación, y no otra.

y así hasta el escalón que hace el catorce.

trece,

doce,

Once,

Como cualquier hijo de vecino, nuestro hombre necesita apoyarse en certezas, necesita tocar una superficie sólida, solidaria, amiga, y el descubrimiento de que su comportamiento se asienta en capas subterráneas e inaprensibles lo desasosiega, añaden hostilidad a un mundo ya de por sí desapacible y resbaladizo desde que se produjo esa

inclinación, y no otra. ¿Cómo catorce? ¿Cuándo comenzó el mundo a catorcerse y hasta cuándo?

Sedimentos. Capas. Extractos de consciencia que emergen sin venir a cuenta y catorce pues, catorce desde cuándo. Circunvoluciones. Recovecos. Atajos a ninguna parte y una voz que sale de él pero que no reconoce como suya contando escalones desde cuándo, contando escalones hasta cuándo, para qué. El vértigo. La náusea. Otra X en la casilla de los días cabrones. Menuda mañanita.

Los días cabrones pesan más. Formalmente, estéticamente si se quiere, ocupan lo mismo, encajan en una casilla del calendario idéntica a la de los demás días, pero su densidad es otra. ¿Qué pesa más, un kilo de paja o un kilo de plomo? Algo así. Los días cabrones están hechos de puro plomo y, como tales, a plomo caen sobre las espaldas de nuestro hombre, deslomado ya a estas alturas del año por el peso de tantas casillas cabronas.

Hay un escorzo que nos mejora a todos y otro que nos envilece, hay un perfil que nos embellece y otro que nos afea. Es lo peliagudo del amor, que uno se confía y baja la guardia, todos los flancos expuestos sin plan de huida ni refuerzos cerca por si acaso, no hace tanto nuestro hombre con la cabeza de nuestra mujer apoyada en su regazo y descuidando un ángulo contrapicado que se las traía: todos los ingredientes para engordar la nómina de los días cabrones.

Solo por eso ya merecerían llamarse cabrones, ciertos días. Pero hay más, siempre hay mucho más con días cabrones al acecho. Nuestro hombre, en posición de sostener la cabeza de nuestra mujer pero sin nuestra mujer que lo sostenga, hace recuento de las casillas plomizas del calendario y el resultado le saca de sus casillas: hay más días cabrones que festivos —catorce festivos marca la ley: pues más; que ya es casualidad también, catorce—. Normal nuestro hombre fuera de sus casillas, vencidos los hombros y el año ni febrero.

Nuestro hombre lleva ya demasiado en esa tierra de nadie que no es peldaño ni descansillo. A la oficina se la trae floja sus recuentos, más le vale apretar el paso si quiere —y quiere y no— llegar a tiempo a fin de mes.

Desde que ocurrió esa inclinación, y no otra, nuestro hombre siempre sale con tiempo. De alguna manera, un paseo antes de comenzar la jornada laboral le quita peso a los días cabrones, los aligera, les resta volumen, los desinfla. Engañar al cerebro, hacerle creer que sale de casa con otra intención. Segregar endorfinas, dopamina, esas cosas. Hay estudios que lo avalan. Estudios serios. Patrocinados. Un paseo que se sabe de memoria, los tiempos medidos para que no le agarre la prisa y el sudor no improvise rosetones en las

axilas. La teoría es sólida. Carece de grietas.

El por así llamarlo incidente del escalón que hizo el catorce, la constatación, la epifanía o la jodienda, le ha retrasado de más a nuestro hombre con costurones. Ha de tomar una decisión. Urgentemente. Ya mismo. Pero no hay un cupo infinito para las decisiones. Hay estudios que lo avalan. Otros estudios. También serios. También patrocinados. Por eso los hombres poderosos, los jefes de veras, visten siempre igual, para reservar la toma de decisiones —que están lejos de ser infinitas— para los asuntos importantes, para los peliagudos, y no desperdiciar el cupo con decisiones de chichinabo. Por eso los jefes de veras uniforman del todo o en la medida de lo posible a los que no son tan jefes, para que aprendan a no tomar decisiones.

Esto sabe nuestro hombre, esto le retrasa: que más vale racionar las decisiones si no quiere que, en un momento dado, se conviertan en decisiones de pacotilla, desfondadas y sin aliento, decisiones confiadas a la chiripa.

Por si acaso un camino más rápido que el camino trillado, nuestro hombre le pregunta al móvil el camino más corto. La consulta le chupará varios megas de datos, pero la ocasión lo merece. Lo pide a gritos. Solicitar ayuda al primer viandante ni se le pasa por la cabeza. La gente tiene eso, que unas veces acierta y otras veces es cabrona como ella sola, y no puede permitirse el riesgo de una X en la casilla desde tan pero tan temprano. El camino más corto entonces. Doce minutos a pie. Si aprieta el paso puede que lo consiga.

Si en circunstancias normales la gente unas veces acierta y otras es cabrona como ella sola, la proporción aumenta exponencialmente con prisas de por medio. Las aceras, todas las aceras están ocupadas por embarazadas que cortan el paso, por parejas de ancianos en paralelo, por madres con gemelos biplaza a todo lo ancho, así no hay hombre que doce minutos a pie. Nuestro hombre se desespera tratando de sortear obstáculos. Cuando la selección natural no da abasto por sí sola, piensa nuestro hombre hecho pedacitos, alguien debería echarle una mano. Piensa también catorce, insistentemente catorce.

Catorce le afecta más de lo que le gustaría, más de lo que se atrevería a reconocer en una encuesta a pie de urna. Si es así con los escalones en subida, ¿qué otros actos involuntarios, inadvertidos, no andará trajinando en lo profundo su subconsciente? Lo jodido del asunto es que uno no siempre tiene la buena mala suerte de ser interrumpido por un vecino cualquiera, un vecino anzuelo que haga emerger la bazofia abisal.

Cataplún.

¿Y ahora qué?

Nuestro hombre ensimismado se da de bruces contra un peatón detenido. No uno, advierte de inmediato: cientos. Nuestro hombre acaba de chocar contra una masa humana, algo con pinta de A) una manifestación, B) un concierto, C) qué diablos. Antes de que pueda decantarse por una opción o de que localice una vía de escape que le permita llegar a la oficina en doce minutos, nuestro hombre siente un empujón por la espalda y, de manera simultánea, un peso encima. No sale de su asombro: alguien se le ha encaramado, alguien se ha subido a caballito y le rodea el cuello con los brazos, la cintura con las piernas. Pero qué coño. Nuestro hombre intenta zafarse, se sacude como un perro empapado. De nada le sirve. Es empujado por más personas que se van incorporando a la manifestación, al concierto, al disparate que lo aplasta contra la muchedumbre. ¿Se puede saber…?, nuestro hombre deja la frase a medias, patitieso al comprobar que todos a su alrededor cargan a alguien sobre sus espaldas.

Nuestro hombre intenta recular, suelta manotazos que no alcanzan a quienquiera que se le ha subido encima, bastante tiene nuestro hombre con conservar el equilibrio al ser llevado de un lado a otro por este despropósito en el que se ha visto envuelto de camino a la oficina. Porque la masa ha comenzado a moverse, y él con ella.

De pronto pierde pie, de pronto es levantado por la presión que ejerce la turba y es llevado en volandas ni sabe adónde. Enseguida descubre que no es el único: todos se mueven a varios palmos del suelo, intercambian posiciones, se desplazan por el interior de esa masa inaudita y repentina, comprimida a más no poder. Enseguida descubre también que su pasajero, su polizón, su intruso ha perdido peso. Ya no lo siente como una carga; muy al contrario, sus brazos, sus piernas, lo abrazan diría casi con ternura, su aliento en la nuca le hace bien, le reconforta.

Nuestro hombre sigue sin saber quién se le ha subido a caballito. Por no saber, ni siquiera distingue si es hombre o mujer, niño o crédito a plazos, y extrañamente se la refanfinfla. Lo único que quiere es dejarse mecer por ese despropósito y que quienquiera que tenga encima no deje de abrazarle, que mantenga sus cachitos unidos. Es cuanto pide nuestro hombre, que ya no piensa catorce y sí en un banco de peces, sí en las filigranas de los estorninos en los cielos de Israel.

Nuestro hombre en estado de ingravidez, los ojos cerrados durante una fracción de segundo, con la mirada en ninguna parte en cuanto los abre. Se abandona, se deja llevar hasta que, de sopetón, hace pie y a punto está de perder el equilibro y acabar por los suelos, el cuerpo

flojo como estaba. Reacciona a tiempo y logra mantenerse erguido. Quienquiera que sea sobre su espalda vuelve a ganar peso, recobra volumen, la presión de sus extremidades en torno a su cuerpo se acentúa. Lejos de sentirse angustiado, a nuestro hombre le invade una necesidad de resistencia, como un sentimiento de pertenencia, de comunidad, no sabría explicarlo de otra forma. Algo así deben de sentir los héroes en el clic inmediato a comportarse como tales, piensa nuestro hombre antes de ser violentado por un empujón, otro, que casi le hace caer.

Cuando se recompone —es un decir; desde que se produjo esa inclinación, y no otra, desde que resbaló y perdió a nuestra mujer de vista, ni modo de rearmarse como es debido—, cuando se recompone, decíamos por decir, los dos pies firmemente plantados en el suelo, advierte que se encuentra en el borde exterior de la aglomeración. Por cuanto alcanza a ver, esto saca en claro: todos en el perímetro hacen pie y llevan en volandas a los que ocupan un lugar dentro. Una mínima fracción del engranaje le basta para una abstracción, tomar la parte por el todo y entender de qué va este despropósito. Morfológicamente al menos.

Nuestro hombre echa el resto para mantener a los demás en el aire, se aprieta contra ellos para no dejarlos caer y procura no separarse tampoco de los miembros del perímetro para que nadie se escurra por un hueco y salga despedido fuera. No todos aguantan. Algunos desfallecen, se dan por vencidos, se desploman y son rápidamente sustituidos por alguien de dentro. No hay piedad con los que caen. Los que caen son rápidamente engullidos por la multitud, son pisoteados sin compasión y nada vuelve a saberse de ellos. Todo sucede en silencio. Ni el arrastrar de pies de los que están en el contorno se deja oír, ni un bufido por tanto esfuerzo, ni los caídos dejan escapar un grito, un quejido, algo.

La inercia del conjunto, su mecánica interna, las corrientes aleatorias o propiciadas por esa inclinación, y no otra, hacen que, de tanto en tanto, se produzcan relevos perimetrales. No hay orden ni premura, tampoco lógica aparente. El intercambio de papeles parece ocurrir de modo natural, como si no hubiera más alternativa, como si hubiese estado escrito así desde el principio de los tiempos. El rozamiento de los cuerpos, la disposición de los buzones, el encontronazo con los coches aparcados, la cuadrícula de las calles, a saber.

Cuando nuestro hombre es succionado hacia el centro, vuelve a sentir que el abrazo de su carga pierde presión, o la presión se enternece, se mulle, y se abandona de nuevo al vaivén de la

formación, se deja arrastrar sin abrir los ojos, el contacto de quienquiera que sea a sus espaldas desmarcando la X de la casilla.

No sabe cuánto permanece así. El tiempo con los ojos cerrados es otro, su arquitectura nada tiene que ver con la de los días cabrones, ni punto de comparación. El mecanismo se detiene de golpe y todas las piezas caen al suelo a la vez. Crac de arriba abajo nuestro hombre. Raaaas de lado a lado. Catorce, resulta también de la onomatopeya subsiguiente, del trompazo. El polizón, el pasajero o quienquiera que sea a caballito desciende al instante y lo abandona en un tramo que no es peldaño, que no es descansillo, en un tramo que no es. Un peso inexplicable, un vacío de plomo abate a nuestro hombre, lo inclina como azotado por una ventisca. A su alrededor, todos se deshacen de sus cargas con un gesto de desprecio y se dispersan en todas direcciones, malhumorados.

CHARQUITOS DE LLUVIA

A la Rubia,
que mantuvo los lobos a raya.

Está ese hombre que acecha por la mirilla. Pero no lo hace del modo en que lo haría cualquiera, no; él mira desde fuera hacia adentro. Erguido frente a la puerta, anuda las manos en la espalda y adelanta la cabeza. Luego acerca un ojo, el izquierdo, y cierra el otro, el derecho, y así permanece largo rato. Los vecinos que invaden el portal lo miran consternados. Unos se aproximan y le acarician el lomo, otros le lustran los zapatos, los más afectados le estiran los faldones de la camisa. Algunos regresan con una olla de lentejas y la dejan a sus pies. A todo esto, ese hombre permanece inmóvil. De vez en cuando, la pupila de su único ojo abierto se dilata como un fogonazo, como si hubiera visto algo, una silueta atisbada al trasluz, pero enseguida recobra su tamaño anterior. Esto los días pares.

Los días impares está ese hombre que se aparta de la mirilla y desata las manos para posarlas sobre la puerta, a la altura de los hombros. Entonces gira la cara y pega una oreja contra la madera, la derecha, y así permanece sus buenos minutos. Los vecinos que llegan al portal lo miran afligidos. Unos se arriman y le atusan el pelo, otros alinean el felpudo contra la puerta, los más desolados le cosen el dobladillo del pantalón. Los hay incluso que aproximan sus labios a la oreja desocupada, la izquierda, y adaptan a Pavese en un susurro: «Vendrá el futuro y tendrá sus ojos», le dicen con un hilo de voz; a lo que el hombre responde en un tono también inaudible: «Pero no los míos»; y retoma su silencio como si tal cosa.

Luego está Concepción, la vecina de enfrente a la que se le murió el marido por una tontería y que, ya puede ser día par o impar, siempre pasa de largo. Por su indiferencia, se diría que le importa bien poco lo que le ocurra a ese hombre, que le trae al fresco la devastación que le ha dejado en semejante estado. Pero nada de eso, a fe que no. Durante el día, le observa a través de su mirilla sin

atreverse a salir, un temblor de llanto en la mirada. Al caer la noche la actividad es otra. Mientras los demás duermen, está ese hombre que se deja caer al ralentí, la espalda resbalando sobre la puerta y las rodillas apretadas contra el pecho, y se hace una bola de gelatina.

Aprovechando que no hay vecinos, Concepción sale al rellano de puntillas, se agacha a su lado, le espuma la cara y le afeita con toda la ternura que cabe en una cuchilla. Trae además un arpón, con las esperanza de que por fin llueva y puedan salir juntos a hacer pesca submarina en los charquitos que deja la lluvia. «¿Ves, amor?», le diría buceando lo profundo, «estas criaturas no son tan distintas a nosotros».

También cuida de que los lobos no le orinen encima. De noche, los rellanos están abarrotados de lobos y Concepción las pasa canutas espantándolos. Los lobos permanecen al acecho mientras haya oscuro —ese es su reino—, en espera de la ocasión idónea para vaciar sus vejigas, y solo se retiran al amanecer, cuando los semáforos recuperan su policromía y los primeros rayos de sol le hacen cosquillas a esta cara del planeta. Concepción, que muere de ganas por hacer submarinismo con ese hombre en los charquitos que deja la lluvia y trata de reunir el valor necesario para decírselo llegado el caso, le vela hasta que los lobos retornan a sus guaridas y solo entonces regresa a casa, se cepilla los dientes y se asegura de que la falda no le quede por encima de las rodillas.

Cuando los vecinos despiertan, encuentran a ese hombre de pie frente a la puerta, vigilando por la mirilla si es día par, con la oreja sobre la madera si día impar, y le dejan una olla de lentejas o le cosen el bajo de los pantalones antes de irse al trabajo. Todos permanecen atentos a la salida de Concepción y chasquean la lengua cuando la ven pasar de largo sin tan siquiera mirarlo. A los vecinos esta falta de solidaridad les resulta ofensiva y murmuran entre ellos que este asunto bien merece un punto en el orden del día en la siguiente junta de vecinos.

Porque una vez al mes los vecinos organizan una reunión de comunidad, redactan una convocatoria sin salirse de las rayas y la cuelgan en el tablón de anuncios, junto al horario de la piscina y la tabla periódica. Los vecinos se congregan en torno a los restos de una hoguera, se colocan linternas encendidas bajo el mentón y hablan de lo humano y de lo divino, disfrutan de lo lindo poniéndose al tanto bajo esa luz tenebrosa y lanzan ideas para hacer de la convivencia algo habitable. Los hay que proponen una derrama para cambiar de nombre al ascensor —les parece una enorme falta de respeto llamar ascensor a algo que lo mismo sube que baja—, los hay que están hasta

las narices de tanto Pavese y plantean citar a César Vallejo en sus encuentros ocasionales, los hay que quieren someter a votación el repertorio de canciones para la ducha.

Las reuniones, todo hay que decirlo, son un pifostio de mucho cuidado. Tampoco es de extrañar, hay más opiniones que vecinos y así no hay quien se entienda. Lo habitual es que se salga de las reuniones con más hambre que al llegar, estrenando alguna cana y sin haber modificado ninguna norma de convivencia. Total, si exceptuando lo del marido de Concepción, que se murió por un quítame allá esas pajas, no ha pasado nada que invite a echarse las manos a la cabeza.

Así que de allí se sale sin amonestar a Concepción por su actitud, sin arreglar los socavones de la rampa del garaje y sin contratar a un cazador de lobos.

Y todos tan contentos.

Todos menos Concepción, que tiene un agujero en el pecho que cada noche se le hace más grande al observar a ese hombre atrapado en un mar de orines y hecho un ovillo de gelatina. Y esta noche, a tenor de lo acordado en la junta de vecinos, no va a ser menos. Concepción, que sueña con regar las flores de los arriates coralinos con ese hombre, espera pacientemente hasta verlo desplomarse contra la puerta y corre a su lado, con una mano le sujeta la cara mientras con la otra le afeita, el bigote primero, los perfiles después, la barbilla y el cuello para finalizar, le afeita con la misma delicadeza con que un arqueólogo limpia con una brocha una reliquia recién desenterrada. Los lobos se inquietan en el hueco de la escalera, se persiguen sus colas en círculos. Concepción los observa de reojo sin distraer su labor. Fuera está empezando a llover.